



Leonid Andréiev

Las Tinieblas y  
Otros Cuentos

**E** LEJANDRIA





Leonid Andréiev

Las Tinieblas y  
Otros Cuentos

**E** LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# **LAS TINIEBLAS Y OTROS CUENTOS**

**LEONID ANDRÉIEV**

**PUBLICADO: 1920**  
**FUENTE: WIKISOURCE**  
**TRADUCTOR: NICOLÁS TASÍN**

# LAS TINIEBLAS Y OTROS CUENTOS

La traducción del ruso ha  
sido hecha por [Nicolás Tasin](#).



MADRID, 1920  
Talleres "Calpe", Ríos Rosas, 24.—MADRID

*Leónidas Andreiev, uno de los más grandes maestros de la literatura rusa moderna, tiene ahora cuarenta y siete años. Nacido en el centro de Rusia, en Orel, de una familia pobre, estaba predestinado a una vida llena de miserias y de privaciones. Pero su energía y su voluntad de hierro le han permitido subir a las más altas cimas de la vida intelectual rusa. Después de hacer sus estudios en el colegio, sin un céntimo en el bolsillo, sin poder esperar ninguna ayuda material, partió para Petrogrado, donde entró en la Facultad de Derecho.*

*En su autobiografía cuenta que durante los años de sus estudios universitarios vivía en la más negra miseria y a veces estaba sin comer dos días seguidos. En 1894, cansado de luchar contra la miseria, desesperado, intentó suicidarse y se dió un balazo en el pecho. Pero los médicos salvaron la vida de quien algunos años más tarde debía ser gloria de la literatura rusa.*

*Sus primeras novelas, El silencio, Había una vez, y algunas otras que los lectores encontrarán en este primer volumen de sus obras, le dieron a conocer inmediatamente. El mismo Tolstoi dió su bendición a esta estrella ascendente. El joven escritor tuvo un principio feliz. La crítica le consagró artículos elogiosos; los editores solicitaban su colaboración. Las novelas siguientes le pusieron al lado de otros dos grandes novelistas rusos: Gorki y Chejov. Cada una de sus nuevas obras—citemos entre otras Los siete ahorcados, Judas Iscariote, La risa roja, El gobernador, Sachka Yegulev—era un acontecimiento literario de primer orden para los lectores.*

*Actualmente Andreiev es el autor más leído en Rusia. Sus novelas, así como sus obras teatrales, tienen un éxito sin igual; sus manuscritos son pagados a razón de decenas de miles de rublos. La mayor parte de sus obras está traducida a todas las lenguas europeas.*

*Desgraciadamente, en España apenas es conocido. Queremos llenar esta laguna lamentable. En este volumen el lector encontrará algunas de sus mejores novelas, y seguros estamos de antemano de que hará una buena acogida a este digno discípulo del gran Dostoyevski.*

# INDICE

	<u>Páginas</u>
<a href="#"><u>Las tinieblas</u></a> .....	7
<a href="#"><u>Había una vez</u></a> .....	79
<a href="#"><u>La nada</u></a> .....	108
<a href="#"><u>El silencio</u></a> .....	118
<a href="#"><u>Valia</u></a> .....	134
<a href="#"><u>Bribón</u></a> .....	154
<a href="#"><u>El gigante</u></a> .....	166
<a href="#"><u>El abismo</u></a> .....	169
<a href="#"><u>Petka en el campo</u></a> .....	191

# LAS TINIEBLAS

## I

Hasta entonces había tenido suerte en todo lo que había hecho; pero aquellos últimos días le habían sido más que desfavorables hostiles. Como hombre cuya vida entera parecía un juego de azar muy peligroso conocía bien estos bruscos cambios de la fortuna y sabía aceptarlos con calma: la puesta en este juego era la vida, su propia vida y la de los demás, y gracias a esto había aprendido a estar siempre alerta, a darse cuenta rápidamente de la situación y a calcular con sangre fría.

Esta vez tenía también que obrar con astucia. Un azar cualquiera, una de esas pequeñas casualidades que no se pueden prever siempre, había puesto a la policía sobre su pista. Hacía dos días que él, terrorista y lanzador de bombas tan conocido, se veía perseguido incesantemente por espías que le encerraban en un cerco estrecho y apretado. No podía hallar un asilo en los círculos donde se conspiraba porque serían descubiertos por los espías. No podía andar más que por determinadas calles y avenidas; pero las cuarenta y ocho horas que llevaba sin dormir, constantemente en guardia, le habían fatigado de tal modo que temía otro peligro: podía quedarse dormido en cualquier parte, sobre un banco, en una calle, hasta en un coche y ser conducido a un puesto de policía de la manera más estúpida, como un simple borracho. Era martes. A los

dos días, el jueves, tenía que realizar un acto terrorista muy importante. Todo el comité venía haciendo desde largo tiempo preparativos para el asesinato y se le había conferido precisamente a él el «honor» de arrojar aquella última bomba. Así, pues, era preciso, costara lo que costara, no dejarse detener hasta aquel día.

En estas circunstancias, una noche de octubre, en el cruce de dos calles, tomó la decisión de entrar en una casa de lenocinio. Hacía mucho tiempo que hubiera recurrido a este medio—que, por otra parte, no era tampoco muy seguro—, pero le había faltado valor. A los veintiséis años era virgen aún, no conocía a las mujeres como tales y jamás había penetrado en un lupanar. En otros tiempos había tenido que sostener una larga y penosa lucha contra su carne, que se rebelaba; pero se había ido acostumbrando poco a poco a dominar sus deseos sexuales y había aprendido a mirar a las mujeres con calma e indiferencia.

Ahora, puesto en la necesidad de tener estrecho contacto con una de esas mujeres que venden amor como una mercancía, quizá hasta en la de verla desnuda presentía toda una serie de pequeños inconvenientes muy desagradables. En rigor estaba dispuesto, si era absolutamente necesario, a aceptar el amor carnal de una prostituta que iba a encontrar en la casa de lenocinio: actualmente, cuando no sentía ya ningún deseo de poseer una mujer, y sobre todo la víspera de un acto tan grave y decisivo, su virginidad no tenía ya importancia ni él se la concedía. Pero aun así era desagradable, como un pequeño detalle repugnante por el que había que pasar absolutamente. Una vez, durante un acto terrorista al que había asistido como lanzador de bombas en reserva, vió un caballo muerto por la explosión, con la grupa desgarrada y los intestinos al aire; y este pequeño detalle terrible y repugnante y al mismo tiempo inútil e inevitable le causó una impresión aun más penosa que la muerte de su camarada, al que la misma bomba mató allí. Y en tanto que pensaba serenamente, sin miedo alguno, hasta con alegría, en lo que de allí a dos días iba a suceder, y en que, muy probablemente, habría de morir, la noche que tenía que pasar con una prostituta, con una mujer que hace del amor una profesión, le parecía absurda, estúpida, algo impropio y caótico...



Pero no había más remedio. Estaba ya tan extenuado que no se podía tener en pie.

## II

Llegaba demasiado temprano: las diez de la noche; pero la gran sala blanca con sillas doradas y espejos a lo largo de las paredes estaba ya dispuesta para recibir a los visitantes. Todas las luces estaban encendidas. La casa era de las de primera clase. Ante el piano, cuya tapa fué levantada, estaba sentado el músico, un joven muy correcto vestido con una levita negra. Estaba fumando, poniendo gran atención en que la ceniza del cigarro no le cayera en la ropa, y hojeaba los cuadernos de música. En un rincón, cerca de un salón casi a oscuras, estaban sentadas, unas junto a otras, tres muchachas que hablaban en voz baja... Cuando entró, acompañado por la dueña de la levitaron dos de las muchachas; la tercera siguió sentada. Las dos primeras, que estaban muy descotadas, le miraron a los ojos con una mirada provocativa y al mismo tiempo indiferente y cansada; la tercera, que llevaba un vestido negro muy ajustado al cuerpo, había vuelto la cabeza, y su perfil era sencillo y sereno como si fuera una joven honrada sumida en sus reflexiones. Ella era probablemente la que estaba contando alguna cosa a las otras dos cuando él entró en la sala y ahora seguía pensando en lo que acababa de contar. Y a ésta es a la que eligió precisamente porque reflexionaba en silencio, porque no le miraba y por que era la única que parecía una mujer honrada. No había estado nunca en las casas de lenocinio y no sabía que en todas estas casas, cuando están bien dirigidas, hay una o dos mujeres de ese género; van siempre vestidas de negro como monjas o viudas jóvenes, sus rostros están pálidos y sin colorete, severa la expresión; procuran dar a los hombres la impresión de la honradez. Pero cuando se van

con los hombres a la alcoba y comienzan a beber son como todas las demás mujeres de su especie, y a veces peores: promueven escándalos frecuentemente, rompen la vajilla, danzan en cueros, y así desnudas completamente se muestran a veces en el salón; otras veces llegan aun a pegar a los huéspedes demasiado impertinentes. Estas son precisamente las mujeres de que se enamoran los estudiantes borrachos que empiezan a predicarles una nueva vida de honradez.

Pero él no lo sabía. Cuando ella se levantó con un aire disgustado y severo, cuando le miró con sus ojos pintados de negro mostrándole un rostro pálido y mate, se dijo: «¡Si todo su aspecto es honrado!» Este pensamiento le consoló. Pero habituado, gracias a la duplicidad de su vida, a ocultar sus verdaderos sentimientos como si fuera un actor en el escenario de un teatro, saludó como un experimentado hombre de mundo, castañeteó los dedos y dijo a la muchacha, con el tono de quien está habituado de antiguo a las mancebías:

—¡Vamos a ver, chatita mía! Llévame a tu cuarto. ¿Dónde está tu nido?

Ella manifestó su extrañeza, frunciendo las cejas

—¿Ya?

El enrojeció, y enseñando sus hermosos y fuertes dientes respondió:

—¡Pues naturalmente! ¿A qué perder un tiempo precioso?

—Va a haber música. Vamos a bailar.

—Sí; pero... ¿qué es eso de los bailes, mi niña? Una diversión estúpida; la caza de su propia cola... En cuanto a la música, la oiremos desde tu cuarto.

Ella le miró y sonrió.

—¡Ya, ya! No será mucho lo que oigamos desde allí.

Le empezaba a gustar. Tenía una ancha cara rasurada de pómulos salientes; sus mejillas y su labio superior tenían un color ligeramente azulado, como en todos los morenos recién afeitados.

Sus ojos negros eran bellos, si bien había algo de inmóvil en su mirada y se revolvían pesada y lentamente en sus órbitas como si tuvieran que recorrer cada vez una distancia muy larga. A pesar de

estar todo afeitado y ser desenvueltos sus ademanes, no parecía un actor, sino más bien un extranjero rusificado o quizá un inglés.

—¿No eres alemán?—preguntó la muchacha.

—Un poco. Acaso inglés. ¿Es que te gustan los ingleses?

—¡Pero si hablas el ruso perfectamente! No se diría que eras extranjero.

Entonces recordó que tenía un pasaporte inglés y que en aquellos últimos días había estado procurando hablar un ruso chapurrado para que se le tuviera por un extranjero; esta vez se distrajo y hablaba un ruso correcto. Esto le hizo enrojecer. Sombrío, descontento de sí mismo, cansado ya de aquella nueva comedia, cogió a la joven por el brazo.

—Soy ruso, ruso. Y bien; ¿dónde está tu cuarto? ¿Es por aquí?

En aquél gran espejo que llegaba hasta el suelo se reflejaban claramente las dos imágenes a cierta distancia: ella, vestida de negro, muy pálida y muy linda, y él, alto, de anchas espaldas, igualmente vestido de negro e igualmente pálido. A la luz de la araña eléctrica aparecían especialmente pálidos su frente abombada y sus pómulos salientes; en el sitio de los ojos, tanto de él como de ella, no se veía en el espejo sino dos agujeros misteriosos, pero bellos. Y ambos parecían tan poco banales entre aquellas paredes blancas, dentro del amplio marco dorado del espejo, que él se detuvo un instante sorprendido y pensó que semejaban dos novios. Estaba tan abrumado por el insomnio, que sus pensamientos eran desordenados, a veces estúpidos; pasado un minuto, al mirar en el espejo aquella pareja negra, severa, diríase que más bien parecían personas que acompañan un ataúd. Las dos comparaciones le fueron desagradables.

Parecía como si la muchacha experimentara el mismo sentimiento: también miró con extrañeza, en el espejo, su propia figura y la de su compañero. Cerró a medias los ojos; pero el espejo no recogió este movimiento y continuó reflejando impassible sus contornos negros e inmóviles. Esto recordó probablemente alguna cosa a la muchacha; sonrió y apretó ligeramente el brazo de su compañero.

—¡Vaya una pareja!—dijo pensativa, haciendo más visibles sus grandes párpados negros.

Pero él no respondió, y con paso decidido echó a andar llevando consigo a la muchacha, cuyos altos tacones franceses golpeaban el suelo. Como en todas estas casas, había un pasillo, a lo largo del cual se veían pequeños cuartos oscuros con las puertas abiertas. Sobre una de estas puertas vió una inscripción: «Luba», nombre de la mujer. Entraron.

—Oye, Luba—dijo él mirando a su alrededor y frotándose las manos, según su costumbre, como si se las lavara con agua fría—. Necesitamos vino y... ¿qué más es lo que hay? ¿Fruta quizá?

—La fruta es cara aquí.

—Eso no importa. Y el vino, ¿es que no lo bebe usted?

Esta vez, por olvido, no la tuteó. Se dió cuenta de ello en seguida, pero no quiso corregir el error; en la forma con que ella le había apretado últimamente el brazo con su codo había algo que le impedía tutearla, decirle sandeces y representar la comedia. También ella sintió algo semejante. Después de mirarle fijamente dijo con un tono indeciso:

—Sí, bebo vino. Espere usted, voy a pedirlo. En cuanto a la fruta diré que no traigan mas que dos manzanas y dos peras. ¿Tendrá usted bastante?

Le trataba también de usted, pero en la manera de pronunciar aquel «usted» había algo de confuso, una ligera vacilación. El no puso atención en ello, y una vez solo comenzó a examinar rápidamente la habitación. Primeramente se cercioró de que la puerta cerraba bien, y quedó satisfecho: la puerta se cerraba con llave. Luego se acercó a la ventana, la abrió y miró hacia afuera: estaba demasiado alta, en un tercer piso y daba al patio. Hizo una mueca de descontento. Después dió vuelta a las dos llaves de la luz eléctrica: cuando una luz que estaba en el techo se apagaba, la otra, colocada cerca de la cama, se encendía como en los hoteles *comm'il faut*.

¡Pero en cuanto al lecho!...

Alzó los hombros y puso cara de risa, pero no rió; no fué más que un juego de músculos familiar a todas las personas habituadas a esconder algo cuando se quedan solas.

¡Ah, aquel lecho!...

Le examinó por todos lados, palpó la espesa manta, y de pronto, acometido de un repentino deseo de hacer locuras, comenzó a hacer gestos de sorpresa con los ojos y los labios. Pero un instante después volvió a ponerse serio, se sentó y, fatigado, esperó la vuelta de Luba. Intentó pensar en lo que le esperaba dentro de dos días en aquella estancia suya dentro de una casa de lenocinio... pero los pensamientos no le obedecían. Se encrespaban y se peleaban. Era el sueño contenido cuarenta y ocho horas que se empezaba a rebelar: allá en la calle el sueño se estuvo tranquilo; ahora se enfurecía, atormentaba brazos y piernas, martirizaba todo el cuerpo. El joven comenzó a bostezar hasta saltársele las lágrimas. Para espantar el sueño cogió su browning, tres paquetes de balas, sopló en el cañón del revólver... todo se hallaba en buen estado. Y bostezó de nuevo.

Cuando trajeron el vino y la fruta, y cuando finalmente llegó Luba, él cerró la puerta y dijo:

—Bien, Luba, beba usted, se lo ruego.

—¿Y usted?—preguntó ésta extrañada y mirándole de reojo.

—Beberé después. Mire usted, he estado corriéndola dos noches seguidas y no he dormido ni un minuto. Y así es que ahora...

Bostezó terriblemente.

—¿Entonces?—preguntó ella.

—Entonces... yo quisiera dormir un poco. Nada más que una horita... Pasará en seguida. Beba usted, se lo ruego, no se preocupe... Y cómase esa fruta. ¿Por qué toma usted tan poco?

—Si usted lo permite me podría volver al salón—dijo ella.—. Van a tocar el piano ahora...

Esto no le convenía nada. Allí en el salón se hablaría de aquel visitante extraño que no había ido allí mas que a dormir... Se sospecharía... No, eso era peligroso. Y conteniendo a duras penas sus bostezos, dijo en un tono serio:

—No, Luba, le suplico que se quede conmigo. Mire usted, no me gusta quedarme solo en la alcoba... Es un capricho; pero... Se lo ruego a usted...

—Sí, sí... Desde el momento que usted ha pagado...

—No es eso—él enrojeció nuevamente—. No se trata del dinero que he pagado... Si usted quiere puede muy bien acostarse



también. Le dejaré sitio. Pero si le da lo mismo, acuéstese del lado de la pared; ¿tiene usted algo que oponer?

—No; pero... no tengo ninguna gana de dormir. Me quedaré sentada.

—Puede usted leer algo.

—Aquí no hay libros.

—¿Quiere usted el periódico de hoy? Yo lo tengo... Aquí está. Trae algunas cosas interesantes.

—Gracias, no lo quiero.

—Como usted guste. En cuanto a mí, con su permiso...

Cerró la puerta con dos vueltas y se metió la llave en el bolsillo. No se fijó en la mirada llena de extrañeza con que la joven seguía todos sus movimientos. Aquella conversación cortés tan fuera de lugar en aquel sitio miserable donde hasta la atmósfera estaba impregnada de vapores de alcohol y de blasfemias le parecía muy simple, natural y convincente. Siempre con la misma cortesía, como si se encontrara con una señorita en una canoa, preguntó:

—¿Permite usted que me quite la levita?

La muchacha frunció ligeramente las cejas.

—Quítesela usted. Puesto que ha...

Pero no terminó lo que iba a decir.

—¿Y el chaleco?—preguntó él—. Me aprieta un poco...

Ella no respondió y sin que él la viera se encogió de hombros.

—Aquí está mi cartera. Hay dinero en ella. Tenga la bondad de guardarla.

—Hubiera sido mejor dejarla en el despacho. Todo el mundo hace eso aquí.

—¡Oh no vale la pena!— protestó. Y encontrándose con la mirada de asombro de Luba añadió confuso—: La comprendo a usted, pero dejemos eso.

—¿Sabe usted, al menos, qué dinero hay dentro? Hay señores que no lo saben y después son los líos...

—Lo sé, pero verdaderamente no vale la pena...

Se acostó dejando un sitio libre del lado de la pared. El sueño encantado le acarició en la mejilla, sonriéndole, con su pata de

terciopelo, le besó dulcemente, le cosquilleó en las rodillas y posó la cabeza sobre su pecho. Tuvo una sonrisa de felicidad.

—¿De qué se ríe usted?—preguntó la muchacha, sonriendo también contrariada.

—De nada. Estoy contento. Son muy suaves sus almohadas. Ahora podemos hablar un poco. ¿Por qué no bebe usted?

—Yo también quisiera desnudarme algo. ¿Me lo permite usted? Tendré que estar muchísimo tiempo sentada.

Había en su voz notas burlonas.

—Se lo ruego a usted—se apresuró a responder él.

Miró ella sus ojos llenos de confianza y añadió más seriamente:

—Mire usted, el corsé me aprieta demasiado. Casi me martiriza.

—Sí, ya comprendo. No tiene usted mas que quitárselo.

Volvió la cabeza y enrojeció de nuevo. El largo insomnio había embrollado demasiado sus ideas; por otra parte, a pesar de sus veintiséis años, era de tal modo ingenuo, que este diálogo tan chusco en una casa donde todo está permitido y donde no hay costumbre de ofenderse le parecía muy natural.

—¿No es usted escritor?—preguntó ella desnudándose.

—¿Yo? No. ¿Por qué me lo pregunta usted? ¿Es que le gustan los escritores?

—No, no los quiero.

—¿Y por qué? No son malas personas—dijo él bostezando largamente.

—¿Cómo se llama usted?

Reflexionó un momento y dijo:

—Llámeme usted Juan... No, Pedro.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace usted?—continuó ella.

Le interrogaba dulcemente pero con insistencia, como si lo arrojara con sus preguntas. Pero dominado por el sueño no la oyó. En su cerebro, que se apagaba, se iluminó por un solo instante el cuadro de todo lo que había vivido durante aquellos días y aquellas noches de persecuciones policíacas, los hombres y las cosas, el tiempo y el espacio, la luz y las tinieblas. Y de repente todo ello quedó en vuelto en una niebla espesa, cayó en un abismo y perdió sus colores. Como un relámpago se dibujó en su imaginación la vasta sala de un museo sumida en una tranquilidad absoluta y

débilmente alumbrada, donde pasó el día anterior dos horas ocultándose de los espías. Y soñó que estaba sentado en un canapé de terciopelo muy confortable y miraba un gran cuadro negro. Era tan dulce mirar aquel cuadro antiguo, sobre el que reposaban los ojos evocaba pensamientos tan agradables, que el hombre, casi completamente dormido, tuvo una sonrisa de felicidad.

En este momento se oyó la música que tocaban en la sala. Millares de sonidos breves y dulces llenaron el aire. «Ahora ya me puedo dormir», se dijo. Y un instante después estaba completamente dominado por el sueño, que le abrazó con fuerza y le arrebató a regiones desconocidas.

\* \* \*

Una hora, dos horas pasaron. Dormía siempre en la misma posición en que se había colocado al acostarse. Tenía la mano derecha en el bolsillo donde había metido la llave y el revólver. La muchacha, desnudos los brazos y el cuello, estaba sentada frente a él. Fumaba lentamente, bebía coñac y le miraba. A veces para ver mejor alargaba su cuello, y entonces se dibujaban dos pequeños pliegues en las comisuras de sus finos labios. Se había él olvidado de apagar la lámpara eléctrica suspendida del techo y a su luz tenía un aspecto algo fantástico: ni joven ni viejo, ni guapo ni feo, desconocido, lleno de misterio; sus mejillas, su nariz semejaban las de un pájaro; su respiración, fuerte y metódica... Todo en él era misterioso y desconocido para Luba. Sus cabellos negros estaban cortados al rape como los de los soldados; bajo la sien izquierda, muy cerca del ojo, se veía una pequeña cicatriz. No llevaba cruz al cuello.

En la sala la música tan pronto se extinguía como llenaba de nuevo toda la casa de sonidos caprichosos. A veces se oían gentes que cantaban y danzaban. Luba permanecía siempre inmóvil, fumaba cigarrillos y examinaba al hombre. Con mucha atención, alargando el cuello, miró su mano izquierda posada sobre el pecho: era ancha, de dedos fuertes. Le pareció a Luba que esta mano pesaba demasiado sobre el pecho, y dulcemente, para no despertarle, se la quitó de donde estaba y se la puso a lo largo del cuerpo. Luego se levantó bruscamente, apagó la lámpara eléctrica

de arriba y encendió la de abajo cubierta por una pequeña pantalla roja.

El no se movió. Los tonos rosa de la lámpara iluminaron su faz inmóvil y tan misteriosa para Luba. Esta volvió la cabeza, se abrazó las rodillas con sus brazos rosados y alzó los ojos al techo. Permaneció así mucho tiempo con el cigarrillo apagado en la boca.



Algo inesperado y grave había pasado mientras dormía. Lo comprendió inmediatamente, aunque no se había despertado por completo aún, al oír una voz desconocida y bronca; lo comprendió por ese olfato agudizado que siente el peligro y que era como un sexto sentido en él y sus camaradas. Se sentó en el lecho rápidamente, y escrutando la semiobscuridad rosa de la habitación, su mano apretó el revólver en el bolsillo. Al ver a Luba sentada siempre en la misma posición, con sus hombros rosados y su pecho descubierto y con sus ojos misteriosos e inmóviles, se dijo: «¡Me ha traicionado!» Después, habiéndola mirado más fijamente, lanzó un suspiro y rectificó: «¡No, no me ha traicionado aún; pero me traicionará!»

¡Estaba perdido!

Y dirigiéndose a la muchacha le preguntó brevemente:

—¿Y bien? ¿Qué?

Pero ella no respondió. Sonrió triunfante y sus ojos se fijaron en él con malignidad y siguió guardando silencio; se diría que estaba segura de que era ya suyo, que no se la escaparía y, sin apresurarse, quería gozar de su poder.

—Y bien, ¿qué es lo que dices?—preguntó él otra vez frunciendo las cejas.

—¿Yo? Lo que te digo es que ya es hora de que te levantes. ¡Basta ya! No hay que abusar. Esto no es un asilo de noche, querido.

—Enciende la otra lámpara—ordenó él.

—No quiero.

La encendió él mismo. A esta nueva luz vió los ojos negros de Luba extremadamente malvados, su boca contraída de odio, sus brazos desnudos. Parecía ahora amenazadora, decidida a algo muy malo, decidida a una mala acción. El se estremeció. Había ahora algo repugnante en aquella prostituta.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Estás borracha?—preguntó con tono serio y lleno de inquietud.

Quiso coger su cuello postizo, pero ella se le adelantó y se apoderó del cuello y sin mirar lo tiró detrás de la cómoda.

—¡No lo tendrás!

—¿Qué es eso?—gritó él con voz ahogada; y cogiendo el brazo de la muchacha lo apretó como con un círculo de hierro. Los dedos de Luba se crisparon.

—¡Déjame! ¡Me haces daño!—protestó.

Apretó menos fuertemente, pero sin soltar el brazo.

—¡Ten cuidado!—le dijo a ella con tono amenazador.

—¿Qué? ¿Me vas a matar, querido? ¿Sí? ¿Qué es lo que tienes en el bolsillo? ¿Un revólver? Pues bien, puedes disparar. Quisiera verlo... ¡Sí que se necesitaría tener cuajo! ¡Viene a casa de una mujer y se duerme como un animal! ¿Está permitido? ¡Tú puedes beber—va y me dice—, yo voy a dormir!» ¡Ah, eso no, qué diablo! Se corta el pelo, se afeita y se cree ya que no le van a reconocer. ¡No, querido! ¡Tenemos policía! ¿Quieres, rico mío, que te eche mano la policía?...

Tuvo una risa alegre y triunfal. El vió con terror la malvada alegría que hizo presa en ella, una alegría salvaje dispuesta a todo. Se diría que aquella mujer se había vuelto loca. La idea de que todo estaba perdido, y de una manera tan estúpida que habría quizá que cometer aquel asesinato cruel, insensato e inútil, y perecer a pesar de ello, le llenó de horror. Pálido como la nieve, pero dominándose, decidido ya, miró a la mujer, siguió todos sus movimientos y reflexionó.



—Y bien; ¿no dices nada?—insistió ella burlándose—. ¿Te ha cortado la palabra el miedo?

Podría apretar aquel cuello de serpiente y estrangularlo allí mismo. Ni siquiera tendría tiempo de gritar. No sentía ninguna piedad por aquella muchacha que retenida por su presión volvía la cabeza como una serpiente a la que se estrangula. Sí, sería fácil acabar así con ella. Pero ¿y después?

—Luba, ¿sabes quién soy yo?

—Sí que lo sé. Eres un revolucionario. Eso es lo que tú eres.

Pronunció estas palabras con firmeza, solemne, escandiendo cada palabra.

—¿Cómo lo sabes tú?

Se sonrió burlonamente.

—No estamos en una selva. Sabemos algunas cosas...

—Pero admitamos que eso es verdad...

—¡Y tanto que es verdad! ¡Pero suéltame la mano! ¡Vosotros no sois capaces mas que de martirizar a mujeres! ¡Déjame!

Le soltó la mano y se sentó, contemplándola con una mirada insistente y pensativa. Su rostro es taba contraído, pero conservaba su expresión serena, un poco triste. Y así, con aquella expresión, de tristeza, ella vió de nuevo en él algo misterioso, lleno de sorpresas.

—¿Qué es lo que miras en mí? ¡Tú no has visto nunca una mujer!  
—gritó groseramente, y añadió, de una manera inesperada para ella misma, un juramento cínico.

El se sorprendió, pero siguió con los ojos fijos en ella y empezó a hablar con calma, con una voz sorda, como si estuviera muy lejos:

—¡Escúchame, Luba! Naturalmente tú puedes perderme como podría hacerlo cualquiera en esta casa y aun cualquiera que pasara por la calle. Bastaría dar un grito para que docenas, centenares de hombres corrieran inmediatamente a detenerme y quizá a matarme. ¿Y por qué? Nada más que por que no he hecho nunca daño a nadie, porque he consagrado toda mi vida al bien de los demás. ¿Comprendes tú lo que quiere decir «consagrar uno toda su vida»?

—No, no lo comprendo—respondió con firmeza la muchacha; pero le escuchaba muy atentamente.

—Los unos—continuó él—lo hacen por bestialidad; los otros, por maldad. Porque los malvados no quieren a las personas de buen

corazón.

—¿Y por qué quererlas?

—No creas que me vanaglorio, Luba. Reflexiona un poco; eso ha sido mi vida, toda mi vida. Desde la edad de catorce años se me ha arrastrado por las cárceles. Se me ha expulsado de los colegios; mis padres me echaron de casa. Una vez se me quiso fusilar y me salvó de milagro. Y así toda mi vida... siempre para los demás; nada para mí mismo. ¡Nada!

—Pero ¿por qué eres tan bueno?—preguntó la muchacha con un tono irónico.

Pero él, sin comprender la ironía, respondió seriamente:

—No sé. Probablemente es que he nacido así.

—Pues bien, yo he nacido mala. Y, sin embargo, los dos hemos venido al mundo de la misma manera, con la cabeza para adelante. ¿Qué tienes que decir a eso?

Sumido en sus reflexiones él no prestó atención a aquellas palabras. Examinando el fondo de su alma, todo su pasado, que veía ahora con tanta claridad en toda su simplicidad y en todo su heroísmo, continuó:

—Ya ves, tengo veintiséis años, mis cabellos empiezan a encanecer y, sin embargo, hasta aquí...

Buscaba palabras, pero acabó su pensamiento con firmeza, aun con orgullo:

—Hasta aquí no he conocido mujeres. Pero que en absoluto, ¿entiendes? Tú, tú eres la primera mujer que he visto de esa manera. Y, para decirte la verdad, me da un poco de vergüenza mirar tus brazos desnudos...

La música llenó de nuevo toda la casa y el suelo temblaba bajo los pies de los que danzaban. En el salón, alguien, probablemente borracho, gritaba muy fuerte, como si condujera un tropel de caballos furiosos. Pero en el cuarto de Luba reinaba un silencio melancólico; en la nebulosidad rosácea se percibían pequeñas volutas de humo de cigarrillo.

—Y bien, Luba, ésa es mi vida.

Permaneció silencioso, con los ojos bajos, como si pensara en su vida, tan pura, tan dolorosamente bella.

Ella guardaba también silencio. Después se levantó y cubrió sus hombros desnudos con una toquilla. Pero al encontrarse con la mirada extraña y agradecida de él se quitó la toquilla con una sonrisa de malignidad, de suerte que ahora se veía uno de sus pechos, opaco, de un rosa tierno.

El volvió la cabeza y alzó ligeramente los hombros.

—Bebe coñac—dijo ella—. ¡Basta de comedia!

—No bebo jamás.

—¿Jamás? ¡Anda! Pues yo sí bebo.

Tuvo de nuevo una sonrisa malvada.

—¿Tienes cigarrillos?—le preguntó—. Dame uno.

—No son buenos.

—Me es igual.

Cuando le dió el cigarrillo, notó con gozo que Luba había subido su camisa más arriba; esto le inspiró confianza y la esperanza de que todo se arreglaría. El mismo sacó un cigarrillo y lo encendió. Pero fumaba muy mal, sin tragar el humo, y tenía el cigarrillo como una mujer, entre los de dos extendidos.

—¡Ni siquiera sabes fumar!—dijo la muchacha encolerizada.

Y arrancándole el cigarrillo lo tiró al suelo.

—¿Empiezas a enfadarte otra vez?

—Sí, estoy enfadada.

—Pero ¿por qué? Piensa, Luba, que hacía cuarenta y ocho horas que no dormía y no hacía más que correr a través de las calles como una fiera acosada. ¿De qué te serviría traicionarme? Me detendrían; pero no creo que eso te hiciera ningún bien. Además, yo vendería cara mi vida.

Calló.

—¿Vas a disparar?— preguntó ella después de una corta pausa.

—Sí, voy a disparar.

La música ha cesado; pero del lado del salón se sigue oyendo gritar al borracho; se diría que alguien le tapaba la boca con la mano y los gritos salían ahogados y más inquietantes aún.

En el cuarto de Luba se percibía un olor de perfumes y de jabón de tocador barato; este olor era espeso, húmedo e impuro. Sobre una de las paredes había colgadas, en desorden, faldas y blusas.

Todo esto le parecía repugnante y pensaba con tristeza que esto era la vida y que había gentes que vivían entre esas cosas años y años.

Miró con disgusto a su alrededor y dijo a Luba melancólicamente:

—¡Como es todo entre nosotros en esta casa!...

—¿Y qué quieres decir con eso?

Pero él estaba lleno de compasión hacia aquella muchacha que permanecía en pie ante él y no acabó su pensamiento.

—¡Pobre Luba!—dijo simplemente.

—Pero ¿qué? ¡Vamos!

—Dame tu mano.

Y subrayando con su actitud que era para él un ser humano y no una mujer que se vende, tomó su mano y apoyó respetuosamente sus labios en ella.

—¿Pero es a mí a quien besas la mano?

—Sí, Luba, a ti.

Y muy dulcemente, como si le diera las gracias, la muchacha dijo:

—¡Vete de aquí! ¡Vete, idiota!

Al principio él no comprendió.

—¿Qué?

—¡Que te vayas te digo!

Y silenciosa, con paso decidido, atravesó la habitación, recogió del rincón el cuello postizo blanco y se lo tiró con una mueca de disgusto, como si fuera una rodilla sucia y repugnante. Entonces él, también silencioso, con aire altanero, sin dignarse siquiera mirarla, comenzó a ponerse lentamente el cuello. Pero en este momento Luba lanzó un grito penetrante y le golpeó con toda su fuerza en la afeitada mejilla. El cuello postizo cayó por tierra, el hombre se tambaleó, pero siguió en pie. Terriblemente pálido, casi azul, pero siempre silencioso y altanero, fijó en Luba sus densas miradas inmóviles. Toda anhelante, Luba le miró llena de horror.

—Y bien, ¿qué?—gritó desesperadamente.

El callaba siempre. Entonces, enloquecida por su pasividad altanera, presa del terror, no comprendiendo ya nada, como si se encontrara ante un muro de piedra, le cogió por los hombros, le sacudió y le hizo sentarse sobre la cama. Inclinandose hasta poner su cara junto a la de él y mirándole a los ojos, gritó:

—Pero ¿por qué te callas? ¿Qué es lo que haces de mí? ¡Cobarde, cobarde! Eres un cobarde. Me besa la mano... ¡Has venido aquí para burlarte de mí, para hacer alarde de tu bondad, de tu noble corazón! ¡Díme qué es lo que vas a hacer de mí! ¡Oh qué desgraciada soy!

Le sacudía los hombros, y sus finos dedos, abriéndose y cerrándose como las uñas de un gato, le arañaban el cuerpo a través de la camisa.

—¡No has conocido nunca mujeres, cobarde!... ¡Y te atreves a decírmelo a mí, que he poseído a todos los hombres, a todos!... ¿Y no te da vergüenza humillar a una pobre mujer?... Te vanaglorias de que la policía no te cogerá vivo; pero yo, yo estoy ya como muerta. Y sin embargo te voy a escupir a la cara. ¡Toma, cobarde! ¡Y ahora vete!...

No pudiendo contener más su cólera la arrojó lejos de sí. Cayó, golpeándose la cabeza contra la pared. El no razonaba ya, no sabía ya lo que hacía; en aquel mismo instante sacó su revólver. Luba no vió ni aquel rostro furioso que había manchado con su saliva ni el revólver negro. Tapándose los ojos con las manos como si los quisiera hundir en las profundidades del cráneo avanzó hacia el lecho, se echó en él con el rostro hacia abajo y se puso a sollozar.

Todo le desconcertó completamente. No sabía ya qué hacer. Aquello era estúpido, imprevisto, caótico. Encogiéndose de hombros volvió a guardar en el bolsillo al revólver inútil y empezó a recorrer el cuarto a grandes pasos. Dió varias vueltas. Luba seguía llorando. De pronto se detuvo ante ella con las manos en los bolsillos y la miró. Ella lloraba frenéticamente, desesperadamente, con sollozos en que había unos sufrimientos inhumanos, como se llora una vida perdida o bien algo más importante que la vida. Todo su cuerpo tenía pequeños estremecimientos, como si la quemaran lentamente.

La música empezó a oírse de nuevo. Se oía el ruido de los que danzaban y el sonar de las espuelas. Probablemente había oficiales en el salón.

No había oído jamás sollozos tan desesperados. Sacó las manos de los bolsillos y le dijo dulcemente:

—¡Luba!

Ella seguía llorando.



—¡Luba! ¿Por qué lloras?

Ella respondió algo, pero tan bajo que no lo entendió. Se sentó a su lado en el lecho, inclinó hacia ella su cabeza de cabellos rapados y le puso su mano sobre los hombros. Los sollozos seguían estremeciendo el cuerpo de Luba y el hombre era presa de un temblor nervioso.

—No te oigo, Luba. Más alto.

Ella habló de nuevo con una voz anegada en lágrimas, sorda, como muy lejana:

—No te vayas aún... Están allí los oficiales... Pueden detenerte... ¡Dios mío, Dios mío!

En el mismo instante, sobresaltada, se sentó, juntando dolorosamente las manos, mirando ante sí con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos. Era una mirada terrible. No duró más que un segundo. Después se volvió a echar sobre la cama y se puso a llorar de nuevo. Allá en el salón seguía oyéndose el ruido de las espuelas y las notas agudas del piano que, agitado o espantado, golpeaba furiosamente el músico.

—¡Toma un poco de agua, Luba mía! Te lo ruego... eso te hará bien...—balbuceó inclinado sobre ella.

La oreja de la mujer estaba cubierta por los cabellos y temió que no le pudiera oír; dulcemente separó de la oreja los cabellos negros con huellas de los *papillots* poniéndolos a un lado.

—Un poco de agua, te lo ruego...

—No, no quiero... No vale la pena... Ya pasará...

En efecto, se tranquilizó un poco. Tras un último sollozo profundo y sordo su cuerpo quedó inmóvil. El la acarició dulcemente desde el cuello hasta la puntilla de la camisa.

—Estás mejor, ¿no es verdad, Luba, niña mía?...

Ella no respondió, lanzó un largo suspiro y, volviéndose hacia él, le envolvió en una mirada rápida. Después se sentó a su lado, le miró otra vez y con sus largos cabellos le enjugó el rostro y los ojos. Dando un nuevo suspiro, en un movimiento simple y dulce puso la cabeza sobre su hombro; él, con un movimiento simple también, la besó y la estrechó contra su pecho. No le parecía una cosa extraña que sus dedos tocaran el hombro desnudo de la mujer.

Permanecieron largo tiempo de este modo, guardando silencio y mirándose de frente.

De pronto se oyeron voces y pasos en el corredor. Las espuelas resonaban suavemente sobre el suelo. Todos estos ruidos se detuvieron ante la puerta de la habitación donde se hallaban él y Luba. El se levantó rápidamente. Alguien llamaba ya a la puerta: primero con los dedos, después con el puño. Una voz femenina dijo sordamente:

—¡Luba, abre la puerta!

## IV

El miró y escuchó.

—Dame tu pañuelo—le dijo ella deteniéndole la mano sin mirarle.

Se enjugó el rostro, se sonó ruidosamente, le tiró el pañuelo sobre las rodillas y se dirigió hacia la puerta.

El seguía mirando y escuchando. Luba apagó la luz y la habitación quedó sumida en las tinieblas.

—Y bien, ¿qué es lo que pasa? ¿Qué queréis?—preguntó Luba sin abrir la puerta, con una voz un poco airada pero serena.

La respondieron a la vez varias voces femeninas; pero se callaron de pronto como cortadas y se oyó una voz de hombre respetuosa pero insistente.

—¡No, no iré!—declaró Luba decididamente.

De nuevo resonaron las voces femeninas y de nuevo, cortándolas como las tijeras cortan un hilo de seda, se hizo oír una voz de hombre, una voz de joven, convincente, detrás de la cual se adivinaban unos fuertes dientes blancos y unos bigotes. Se oía también el ruido de las espuelas como si el hombre hiciera una reverencia. Luba rió con una risa que parecía extraña en aquel cuadro.

—¡No, no! ¡No iré! ¡Ah, sí! Muy bien... ¡Cómo!, ¿que yo soy su amor? Y, sin embargo, no iré...

Llamaron de nuevo a la puerta, alguien rió, alguien gruñó y luego se alejó todo y todos los sonidos se extinguieron al extremo del corredor. Luba volvió donde él estaba, y no viéndole en las tinieblas, pero habiendo encontrado sus rodillas a tientas, se sentó a su lado. Esta vez no le puso la cabeza sobre el hombro.

—Los oficiales dan un baile—dijo—. Invitan a todo el mundo. Van a bailar el cotillón...

—Luba, haz el favor de encender la luz—suplicó él dulcemente—. Y no te enfades.

Sin decir nada ella se levantó y volvió la llave de la luz eléctrica. La habitación se iluminó. Luba se sentó, no ya sobre el lecho, sino en la silla frente al lecho. Su rostro era severo, triste, pero había en él una expresión de reserva cortés como la de una dueña de casa que espera el fin de una visita demasiado larga y poco agradable.

—¿No está usted enfadada contra mí, Luba?

—No; ¿por qué?

—Me ha sorprendido hace un momento oírle reír tan alegremente. Sonrió sin mirarlo.

—Todo esto es divertido y me río... Ahora no podrá marcharse usted; espere a que se vayan los oficiales. No tardarán mucho...

—Bien, esperaré. Muchas gracias, Luba.

Ella sonrió de nuevo.

—No hay de qué... ¡Qué fino es usted!

—¿Le gusta a usted eso?

—No mucho. ¿Cuál es su origen de usted?

—Mi padre es doctor... Médico militar. Mi abuelo fué un «mujik». Somos de una familia de viejos sectarios.

Luba le miró con curiosidad.

—¡Toma, toma!... ¿Y por qué no lleva usted cruz al cuello?

—¿Cruz?—dijo él sonriendo—. Nosotros no nos ponemos cruces sobre los hombros como Cristo.

Ella frunció las cejas.

—Tiene usted sueño. ¿Por qué no se acuesta? Será mejor que pasar el tiempo así.

—No, no me acostaré; ya no tengo sueño.

—Como usted quiera.

Hubo un largo silencio molesto. Luba bajó los ojos y se puso a dar vueltas metódicamente a su sortija alrededor del dedo. Él miraba en torno suyo procurando no ver a la muchacha. Su mirada se detuvo sobre una copa llena de coñac hasta la mitad. Y de repente se figuró con una claridad sorprendente, casi palpitante, que todo aquello lo había visto ya, lo había vivido, y aquella copa de coñac, y la muchacha que daba vueltas a la sortija lentamente, y él mismo—no este él, sino otro algo distinto—, y la música, que cesaba precisamente en aquel momento, y aquel chocar de espuelas... Todo, todo... Como si ya otra vez hubiera vivido en esta casa o en otra casa que se le parecía mucho; como si él fuera allí algo grave, un personaje importante alrededor del cual se desarrollaran los acontecimientos. Este sentimiento extraño era tan fuerte que le produjo un pequeño escalofrío. Pero este sentimiento desapareció en seguida, casi de repente; quedó como una huella ligera, imborrable, de reminiscencias de algo que no ha existido jamás.

Durante aquella noche agitada se sorprendió algunas veces de que los hombres y las cosas evocaran en él vagas reminiscencias como si llegaran de las lejanas tinieblas del pasado o acaso de la nada. Le parecía que había estado ya otra vez aquí: talmente le era conocido y familiar cuanto le rodeaba. Este sentimiento le era desagradable; le alejaba de sí mismo y de sus camaradas de combate y le aproximaba a aquella casa de lenocinio con toda su porquería y su vida sucia, repugnante.

El silencio le pesaba demasiado.

—¿Por qué no bebe usted?—preguntó.

Ella se estremeció.

—¿Qué?

—Beba un poco. ¿Por qué no bebe usted?

—Sola no quiero.

—Yo, desgraciadamente, no bebo jamás.

—Pues bien, no he de beber sola.

—Yo tomaré una manzana.

—Tómela usted, puesto que las ha comprado.

—Y usted, ¿no quiere una manzana?

Volvió la cabeza sin responderle. Habiendo no tado la mirada del hombre sobre sus hombros desnudos, de un rosa opaco, los cubrió con su toquilla gris.

—Hace frío—dijo.

—Sí, un poco—contestó él, a pesar de que en el pequeño cuarto hacía calor.

De nuevo se estableció un largo y penoso silencio. Se oían los sonos de la música ruidosa que venían de la sala.

—Están bailando—dijo él.

—Sí, están bailando.

—Luba, ¿por qué se ha enfadado usted contra mí de ese modo... y me ha pegado?

—Hacía falta; si no, no le hubiera pegado a usted. Puesto que no lo he matado, no vale la pena que hablemos de ello.

Tuvo una risa maligna, le miró fijamente con sus ojos negros, que parecían ahora muy profundos, y con una pálida sonrisa repitió:

—Hacía falta.

Su cabeza era de un aspecto malvado. Él pensó con extrañeza que aquella cabeza hacía algunos minutos había estado reposando sobre su hombro y él la acariciaba con su mano.

—Eso no es una razón—dijo malhumorado.

Dió varios paseos por la habitación, tratando de no acercarse demasiado a Luba. Cuando se sentó de nuevo la expresión de su rostro era severa y aun altiva. Se puso a examinar un puntito negro en el techo, probablemente una mosca de otoño despertada por la luz. Se habría despertado en medio de la noche, no comprendía nada y moriría en seguida.

Suspiró.

Luba respondió con una risa.

—Me parece que no hay motivo para reír—dijo él fríamente, y disgustado volvió la cabeza.

—Vale más que no busquemos razones—respondió ella—.

Parece usted efectivamente un escritor. ¿No le contraría esto? Los escritores son como usted. Primero le manifiestan compasión a una y después se enfadan porque una no se arrodilla ante ellos como ante un icono. ¡Qué exigentes son! Si fueran dioses no perdonarían nada.

Y rió de nuevo.

—Pero ¿cómo puede usted conocer a los escritores? Usted no lee nada.

—Viene aquí uno.

Reflexionó examinando a Luba con calma. Como hombre que pasó toda su vida rebelándose contra la vida presentía vagamente un espíritu de rebeldía en aquella muchacha. Esto le turbaba. Procuraba comprender por qué había caído precisamente sobre él la cólera de Luba. Ella conocía escritores, conversaba con ellos, tenía a veces actitudes llenas de una tranquila dignidad y encontraba palabras de una maldad inquietante. Esto no era banal y lo reflejaba en sus ojos. Ciertamente es que le había pegado; pero aquel acto no era el de una prostituta vulgar e histérica: había en él algo más profundo y grave. Antes se indignó, pero ahora se sentía más bien ultrajado que indignado.

—¿Por qué me ha pegado usted, Luba? Cuando se pega a un hombre por lo menos hay que decirle la razón.

Había en sus palabras una severa insistencia, una obstinación; se leía esta obstinación en sus pómulos salientes, en su frente abombada, en sus ojos.

—No lo sé—respondió ella evitando su mirada.

No quería dar razones. ¡Tanto peor! El se encogió de hombros, y sin dejar de examinar a Luba se puso a reflexionar de nuevo. Habitualmente su pensamiento era pesado y lento; pero una vez preocupado empezaba a trabajar febrilmente, con una fuerza y una inflexibilidad casi mecánicas; se convertía en algo así como una prensa hidráulica que cayendo lentamente rompe las piedras, dobla las barras de hierro, aplasta a los hombres si están allí, y todo ello con impasibilidad, lenta e inexorablemente. Sin mirar ni a derecha ni a izquierda, indiferente a los sofismas, a las alusiones y a las respuestas a medias, manejaba su pensamiento pesadamente, aun cruelmente, hasta aseguir el límite extremo de la lógica, detrás del cual no hay ya más que el vacío y el misterio. No separaba jamás su pensamiento de su persona, todo su cuerpo estaba penetrado de él, y cuando llegaba a una conclusión lógica cualquiera la adoptaba inmediatamente, como todas las gentes de su temperamento para

las cuales el pensar no es un juego, una diversión, sino el fondo mismo de su vida.

Ahora, agitado, desconcertado, semejante a una gran locomotora que en medio de la noche negra ha descarrilado, pero continúa moviéndose pesadamente, buscaba el camino, se empeñaba absolutamente en encontrarlo. Pero Luba se callaba y de ningún modo estaba dispuesta a hablar.

—Luba, hablemos tranquilamente.

—No quiero.

¡Todavía!

—Escuche usted, Luba. Me ha pegado usted y yo no puedo estar ya tranquilo.

Ella se echó a reír.

—Bien, ¿y qué? ¿Qué le va usted a hacer? ¿Acaso a presentar una queja a los tribunales?

—No; pero vendré todos los días a su casa hasta que me dé usted razones.

—Todo lo que usted quiera; la dueña se alegrará.

—Vendré mañana, y pasado mañana, y...

De pronto se dijo que ni mañana ni pasado mañana podría venir. Al mismo tiempo le pareció que comprendía por qué Luba le había pegado. Esto le reanimó.

—¡Ahora comprendo! Me ha pegado usted por que la había insultado con mi piedad. Sí, eso fué una estupidez. Se lo aseguro a usted, fué sin querer, pero quizá hay en ello algo de insultante. Puesto que usted es un ser humano como yo...

—¿Como usted?—dijo ella con malignidad sonriendo.

—Basta, Luba, no se enfade usted. Hagamos las paces. Déme usted la mano.

Luba palideció ligeramente.

—¿Quiere usted que le sacuda otra bofetada?

—¡Pero, vamos a ver, Luba! Le ruego que me dé la mano... como camarada—exclamó él con un tono sincero y grave.

Pero Luba se levantó, y después de retroceder algunos pasos le dijo:

—¿Quiere usted que se lo diga? Una de las dos cosas: o usted es idiota... o no le he pegado a usted bastante.

Y mirándole se echó a reír a carcajadas.

—¡Se diría que es mi escritor! ¡Pero que lo mismo! ¿Cómo queréis que no se os pegue?

Probablemente la palabra escritor era para ella un insulto: le daba una significación especial. Y llena de desprecio, no preocupándose ya del hombre que se encontraba frente a ella, como si se tratara de un idiota o de un borracho, dió algunas vueltas por la habitación con aire independiente.

—A lo que parece te había sacudido una buena bofetada—dijo sonriendo—. Probablemente te está doliendo todavía y no haces más que quejarte.

El no respondió.

—Mi escritor dice que yo sé sacudir bofetadas muy bien. Es quizá más sensible que tú: su rostro es fino, de gentilhombre, mientras que a ti, que eres «mujik» de origen, se te puede pegar todo lo que se quiera sin que lo sientas gran cosa. Y has de saber que he abofeteado ya a algunos hombres, pero ninguno me había inspirado tanta piedad como ese pobre escritorzuelo. Cuando le abofeteo grita siempre: «¡Más fuerte, que me lo tengo bien merecido!» Y a todo esto, borracho, repugnante... ¡un canalla!

Hizo que miraba con mucha atención su mano derecha.

—¡Anda! Te he zurrado tan fuerte que me he hecho daño. ¡Pon aquí un beso!

Le tendió groseramente la mano a la boca y se puso de nuevo a pasear. Su excitación aumentaba. Se creería que por momentos la ahogaba el calor: respiraba con dificultad y llevándose la mano al corazón frecuentemente. Por dos veces había llenado la copa de coñac y la había vaciado.

—Pero me había dicho usted que no quería beber sola—le dijo él severamente.

—Es la falta de voluntad, querido—respondió simplemente—. Además ya hace mucho tiempo que estoy envenenada por el alcohol y si no bebo me ahogo. De esto es de lo que tengo que morir.

Y de pronto, como si lo acabara de ver en aquel momento, se puso a mirarlo con extrañeza..



—¡Toma, si eres tú! ¿No te has ido todavía? Pues bueno, ya que estás aquí...

Se quitó el chal enseñando sus brazos desnudos.

—¿A qué diablos taparme? ¡Hace tanto calor!... Era por consideración a ti, a tu pudor... ¡Imbécil! Oiga: puede usted quitarse los pantalones... Si tiene usted los calzoncillos sucios, le prestaré los míos. ¡Sería tan pintoresco! Póngaselos, se lo suplico. ¿Se los va usted a poner, no, querido, rico mío?

Se ahogaba de risa y le tendía las manos en ademán de súplica. Luego se arrodilló ante él, e intentando apoderarse de sus manos continuó:

—¡Déme ese gusto! ¡Se lo ruego, lobito mío! En agradecimiento le besaré las manos...

Se desembarazó de ella y le dijo con una tristeza infinita:

—¡Basta, Luba! ¿Qué es lo que le he hecho a usted? Me parece que no tiene usted queja de mí y, sin embargo, si la he ultrajado a usted le pido perdón: soy tan torpe... No sé conducirme con las mujeres...

Ella encogió los hombros desnudos con desprecio, se levantó y se sentó. Respiraba fatigosamente.

—Vamos, ¿no quiere usted? ¡Qué coraje! Querría haber visto si le entraban bien.

El vaciló, y encontrando difícilmente las palabras le dijo:

—Escuche usted, Luba... Si usted insiste... accederé... Podríamos apagar la luz... ¡Apague usted la luz, Luba!

—¿Qué?—dijo ella asombrada, muy abiertos los ojos.

—Quiero decir que usted... usted es una mujer, y yo...

Naturalmente, yo no he hecho bien... No crea usted, Luba, que esto es por piedad... nada de eso... Al contrario, yo mismo... Apague la luz, Luba.

Con una sonrisa confusa tendió las manos hacia ella: era una caricia torpe, de hombre que jamás había tenido nada con mujeres. Ella apoyó su mentón sobre sus dedos cruzados; sus ojos se habían hecho enormes y miraban con un horror indescriptible, una tristeza y un desprecio sin límites.

—¿Qué tiene usted, Luba?—dijo él asustado.

Y llena de un horror frío, en voz muy baja, le dijo ella:

—¡Ah canalla! ¡Dios mío, qué canalla!

Rojo de vergüenza, rechazado, ultrajado por la que él mismo había querido ultrajar, dió un golpe en el suelo con el pie y lanzó palabras groseras a los ojos ampliamente abiertos de la mujer.

—¡Cochina prostituta! ¡Puerca! ¡Cállate!

Ella balanceó suavemente la cabeza y repitió:

—¡Dios mío, qué canalla!

—¡Cállate, criatura vendida! ¡Estás borracha! ¡Estás loca! Si crees que necesito tu sucio cuerpo... ¡Oh no! No es para una criatura como tú para quien yo he guardado celosamente mi virginidad. En cuanto a ti no mereces mas que golpes...

Levantó la mano para pegar, pero no pegó.

—¡Dios mío, Dios mío!—seguía repitiendo la mujer.

—¡Y decir que hay personas que tienen piedad de estas mujeres! ¡Habría que exterminar esta porquería y lo mismo a los bribones que estén con vosotras... a toda esta banda! ¿Tú osabas creer que yo... yo...?

La cogió con fuerza por las manos y la tiró contra la silla. A ella le acometió de pronto una alegría loca.

—¡Ahora veo que eres bueno, honrado!

—¡Sí, bueno, honrado toda mi vida! Yo soy puro, mientras que tú... ¿quién eres tú, desgraciada?

—Sí, tú eres bueno—decía ella ebria de alegría, triunfante.

—¡Naturalmente! No como tú... Pasado mañana sacrificaré mi vida por los demás, mientras que tú... te acostarás con mis verdugos. Llama aquí a tus oficiales. ¡Te los arrojaré a los pies como se arroja el alimento a las fieras hambrientas: tómalos!...

Luba se levantó lentamente. Y cuando la miró, agitado por la cólera, fiero, altivo se encontró con su mirada igualmente fiera y aun más despectiva. Se diría que había piedad en los ojos de la prostituta, que de repente se alzaba sobre un pedestal muy elevado y desde lo alto, con una severa y fría atención, miraba algo pequeño y miserable que había a sus pies. Ya no reía; estaba serena. Los ojos buscaban inconscientemente las gradas del trono sobre el que se había elevado.

—Y bien, ¿qué?—preguntó él retrocediendo, siempre colérico pero dominado poco a poco por la mirada serena y altiva de la

mujer.

Entonces ella, con una voz severa y cortante, tras de la cual se oía a millones de seres aplastados, mares de lágrimas, una rebeldía contra la injusticia secular, preguntó:

—¿Qué derecho tienes tú a ser bueno mientras que yo soy mala?

—¿Qué?—exclamó él horrorizado de pronto ante el abismo que se abría a sus pies.

—Hace mucho tiempo que te esperaba.

—¿Que me esperabas? ¿Tú?

—Sí, esperaba al bueno. Le he esperado cinco años o quizá aun más. Todos los que venían aquí se calificaban ellos mismos de cobardes, de canallas. Y eran verdaderamente canallas. Mi escritor me aseguró primero que era bueno; luego me confesó que era también un canalla. No tengo necesidad de esas gentes.

—¿Qué es lo que necesitas entonces?

—Tú, eres tú lo que necesito, querido. ¡Sí, tú! Tú eres precisamente lo que me tiene cuenta

Le examinó atentamente de arriba abajo e hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—Sí, es justamente esto lo que me hacía falta. ¡Gracias por haber venido!

El, que jamás temió a nada, fué presa del pánico.

—Pero ¿qué es lo que quieres?—preguntó retrocediendo.

—Me hacía falta abofetear a un bueno, querido; a un verdadero bueno. Los otros, toda esa canalla, no vale la pena de que se la abofetee. Eso es ensuciarse las manos. Pero cuando te he abofeteado a ti he sentido mucho placer. Voy hasta a besar la mano que te ha pegado. ¡Manita querida, bien has trabajado hoy!

Con una risa de contento acarició su mano derecha y la besó tres veces seguidas. El miró a la mujer con un aire salvaje. Sus pensamientos, tan lentos de costumbre, se precipitaban ahora en una danza vertiginosa. Sentía la aproximación de algo terrible como la muerte.

—¿Qué es lo que has dicho?

—He dicho: es vergonzoso ser bueno. ¿No lo sabías?

—No, no lo sabía—balbuceó.

Sitiado por todo un mundo de pensamientos in esperados cayó sobre la silla olvidándose casi de la mujer.

—Bien; puesto que no lo sabías es preciso que lo sepas.

Hablaba tranquilamente; pero su pecho levanta de por la respiración agitada revelaba la profunda turbación de su alma, el grito de rebeldía largo tiempo ahogado y dispuesto a hacerse oír.

—En fin, ¿lo has aprendido ahora?

—¿Qué?—preguntó él como si acabara de despertarse.

—¿Lo sabes ahora?—repitió ella.

—¡Espera un poco!

—Bueno, esperaré. Cinco años hace que espero; puedo esperar aún cinco minutos.

Se sentó, y como si presintiera una gran alegría juntó sus manos sobre la nuca y cerró los ojos con una sonrisa de felicidad.

—Esperaré, querido. ¡Todo lo que quieras, rico mío!

—¿Has dicho que es vergonzoso ser puro?

—Sí, mi lobito, es vergonzoso.

—Entonces...

Se detuvo asustado.

—Sí, querido, eso es. ¿Te da miedo? Eso no es nada. No es mas que el principio lo que da miedo...

—¿Y después?

—Te quedarás conmigo y sabrás lo que pasa después.

No comprendió.

—¡Cómo!, ¿quedarme contigo?

Ella a su vez se manifestó sorprendida.

—Pero después de eso ¿adónde podrías ir ya? Ten cuidado, querido, no valen trampas. Tú no eres un canalla como los otros. Si eres puro, honrado, te quedarás aquí y no irás a ninguna parte. No ha sido en vano el estarte esperando.

—¡Pero tú estás loca!—gritó con cólera.

Ella le miró fijamente, con severidad, y le amenazó con el dedo.

—Eso está mal. No se dice eso. Puesto que la verdad viene a ti, salúdala muy humildemente, pero no digas: «¡Tú estás loca!» Mi escritor es el que tiene la costumbre de decir eso; pero ése es un canalla, mientras que tú, tú debes ser honrado.

—¿Y si no me quedo?—dijo él con una pálida sonrisa en sus labios contraídos.

—¡Te quedarás!—afirmó ella con certidumbre—. ¿Adónde vas a ir? No tienes ya a donde ir. Eres honrado. Un canalla tiene ante sí muchos caminos; un hombre honrado no tiene mas que uno solo. Lo comprendí cuando me besaste la mano. «Es estúpido, pero es honrado», me dije en aquel momento. No hay que reprocharme el haberte llamado estúpido; la culpa fué tuya. ¿Por qué me has querido hacer el regalo de tu inocencia? Probablemente te dijiste: «Le haré ese regalo y me dejará tranquilo.» ¡Dios mío, qué ingenuo eres! En el primer momento hasta llegué a sentirme insultada; me parecía que hacías eso porque me despreciabas demasiado. Luego he comprendido que lo hacías porque eres demasiado bueno. Tu cálculo era bien sencillo: «Voy a sacrificarle mi pureza—te dijiste—, y con ello aun me haré más puro todavía. De ese modo tendré algo así como una moneda de oro incambiable y eterna. Se la puedo dar a los mendigos, pero vuelve siempre a mi bolsillo.» No, querido, no te valdrá eso.

—¿No?

—No, querido, no soy tan estúpida como todo eso. He visto ya mercaderes así: amontonan millones con todas las injusticias y luego dan diez céntimos para la iglesia y creen que han salvado su alma. No, querido, construye tú mismo la iglesia, da todo lo que es amado por ti. Tu inocencia no es gran cosa; quizá me la ofreces porque no tienes necesidad de ella; está ya caducada, llena de polvo... ¿Tienes novia?

—No.

—Pero si la tuvieras, si te esperara mañana con flores, besos y palabras de amor, ¿me habrías ofrecido tu inocencia?

—No sé.

—¿Lo ves? Tenía yo razón. Me habrías dicho: «Toma mi vida, pero no toques a mi honor.» Das lo más barato. No, rico; dame lo más caro, sin lo que no puedas vivir.

—Pero ¿por qué razón?

—¿Cómo por qué razón? Pues muy sencillamente: para no tener vergüenza.

—Luba—exclamó él extrañado—, pero es que tú misma eres...

—¿Quieres decir que si yo misma soy buena? ¿Sí? Pues bien, ya lo había oído. Pero eso no es verdad. Yo estoy prostituida, eso es todo. Pronto lo aprenderás cuando te quedes conmigo.

—Pero no me quedaré—gritó él apretando los dientes.

—No vale la pena de gritar, rico. La verdad no teme los gritos. Es como la muerte: cuando viene hay que recibirla tal como es. La verdad es a veces penosa, bien lo sé yo.

Bajó la voz y añadió mirándole fijamente a los ojos:

—Dios también es bueno, ¿no es eso?

—¿Y bien?

—Nada más. Reflexiona, yo no te diré nada mas... Hace cinco años que no he estado en la iglesia... Sí, es muy complicada la verdad...

¡La verdad! Un nuevo horror que no había conocido de cerca ni frente a la vida ni frente a la muerte.

Con sus concepciones simplistas, no sabiendo resolver todos los problemas mas que por un «sí» o un «no», pasaba ahora una revista rápida a su vida de punta a cabo. Se descomponía como una barraca mal hecha bajo las intemperies de otoño y entre sus escombros era muy difícil reconocer todo lo bello que hubo en el interior. Los hombres que había amado y con los que había laborado mano a mano, unido a ellos en las alegrías y en los sufrimientos casi le parecían ahora desconocidos. Su vida, incomprensible; su obra, inútil, privada de sentido. Era como si alguien con manos de hierro hubiera quebrado su alma como se quiebra un palo contra la rodilla. No hacía mucho tiempo que esta ha aquí, unas horas apenas que había llegado de allá, de su mundo; pero le parecía que había pasado aquí toda su vida, al lado de esta mujer medio desnuda, oyendo la música y el ruido de las espuelas, que no había salido jamás de aquella casa. No sabía si se encontraba en la cúspide de la vida o en un abismo; lo único que sabía era que estaba contra todo aquello que hoy aún era su vida, su alma.

«¡Es vergonzoso ser puro!»

Se acordó de sus libros, los que le enseñaron la vida, y una sonrisa amarga contrajo sus labios. ¡Los libros! He aquí el libro: aquella mujer con los ojos cerrados, los brazos desnudos, fatigado

el semblante, que esperaba con impaciencia. «¡Es vergonzoso ser puro!»

De pronto comprendió con horror que la otra vida había acabado por siempre para él, que ya no podía seguir siendo puro. Y, sin embargo, esta pureza era toda la alegría de su vida, todo su orgullo. Ahora se acabó. Es el reino de las tinieblas que llega. Que se quede allí, que vuelva donde los suyos, todo se acabó: ha roto con su mundo. ¿Por qué vino a aquella casa maldita? Hubiera valido más seguir en la calle, a merced de los espías, dejarse prender y conducir a la prisión. La prisión no le asustaba ya: allí podía seguir siendo puro. Ahora ya era demasiado tarde: ni la prisión le salvaría ya.

—¿Lloras?—preguntó Luba.

—¡No!—respondió con firmeza—. Yo no lloro jamás.

—Eso está bien. Nosotras las mujeres podemos permitirnos llorar; vosotros los hombres no. Si vosotros llorarais también, ¿quién respondería de esas lágrimas ante Dios?

—Pero ¿qué hacer, Luba, qué hacer?—exclamó con la muerte en el alma.

—Quédate conmigo. Ahora eres mío para toda la vida.

—¿Y los otros?

Ella frunció las cejas.

—¿Quiénes?

—¡Los hombres! ¡Los hombres, por quienes he trabajado! ¡No era por mi gusto por lo que llevaba, esta pesada cruz... por lo que yo estaba dispuesto a matar!

—No me hables de los hombres—dijo severamente Luba temblándole los labios—. Vale más no hablarme de eso. Te voy a dar de bofetadas. ¿Lo oyes?

—Pero vamos a ver, Luba...

—Ten cuidado, rico. Basta de esconderse ya detrás de los hombres; no podrás jamás esconderte ante la verdad. Si verdaderamente amas a los hombres, a los que sufren, heme aquí, tómame a mí. O yo te tomaré a ti.. ¡Sí, querido!...

## V

Permanecía siempre sentada, los brazos enlazados alrededor del cuello, feliz, sonriente, como loca. Sin abrir los ojos, para gozar mejor de sus pensamientos, hablaba lentamente, casi cantando.

—Sí, rico mío. Vamos a embriagarnos; vamos a llorar juntos lágrimas dulces llenas de felicidad. ¡Te quedas conmigo para toda la vida! Cuando entraste hoy en el salón y vi tu imagen en el espejo me dije: «¡Aquí está mi amado!» No sé si eres mi hermano o mi amante, pero eres para mí.

El recordó la pareja negra, como de duelo, que había visto en el espejo del salón, y ante este recuerdo sintió un dolor tan agudo que sus dientes rechinaron. Se acordó también de su revólver, que llevaba en el bolsillo, de los dos días y dos noches de persecuciones policíacas, de su llegada a aquella casa, del sucio lacayo que le abrió la puerta, de la dueña de la casa que lo introdujo en el salón, de las tres mujeres desconocidas...

Y su dolor se apaciguaba poco a poco. Comprendió al fin claramente que era el mismo de antes, que estaba completamente libre y que podía ir a donde quisiera.

Recorrió la habitación severamente con su mirada, como el que despierta de una pesadilla y se encuentra en un lugar desconocido.

—¿Qué es esto? ¡Qué insensatez! ¡Qué pesadilla!

Pero la música seguía sonando. Y Luba se guía siempre en la misma posición, los brazos al rededor del cuello, llena de una felicidad desconocida, inaudita. Pero esto era la realidad y no un sueño.

—Entonces, ¡qué! ¿Es verdad todo esto?

—Sí, querido. Ahora estamos unidos para siempre.

Entonces ¿todo esto es verdad? Aquellas faldas colgadas en la pared, aquel lecho sobre el cual millares de hombres gozaron



delirios sexuales, aquel olor a pecado que llenaba toda la habitación, aquella música y aquel chocar de espuelas, finalmente, aquella mujer de rostro esmirriado y de sonrisa de bestia feliz...  
¡Todo aquello era la verdad!

Cogió entre sus manos su cabeza pesada, y mirando alrededor como un lobo perseguido por los perros, pensaba: «¡Sí, hela aquí la verdad! Ni mañana ni pasado mañana saldré de aquí, y todo el mundo sabrá por qué me he quedado aquí con una prostituta pecando y bebiendo. Se me va a calificar de cobarde, de traidor, de canalla. Algunos comprenderán quizá y me defenderán... No, vale más no esperar. Lo mejor es no esperar ya nada. Esto se acabó. ¡Vivan las tinieblas! ¿Y después? No sé. Un horror cualquiera. ¡Conozco tan poco esta nueva vida! Tendré que aprender a ser canalla como todos en esta casa. ¿Quién me enseñará? ¿Luba? No; ella misma no sabe. Pero encontraré un medio. Me haré un canalla cumplido, lo romperé todo... ¿Y después? Después, un buen día, en casa de Luba o en cualquier otra casa sospechosa, o en presidio, diré: «Ahora ya no tengo vergüenza; ahora ya no tengo nada que reprocharme respecto a vosotros, porque me he convertido en sucio, en desgraciado y en miserable como vosotros.» O bien me plantaré en medio de una plaza cualquiera y diré: «¡Miradme, ved lo miserable que soy! Yo tenía todo: espíritu, honor, dignidad y hasta la inmortalidad, y todo eso lo he arrojado a los pies de una prostituta solamente porque es impura!...» ¿Qué es lo que dirán aquellas gentes? Se quedarán sorprendidas y me llamarán idiota. Y tendrán razón. Sí, yo soy idiota. Pero no era mía la culpa si yo era puro. Luba y todo el mundo debe ser puro. Cristo mandó que cada uno distribuyera sus bienes entre los pobres, y dijo que hay que dar no solamente la vida, sino también el alma, que es más. Pero ¿es que Cristo pecó con las mujeres perdidas y se emborrachó? No; las perdonaba solamente y aun las amaba. Y bien, yo también perdono a Luba, la compadezco, la amo. ¿Es que se necesitaría que yo mismo pecara también?...»

—¡Esto es terrible, Luba!

—Sí, querido, siempre es terrible mirar a la verdad cara a cara.

«Ella habla aún de la verdad. Pero ¿por qué tengo miedo? Puesto que lo quiero no hay nada que temer. Allá en la plaza, delante de

aquella muchedumbre extrañada, yo sería superior a todos. Sucio, miserable, harapiento, sería con todo el profeta, el heraldo de la verdad eterna ante la cual Dios mismo se debe inclinar.»

—¡No, Luba, esto no es terrible!

—Sí, querido, es terrible. Tanto mejor si no tienes miedo.

«He aquí, pues, como he acabado. No es esto lo que yo esperaba de mi joven y bella vida... ¡Dios mío, esto es la locura! Desvarío. No es tarde aún. Todavía puedo irme...»

—¡Querido mío, mi bien amado!—susurraba la mujer.

La miró. En los ojos medio cerrados de Luba, en su sonrisa, leía un hambre atroz, una sed insaciable, como si hubiera devorado ya algo enorme, pero que no hubiera matado su hambre.

Lentamente, sin darse prisa, se levantó. Quiso hacer el último esfuerzo para salvar su razón, su vida, su vieja verdad. Y siempre sin apresurarse comenzó a hacer su *toilette*.

—Oye, ¿no has visto mi corbata?

Ella abrió los ojos.

—¿Adónde quieres ir?

Dejó caer sus manos y se volvió bruscamente hacia él.

—¡Me voy!

—¿Tú? ¿Que te vas? ¿Adónde?

El sonrió amargamente.

—¿Crees que no tengo a donde ir? Voy a donde mis camaradas.

—¿A donde los buenos, pues? ¿A donde los puros? Entonces ¿me has engañado?

— Sí, a donde los buenos, a donde los puros—y sonrió de nuevo.

Su *toilette* estaba ya hecha. Se miró los bolsillos.

—Dame mi cartera. Se la dió.

—¿Y mi reloj?

—Ahí está, en la mesa de noche.

—¡Adiós, Luba!

—¿Tienes miedo, pues?—preguntó con voz tranquila, simple.

La miró. Estaba en pie, alta, de brazos finos casi infantiles, con una sonrisa en sus labios pálidos.

—¿No tienes valor?

¡Cómo había cambiado! Hacía algunos minutos estaba altiva, casi terrible; ahora está triste, abatida... es más bien una jovencilla tímida

que una mujer. Pero es igual; se irá.

Dió un paso hacia la puerta.

—¡Y yo que creía que ibas a quedarte!...

—¿Qué?

—Creía que te ibas a quedar... conmigo...

—¿Para qué?

—Contigo sería mejor... La llave la tienes en el bolsillo.

El metió la llave en la cerradura.

—Bien, vete puesto que quieres irte... Vete a donde los buenos, a donde los puros... En cuanto a mí...

...Y entonces, en este último minuto, cuando no tenía mas que abrir la puerta para volver a encontrar a sus camaradas, cometió algo incomprensible y absurdo que lo perdió. ¿Era la locura que se apodera a veces de repente de los espíritus más robustos y serenos? ¿O quizá había descubierto verdaderamente en aquella mancebía, bajo la impresión de aquella música desordenada y de los ojos de aquella prostituta, la verdadera, la terrible verdad de la vida, incomprensible para todos los demás? Adoptó aquella verdad sin vacilaciones, como si fuera algo inexorable.

Se pasó la mano lentamente por los cortos cabellos, y sin volver siquiera a cerrar la puerta retrocedió y se sentó sobre la cama.

—¿Qué pasa? ¿Has olvidado algo?—preguntó sorprendida Luba, que de ningún modo esperaba que volviera.

—No.

—Entonces ¿por qué no te vas?

Y él, tranquilo como una piedra en la que la vida acabara de esculpir un nuevo mandamiento terrible, respondió:

—No quiero ser puro.

Ella no se atrevía a creer, y al mismo tiempo estaba asustada por la realización de lo que había deseado tan ardientemente. Se arrodilló ante él. Y con la sonrisa de un hombre que ha encontrado lo que buscaba, él puso su mano sobre la cabeza de la mujer y repitió:

—No quiero ser puro.

Arrebatada de alegría empezó ella a agitarse a su alrededor, a desnudarle como a un niño pequeño, a desabrocharle los botines; le

acariciaba los cabellos, las rodillas. De pronto, mirándole a los ojos, exclamó llena de angustia:

—¡Qué pálido estás! ¡Toma en seguida una copita! ¿Te sientes mal, Pedrito mío?

—Me llamo Alejo.

—Es igual. Si quieres voy a echarte coñac. Pero ten cuidado, es muy fuerte... Y para ti que no tienes costumbre...

Y lo miró cómo bebía a pequeños tragos. No sabía beber y empezó a toser.

—Eso no es nada. Veo bien que aprenderás pronto a beber. ¡Bravo! Estoy muy contenta de ti.

Lanzando breves chillidos de alegría saltó sobre sus rodillas y le cubrió de besos, a los que él no tenía tiempo de responder. Aquello le parecía chusco: apenas si le conocía ella y, sin embargo, sus besos ¡eran tan fuertes! La besó, la apretó contra sí de manera que no se podía mover, como si quisiera experimentar sus fuerzas. Dócil y alegre ella le dejó hacer.

—¡Está bien, está bien!—repetía él con un ligero suspiro.

Luba parecía loca de felicidad. Se diría que la pequeña habitación estaba llena de mujeres alegres, agitadas, que hablaban sin cesar, besaban, acariciaban. Le servía de beber y bebía ella misma. De pronto se sobresaltó.

—¿Y tu revólver? Le habíamos olvidado. Dámelo, voy a llevarlo al escritorio.

—¿Para qué?

—Me da miedo. Puede escaparse la bala.

El se sonrió.

—¿Crees tú? ¿Se puede escapar la bala? Tomó el revólver, y como si le pesara en la mano, se lo devolvió a Luba, así como los cartuchos.

—Llévalo al escritorio.

Cuando se quedó solo sin su revólver, del que no se había separado hacía largos años; cuando por la puerta que Luba había dejado entreabierta oyó más distintamente la música y el ruido de las espuelas, sintió toda la inmensidad del fardo que se había echado sobre los hombros. Dió algunos pasos por la habitación, y volviéndose hacia la puerta, en la dirección del salón, pronunció:

—¿Y bien?

Se detuvo, con los brazos cruzados, los ojos fijos en la puerta.

—¿Y bien?

Había en esta pregunta un desafío, un adiós a todo su pasado, una declaración de guerra a todos, incluso a los suyos, y una queja dulce.

Luba volvió, siempre agitada, sobreexcitada.

—¿No vas a enfadarte, querido? He invitado a las demás mujeres... No a todas; a algunas. Quiero presentarte como mi bien amado. Son buenas muchachas. Nadie las ha elegido esta noche y están solas en el salón. Los oficiales están todos en los cuartos con las otras muchachas. Uno de los oficiales ha visto tu revólver y le ha gustado mucho... ¡No te enfadarás porque las haya llamado?

¿Verdad que no, querido?

Lo cubrió de besos muy fuertes.

Las otras mujeres estaban ya en la habitación haciendo mohines y risitas. Se sentaron unas al lado de otras. Eran cinco o seis, feas, muchachas aviejadas casi todas, enjalbegadas, los labios teñidos de rojo. Unas ponían cara de molestia; otras miraban al hombre con o aire tranquilo, le saludaban, le daban la mano y esperaban a que se les diera de beber. Probablemente se iban ya a acostar, pues estaban vestidas con ligeros peinadores de noche; una de ellas, gorda, perezosa y flemática, venía aún en enaguas, mostrando sus gruesos brazos desnudos y su grueso pecho. Esta, así como otra que parecía un ave de rapiña, con abundante cosmético en las mejillas, estaban ya completa mente ebrias; las demás, un poco. La pequeña habitación se llenó de voces, de risas, de malos olores corporales, de vino, de perfume barato.

Un criado sucio, vestido con un frac demasiado corto, trajo coñac, y todas las mujeres le saludaron a coro:

—¡Markuscha, mi querido Markuscha!

Probablemente era costumbre de la casa saludarle de este modo, pues hasta la mujer gruesa, completamente borracha, le gritó:

—¡Markuscha!

Todo esto era nuevo, extraño. Se empezó a beber; todas las mujeres hablaban a la vez, gritaban. La que parecía un ave de rapiña hablaba con rabia de un visitante que le había hecho no sé

qué porquería. Se oían juramentos que las mujeres no pronunciaban con el tono indiferente de los hombres, sino subrayándolos como un desafío, cínicamente.

Al principio casi no ponían atención en el hombre. El mismo callaba y las miraba severamente. Luba, feliz, estaba sentada a su lado, sobre la cama, abrazada a su cuello. Bebía muy poco; pero llenaba sin cesar la copa de él. De vez en cuando le susurraba al oído:

—¡Querido mío!

El bebía mucho, pero no se emborrachaba. El alcohol en vez de embriagarle transformaba poco a poco todos sus sentimientos. Todo lo que había amado en la vida, todo lo que había conocido, sus libros, sus camaradas, su trabajo, se eclipsaba, se derrumbaba; pero a pesar de todo esto él mismo se sentía más fuerte. Se diría que a cada nueva copa se iba acercando más y más a sus antepasados, a aquellos hombres primitivos cuya religión fué la rebeldía y en los que la rebeldía se convertía en religión. La sabiduría que había sacado de los libros se evaporaba, y desde el fondo de su alma se alzaba algo de otro, salvaje y oscuro como la voz de la tierra. Esto recordaba el espacio infinito, los bosques vírgenes, los campos vastos como el océano. Se oía en ello el grito de angustia de las campanas, el ruido de las cadenas de hierro, la plegaria desesperada, la risa diabólica de seres misteriosos.

Permaneció así, con su rostro ancho y pálido, tan próximo a aquellas desgraciadas criaturas que aullaban a su alrededor. Su voluntad se afirmaba en su alma devastada y se sentía capaz de demolerlo todo como de crearlo todo.

Golpeó la mesa con el puño.

—¡Luba, hay que beber!

Y cuando ella, dócil y sonriente, llenó todas las copas, levantó la suya y proclamó:

—¡A la salud de los nuestros!

—Es decir, ¿de tus camaradas?—preguntó ella muy bajo.

—¡No; bebo a la salud de estos, de los nuestros! ¡A la salud de todos los canallas, de los bribones, de los cobardes, de todos los que están aplastados por la vida, que mueren de sífilis!...

Las mujeres rieron, pero la gorda le dijo con tono de reproche:

—¡Eso es ya demasiado, querido!

—¡Calla tú!—gritó Luba—. Es mi bien amado.

—Bebo a la salud de los ciegos de nacimiento. Saquémonos los ojos porque da vergüenza mirar a aquellos que no ven. Si nuestros ojos no pueden servirnos de linternas para iluminar las tinieblas de la vida arranquémoslos y ¡viva la noche! Si todo el mundo no puede entrar en el paraíso, no lo quiero para mí. ¡Abajo la luz, vivan las tinieblas!

Se tambaleó un poco y vació su copa. Su voz era lenta, pero firme, clara y neta. Nadie comprendió su discurso; pero las mujeres estaban encantadas con aquel hombre pálido que decía cosas chuscas.

—Es mi bien amado—decía Luba con orgullo—. Se quedará aquí conmigo. Era honrado, tiene camaradas; pero se quedará conmigo.

—¡Puede reemplazar aquí a nuestro criado Markuscha!—dijo la gorda borracha.

—¡Cállate, Manka, o te sacudo una bofetada!—gritó Luba—. Se quedará conmigo. Y, sin embargo, era honrado.

—Todas fuimos honradas una vez—dijo la vieja de perfil de pájaro.

Y las otras se pusieron a gritar:

—¡Y yo fui honrada hasta los cuatro años!

—¡Y yo he sido honrada hasta ahora!

Luba lloraba casi de rabia.

—¡Callaos, montón de canallas! A vosotras se os ha tomado vuestro honor, mientras que él lo ha sacrificado él mismo, de buen grado. Sí, ha renunciado voluntariamente a su honor; no ha querido más ser honrado. Vosotras sois unas sucias prostitutas, y él, él es todavía inocente como un bebé...

Luba se echó a llorar; las otras, borrachas, rieron a carcajadas hasta llenárseles los ojos de lágrimas; al reír se caían unas contra las otras, se retorcían, no podían sostenerse en las sillas. Era una risa loca, como si todos los diablos del infierno se hubieran reunido en aquella pequeña habitación para asistir a los funerales de aquel pobre honor que el hombre acababa de sacrificar. Al fin, él mismo se echó a reír.

Solamente Luba no reía. Temblando de indignación se retorció las manos y acabó por arrojarse, cerrados los puños, sobre una de las mujeres.

—¡Basta!—gritó él; pero nadie le escuchaba.

Por fin se restableció la calma.

—¡Esperad!—dijo—. Os voy a hacer reír todavía.

—¡Déjalas!—protestó Luba enjugándose las lágrimas—. Hay que echarlas a todas.

—¿Tienes miedo?—preguntó él—. ¿Quieres la honradez? ¡No piensas mas que en eso, bestia!

Y sin ocuparse ya de Luba se volvió hacia las otras mujeres alzando las manos en alto.

—¡Oídmeme bien! Os lo voy a mostrar. Mirad mis manos.

Las mujeres, alegres y fatigadas, miraron las manos y esperaron con curiosidad alguna sorpresa.

—He aquí—continuó—que tengo en mis manos mi vida. ¿Lo veis?

—¡Sí! ¿Y bien?

—Era bella mi vida. Era pura y seductora mi vida. Era como un hermoso vaso. Y, sin embargo, mirad, ¡la tiro al suelo!

Hizo un brusco movimiento, y todos los ojos se volvieron al suelo como si buscaran en él los pedazos de un hermoso vaso, de una bella vida humana.

—¡Pisoteadla con vuestros pies!—gritó él—. Más fuerte, hasta que no quede intacto ni un solo pedazo.

Y como niños contentos de haber encontrado un nuevo juego, todas las mujeres, gritando y riendo, se pusieron a pisotear el sitio donde debían encontrarse los pedazos del vaso. Poco a poco se enfurecían. No gritaban, no reían ya. No se oía mas que el ruido de los pies y la respiración pesada.

Luba, como una reina ultrajada, observaba esta escena. De pronto, como si lo hubiera comprendido todo, se arrojó como loca en medio de las mujeres y se puso ella también a pisotear el suelo ferozmente. Se pudiera creer que era una danza cualquiera, de un género especial, sin música ni ritmo.

El la miraba tranquilo y severo.

\* \* \*



En la obscuridad se oyeron dos voces.

La de Luba, fina, sutil, manifestando un poco de miedo, como la voz de toda mujer en la obscuridad, y la voz del hombre, firme, tranquila, como lejana.

—¿Tienes los ojos abiertos?—preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Piensas en algo?

—Sí pienso.

Una pausa; después, otra vez la voz de la mujer:

—Cuéntame algo de tus camaradas... si quieres...

—¿Por qué no? Eran...

Hablaba de ellos en pasado como si se tratara de muertos o como un muerto pudiera hablar de los vivos. Hablaba tranquilamente, con indiferencia, como un viejo que contara a los niños un cuento heroico de los tiempos antiguos. Y en las tinieblas de la pequeña habitación, que parecía agrandarse desmesuradamente ante los ojos encantados de Luba, pasaba un puñado de hombres muy jóvenes que no tenían ni padre ni madre, hostiles al mundo, contra el que luchaban como a aquel por el que luchaban. Soñando en el porvenir lejano, en los hombres-hermanos que no han nacido aún, pasan por la vida como sombras pálidas cubiertas de sangre. Su vida es terriblemente corta; todos perecen en el patíbulo, en el presidio o se vuelven locos. Hay entre ellos mujeres...

Luba lanzó un grito de dolor.

—¿Mujeres? ¡Pero qué es lo que dices!

—Sí; muchachas jóvenes, cariñosas. Valientes, desafiando todos los peligros, siguen a los hombres y perecen.

—¿Perecen? ¡Oh Dios mío!

Y Luba, sollozando, se apoyó en su hombro.

—¿Qué es lo que tienes? ¿Eso te conmueve?

—Esto no es nada, querido. Sigue contando.

El continuó. Y cosa extraña: a medida que hablaba, el hielo se transformaba en fuego y los tonos fúnebres de su canción de despedida sonaban para Luba como el «hossanna» de una vida nueva, bella y seductora. Le escuchaba ávidamente, con los ojos muy abiertos; sus lágrimas se secaban en seguida como devoradas

por el fuego. Cada palabra del hombre era para ella un martillazo que forjaba un alma.

De repente exclamó con una voz nueva, desconocida:

—¡Pero, querido, también yo soy mujer!

—¿Y qué?

—Pues que puedo vivir como ellas... como las mujeres de que me hablas.

El no dijo nada. Aquel hombre que vivía junto a todos aquellos mártires, que era su camarada, inspiró a Luba tanto respeto que le dió vergüenza de estar acostada así con él en el mismo lecho y de besarle. Se apartó un poco y quitó la mano de su hombro. Y olvidándose de su odio a los puros y a los honrados, de todas sus maldiciones, de los largos años de su vida en aquella casa, se sintió tan conmovida por la belleza de la vida de que él le hablaba, que ahora sólo un temor la martirizaba: que aquellos hombres no la quisieran.

—Di, querido, ¿me aceptarían? ¿O quizá no me querrán? Quizá me digan que no tienen necesidad de mí, de una muchacha perdida, prostituida.

—Sí te recibirán—respondió él tras una pequeña pausa—. ¿Por qué no?

—¡Oh qué buenos son!

—Sí son buenos—afirmó él.

—¡Sí, sí! ¡Y cuánto!

Tuvo ella una sonrisa tan feliz, que se diría que las tinieblas se habían iluminado de repente. Luba veía ahora otra verdad que la llenaba de alegría.

—¡Vamos, pues, donde esos hombres!—dijo—. Tú me llevarás allá, ¿no es eso, querido? ¿No te dará vergüenza llevarme desde una casa de lenocinio? Comprenderán cómo tuviste que venir aquí y no te lo reprocharán. Cuando a un hombre le persigue la policía se oculta donde puede... En cuanto a mí haré todo lo posible por que no sientan el haberme aceptado... Pero ¿no dices nada?

El seguía callando.

—¿Te da vergüenza llevarme donde esos hombres?

—No iré. No quiero ser bueno.

Un nuevo silencio, como si un gran pájaro negro desplegara sus alas sobre el lecho. Luba se levantó con precaución y descendió al suelo.

—¿Qué haces?—preguntó él.

—Voy a vestirme. Se vistió y se sentó en la silla. El silencio se hizo tan profundo, que parecía que en la habitación no había nadie.

—Creo que todavía queda un poco de coñac—dijo él—. Toma una copita y vuélvete a la cama...

## VI

Era de día ya cuando la policía entró en la casa dormida. Después de largas vacilaciones, causadas por el temor a un escándalo y a la responsabilidad, la dueña de la casa envió a Markuscha al puesto de policía con una relación detallada sobre el extraño visitante y hasta con su revólver. Allí comprendieron en seguida que era él el hombre a quien se buscaba desde hacia tres días; sus últimas huellas se perdían precisamente en aquella callejuela. La policía incluso tenía intención de hacer un registro en todas las casas de lenocinio de aquella calle; pero alguien la había puesto sobre otra pista.

Se previno por teléfono al jefe de policía, y media hora más tarde un gran destacamento de policías y de espías se dirigían hacia aquella casa, en una madrugada fría de octubre. A la cabeza, lleno de angustia y de temor, iba un oficial de policía, hombre de alta talla, ya de edad, cubierto con un abrigo demasiado ancho. Bostezaba nerviosamente y pensaba de mal humor que valdría más llamar en su auxilio a los soldados; que sin soldados era demasiado peligroso atacar al terrorista célebre, solamente con sus torpes policías, que ni si quiera sabían tirar. Se figuraba ya que muy pronto iba a

convertirse en una «víctima del deber» muerta por el terrible terrorista, y este pensamiento le daba escalofríos.

Conocía bien aquellas casas de lenocinio, que le pagaban grandes sumas por ocultar sus pequeños escándalos. No tenía ninguna gana de morir. Cuando se le despertó aquella noche examinó detenida mente su revólver e hizo que le limpiaran su uniforme, como si se preparara para alguna solemnidad. La víspera, cuando en el puesto de policía se habló de aquel terrorista que despistaba a los espías tan hábilmente, aquel oficial había declarado francamente que era un héroe, mientras que él mismo, el viejo policía, no era mas que un crapuloso que no valía nada. Cuando los demás policías se echaron a reír añadió que sin aquellos héroes la vida sería demasiado monótona, y que eran buenos por lo menos para que se los ahorcara.

—Es un verdadero placer ahorcarlos, por nosotros y por ellos. Ellos están contentos porque van derechos al paraíso; nosotros, porque todavía quedan gentes bravas, intrépidas.

Los otros no tomaban en serio estos sofismas y seguían riendo. Acabó por reírse él también, pues en su borrachera eterna ya no sabía diferenciar la verdad de la mentira. Pero ahora, en la madrugada fría de otoño, sentía que sus ideas habían cambiado, que aquel terrorista no era ya un héroe para él, sino simplemente una fiera peligrosa.

«¡Estúpido de mí, llamarle héroe!—pensaba—. ¡Dios mío, si ese canalla se mueve lo mato como a un perro!»

Y reflexionaba por qué era tan apegado a la vida, él tan viejo, enfermo de la gota. Se volvió a los hombres que iban tras él y gritó con cólera:

—¡No os disperséis! ¡Marchad en orden y no como carneros!

El viento se le metía por debajo del abrigo y del uniforme, tan anchos, que parecía había adelgazado de repente. A pesar del frío le sudaban las manos.

Se rodeó la casa de tal forma que dijérase que no había dentro un enemigo sólo, sino toda una compañía. Y sin hacer ruido, de puntillas, penetraron por el corredor hasta la puerta terrible. Se oyeron gritos, amenazas, puñetazos. Cuando los policías, haciendo caer a Luba medio desnuda, llena ron la habitación con sus fusiles,

sus uniformes y sus botas, vieron al terrorista en camisa, con los pies desnudos sentado sobre la cama. No decía nada. No había allí bombas ni nada terrible. No veían mas que la sucia alcoba de una prostituta, aun más repugnante a la luz del alba; una ancha cama en desorden, las ropas tiradas aquí y allá, una mesa llena de manchas de vino y el hombre afeitado, medio dormido, sin vestirse sobre el lecho.

—¡Las manos arriba!—gritó el oficial empuñando su revólver.

Pero el terrorista no le hizo caso y seguía callado.

—¡Registradle!—ordenó el oficial.

—¡Pero si no tiene nada!—exclamó Luba—. El revólver está en el escritorio. ¡Dios mío, Dios mío!

También ella estaba sólo con la camisa, y los dos, casi desnudos, daban una triste impresión entre aquellos hombres vestidos con uniformes y capotes. Registraron sus ropas, el lecho, la cómoda, todos los rincones, pero no hallaron nada.

—¡Pero si yo misma llevé el revólver al escritorio!—repetía Luba automáticamente.

—¡Cállate, Luba!—ordenó el oficial.

La conocía bien, y hasta había pasado con ella dos o tres noches. Estaba seguro de que decía la verdad; pero le alegraba tanto que el asunto tomara un cariz tan afortunado, que tenía necesidad de gritar, de mandar.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo diré. No responderé a ninguna pregunta.

—¡Naturalmente!—arguyó con ironía el oficial.

Pero se apoderó de él la angustia. Examinó durante algunos instantes a aquel hombre casi desnudo, a Luba, que temblaba con todo su cuerpo, la habitación toda, y comenzó a dudar.

—¡Quizá no sea él!—dijo al oído de uno de los espías—. ¡Es tan extraño esto!...

Pero el otro hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—No; es él; sólo que se ha quitado la barba. Le he conocido por los pómulos.

—Sí, es verdad; tiene pómulos de bandido.

—Y mire usted sus ojos; por esos ojos le habría reconocido entre mil personas.

—Sí, tiene unos ojos... Enséñeme la fotografía.

El oficial examinó la fotografía largo tiempo. Representaba un joven muy hermoso y elegante, con una larga barba y una mirada tranquila y clara. En cuanto a los pómulos, no se le veían.

—¡Mira, aquí no hay pómulos!

—Porque están escondidos bajo la barba.

—Sí, pero... Mira esa cara... ¿Bebe él quizá?

—No, esos no beben nunca—dijo con una sonrisa irónica el espía, un hombre delgado con una pequeña perilla que abusaba demasiado del alcohol.

—Sé que no beben, pero aun así...

El oficial se acercó al terrorista.

—Escuche usted: ¿era usted el que tomó parte en el asesinato de...?

Pronunció respetuosamente el nombre de un alto dignatario muy conocido.

Pero el otro no respondió. Se sonreía y balanceaba uno de sus pies desnudos y peludos.

—¡Hay que responder cuando se pregunta!

—Déjele, no responderá. Esperemos al oficial de gendarmes y al procurador. Ellos sabrán hacerle hablar.

El oficial rió, pero estaba visiblemente de mal humor.

—Y tú, Luba, ¡nombre de Dios! ¿Por qué no le denunciaste inmediatamente?...

—Pero puesto que yo...

El oficial le dió a Luba dos bofetadas.

—¡Atrapa eso! ¡Yo te enseñaré a esconder gentes peligrosas!

El terrorista hizo un movimiento.

—¿No le gusta esto, joven?—dijo el oficial, que le menospreciaba cada vez más—. ¡Tanto peor! Habrá usted cubierto de besos. a esta puerca, y nosotros...

Y añadió un juramento cínico. Los agentes de policía tuvieron una sonrisa de confusión. Pero lo que era extraño, Luba sonrió también. Miraba benévola al viejo oficial como si admirara su buen humor y su alegría. Desde la entrada de la policía no había mirado al terrorista ni una sola vez, traicionándole ingenua y francamente.

El lo comprendía y guardaba silencio, sonriendo con la sonrisa extraña de una piedra.

A la puerta se veían mujeres medio desnudas. Entre ellas estaban las que pocas horas antes habían estado en la habitación. Le miraban indiferentes, con una curiosidad estúpida, como si le vieran por primera vez. Lo habían olvidado todo.

Se las echó pronto de allí.

Ahora el día había avanzado y en la claridad de la mañana la habitación era todavía más repugnante. Dos oficiales que habían pasado la noche en la casa entraron, vestidos y lavados ya.

—No, señores, no puedo permitirlo—protestó débilmente el viejo oficial de policía.

Pero los otros no le hicieron caso, se acercaron y se pusieron a examinar al terrorista y a Luba, cambiando sus observaciones despreocupadamente.

—¡Es guapo!—dijo uno de ellos, el más joven, el que había invitado a Luba a bailar. Tenía hermosos dientes blancos, bigote cuidado y ojos tiernos de jovencita. El terrorista le inspiraba un profundo disgusto y hacía muecas como si fuera a romper a llorar.

—¡Qué vergüenza! ¡Qué horror!—repetía.

—¡He aquí un anarquista!—dijo el otro oficial de más edad—. Os gustan las muchachas lo mismo que a nosotros, viejos pecadores...

—Pero ¿por qué diablos ha entregado usted el revólver en el escritorio?—decía el joven—. Al menos se podía usted haber defendido. Todavía comprendo que haya usted venido a esta casa... Eso le puede suceder a cualquiera... Pero ¿por qué no se guardó usted el revólver? ¿Qué dirán sus camaradas? Figúrese usted—añadió volviéndose a su colega—, tenía una browning y una veintena de balas. ¡Es verdaderamente estúpido!

El terrorista, con una sonrisa burlona, miraba desde lo alto de su nueva y terrible verdad al joven oficial y balanceaba con indiferencia su pie desnudo. No tenía la menor vergüenza de su desnudez, de sus pies sucios. Aunque se le hubiera llevado a una gran plaza, en medio de una multitud de hombres, mujeres y niños, habría permanecido con la misma tranquilidad, balanceando su pie y sonriendo.

—¡Estas gentes no tienen vergüenza!—dijo el viejo oficial de policía mirando con severidad al terrorista—. Les ruego, señores, que no le hablen. Tenemos instrucciones formales...

Pero en el cuarto han entrado otros oficiales mirando, cambiando observaciones. Uno de ellos que conocía al oficial de policía le tendió la mano. Luba coqueteaba con los recién venidos.

—Figúrense ustedes—refirió el joven—que te nía una browning con una veintena de balas... ¡Es idiota! Yo no lo entiendo.

—¡Tú no lo comprenderás jamás!

—¡Y, sin embargo, no son cobardes!...

—¡Tú eres un idealista!...

El viejo oficial de policía, que les escuchaba sonriéndose, se aproximó de pronto al terrorista, se plantó ante él y gritó, poniendo los ojos muy furiosos:

—¿No le da a usted vergüenza? ¡Póngase al me nos los pantalones! Le están mirando unos señores oficiales... ¡Esto es un héroe! ¡Con una prostituta! ¿Qué dirán tus camaradas? ¡Canalla!...

Luba escuchaba con el cuello extendido. Había allí tres verdades diferentes: el viejo policía borracho y deshonesto; una mujer perdida, turbada por los relatos de otra vida llena de heroísmos y de sacrificios, y él. Las palabras insultantes del viejo policía le turbaron visiblemente; se diría que hasta había querido responder, pero acabó por conservar su sonrisa enigmática.

Poco a poco los oficiales fueron saliendo; los agentes de policía se habían acostumbrado a aquella habitación y a aquellos dos seres humanos medio desnudos, y permanecían tranquilos y flemáticos. Su jefe pensaba tristemente en que no se podría acostar, pues se habría de pasar el día entero en el puesto de policía.

—¿Puedo vestirme?—preguntó Luba.

—No.

—Es igual; puedes seguir así.

El viejo oficial no la miraba. Ella se volvió hacia el terrorista y susurró algo a su oído. El alzó los ojos hacia ella. Entonces ella repitió:

—¡Amado mío! ¡Amado mío!

El la sonrió con benevolencia. Y esta sonrisa, que le decía que no había olvidado nada y que seguía tan bueno y tan bravo, y que



estaba casi desnudo y despreciado de todos, inspiró repentinamente a Luba un amor sin límites y una cólera loca, ciega. Se puso de rodillas dando un grito y besó sus pies desnudos.

—¡Vístete, amado mío! ¡Pronto, vístete!

—¡Déjalo, Luba!—le gritó el viejo policía—. No lo merece.

Pero Luba se levantó bruscamente.

—¡Cállate, viejo crápula! ¡Es mejor que todos vosotros!

—¡Es un canalla!

—¡No, el canalla lo eres tú!

—¡Cómo!—gritó fuera de sí el viejo policía—. ¡Prendedla!

Luba lloraba de rabia.

—¡Amado mío! ¿Por qué entregaste tu revólver? ¿Por qué no has traído una bomba? Los hubiéramos a todos... a todos...

—¡Apretadle a ésa el gaznate!

Ahogada, sofocada, en silencio, luchaba la mujer contra el policía intentando morderle los dedos. El policía, torpe, que no tenía costumbre de luchar con mujeres, pretendía tirarla al suelo. En el corredor se oían ya voces numerosas, chocar de espuelas de los gendarmes. Se oía también la voz de barítono, seductora, dulce, del oficial de gendarmes. Se diría que era un cantante que hacía su entrada en escena y que ahora iba a empezar la verdadera representación.

El viejo oficial de policía se disponía a recibir a sus jefes.

# HABIA UNA VEZ

## I

Un rico comerciante que no tenía familia, Lorenzo Petrovich Koscheverov, llegó a Moscú para consultar con los médicos. En vista de que su enfermedad presentaba cierto interés científico se le admitió en la clínica universitaria. Dejó su maleta y su pelliza abajo, en el vestíbulo. Arriba, donde estaba la sala de enfermos, le recogieron su traje negro y su ropa interior, dándole en cambio una larga blusa gris, ropa interior limpia, que llevaba el sello «Sala número 8», y unas pantuflas. La camisa era demasiado pequeña y la asistente fué a buscar otra.

—¡Es que sois tan grandes!—dijo al salir del cuarto de baño, donde los enfermos cambiaban de ropa.

Lorenzo Petrovich, medio desnudo, esperó con paciencia su regreso. Bajando su gran cabeza calva examinó su alto pecho minuciosamente, colgante como el de una vieja, y su vientre un poco inflado, que caía hasta las rodillas. Todos los sábados tomaba un baño y examinaba su cuerpo; pero ahora le parecía muy otro, débil y enfermizo a pesar de su vigor aparente. Desde el momento que le quitaron su ropa llegó a creer que no se pertenecía ya y estaba dispuesto a hacer todo lo que se le dijera.

La asistente volvió con otra camisa, y aunque Lorenzo Petrovich tenía aún bastantes fuerzas para aplastar a la buena mujer con solo

un dedo, permitió dócilmente que lo vistiera, y pasó torpemente la cabeza por la camisa. Con la misma obediente torpeza esperó a que le anudara las cintas de la camisa alrededor del cuello y la siguió a la sala. Andaba muy suavemente con sus pies de oso, como andan los niños cuando las personas mayores los conducen a donde no saben, quizá a castigarlos. La nueva camisa era también estrecha y le molestaba, pero no tenía valor para decírselo a la asistenta, no obstante que en su casa de Saratov docenas de hombres temblaban ante su mirada.

—¡Este es su sitio!—dijo la mujer indicándole una cama limpia y alta a cuyo lado había una mesa de noche.

No era mas que un rinconcito de la sala, pero precisamente por eso le agradó a aquel hombre agotado por la vida. Apresuradamente, como si se librara de alguno, se quitó la blusa y las pantuflas y se acostó. Y a partir de aquel momento todo lo que le había irritado y atormentado aún aquella mañana perdió su importancia para él. Por su memoria como un relámpago pasó toda su vida anterior: la enfermedad traidora que día tras día devoraba sus fuerzas; la soledad en medio de gentes egoístas y ávidas; la atmósfera de mentira, de odio y de terror; la huida allí, a Moscú. Luego se borró todo, no dejando en el alma mas que un dolor sordo. Y sin pensamientos Lorenzo Petrovich se durmió con un sueño pesado y profundo. La última cosa que vió antes de dormirse fué un rayo de Sol sobre la pared. Después llegó el olvido largo y absoluto.

Al día siguiente pusieron en su cama, sobre su cabeza, una placa negra con la inscripción siguiente: «Lorenzo Koscheverov, comerciante, cincuenta y dos años, admitido el 25 de febrero.» Placas semejantes estaban sobre las camas de los otros dos enfermos de la misma sala. En una de ellas se leía: «Felipe Speransky, chantre, cincuenta años.» En la otra: «Constantino Torbetsky, estudiante, veintitrés años.» Sobre las placas negras se destacaban lindamente inscripciones hechas con yeso que recordaban las que se hacen sobre las tumbas: aquí, en esta tierra húmeda y helada, yace un hombre.

El mismo día se pesó a Lorenzo Petrovich. Pesó 102 kilos.

—¡Es usted el hombre más pesado de todas las clínicas!— bromeó el practicante.

Era un hombre que hablaba y obraba como el médico mismo porque se debía al azar el que no hubiese recibido instrucción universitaria. Esperó a que Lorenzo Petrovich respondiera con una sonrisa como hacían todos los enfermos cuando el médico les dirigía una broma cualquiera. Pero aquel enfermo estaba visiblemente de mal humor. Sus ojos miraban al suelo y sus labios estaban apretados. Esto fué una desagradable sorpresa para el practicante: se creía un gran fisonomista, y el nuevo enfermo, al ver especialmente su cráneo calvo, fué clasificado por él entre las personas de buen humor. Ahora había que clasificarle entre los malos. Ivan Ivanovich, que éste era el nombre del practicante, se dijo que, así y todo, habría que pedir algún día un autógrafo al nuevo enfermo para juzgar su carácter.

Después de haber sido pesado los médicos examinaron por primera vez a Lorenzo Petrovich. Llevaban largas blusas blancas, lo que les daba un aire de mayor importancia aún. A partir de aquel día le examinaban diariamente una o dos veces, ya solos, ya seguidos de estudiantes. A su demanda se quitaba la camisa, y siempre dócil acostaba en el lecho su masa enorme. Los médicos le auscultaban el pecho por medio de un pequeño martillo y un aparato especial, cambiando observaciones e indicando a los estudiantes tal cual particularidad. Le preguntaban con frecuencia sobre su vida anterior, y él respondía con docilidad, por más que le enojara aquello. De sus respuestas se podía deducir que comía mucho, bebía mucho, le gustaban mucho las mujeres y trabajaba mucho. A cada uno de estos «muchos» él mismo se asombraba y se preguntaba cómo podía haber llevado una vida tan antihigiénica y tan irracional.

Los estudiantes le auscultaban también. Venían frecuentemente en ausencia de los médicos y le pedían que se desnudara, unos con resolución y otros tímidamente. Y otra vez se ponían a examinar su cuerpo con interés. Graves y serios escribían todos los detalles de su enfermedad en un cuaderno especial. Se diría que él no se pertenecía ya y durante todo el día su cuerpo era accesible a todos. Y obedeciendo a los asistentes llevaba pesadamente su cuerpo a la sala de baño, desde donde le dirigían a la mesa en que comían o tomaban el té los enfermos que podían andar.

Se le palpaba, se le examinaba por todos lados como jamás se había hecho antes, y a pesar de esto durante todo el día se sentía profundamente solitario. Le parecía que iba de viaje, que todo aquello era pasajero solamente como en el vagón del ferrocarril. Las paredes blancas sin una mancha, los altos techos, no eran como los de una casa donde las personas se instalan por mucho tiempo. El suelo estaba demasiado limpio y brillante, el aire mismo estaba demasiado regulado y no se percibía ninguno de esos olores especiales que se perciben en toda casa particular. Se diría que el aire aquí era indiferente. Los médicos y los estudiantes eran siempre amables y corteses. Bromeaban dándole familiarmente golpecitos en los hombros con la mano, procurando consolarle; pero después que se iban le parecía que eran empleados de un tren que le llevaba a un destino desconocido. Habían transportado ya millones de hombres y continuaban transportándolos diariamente, y todas sus conversaciones y sus preguntas no se referían mas que a los billetes del tren.

Cuanto más se interesaban por su cuerpo, más solitario se sentía.

—¿Qué días se admiten aquí las visitas?—preguntó una vez a la asistenta sin mirarla.

—Los domingos y los jueves. Pero el doctor puede autorizarlas también otros días.

—¿Y qué es lo que hay que hacer para que no se admita a nadie que venga a verme?

La asistenta, muy sorprendida, respondió que eso era posible, y él quedó contento. Estuvo todo el día de buen humor, y aunque casi no hablaba, escuchaba más benévolamente la charla alegre e interminable del chantre enfermo.

El chantre había venido del distrito de Tambov un día antes que Lorenzo Petrovich; pero ya conocía a fondo a los habitantes de las cinco salas que había en aquel piso. Era pequeño y tan delgado que cuando se quitaba la camisa se veían claramente todas sus costillas, y su cuerpo, blanco y limpio, parecía el de un muchacho de diez años. Tenía largos y espesos cabellos medio grises, que formaban un marco demasiado grande para su cara pequeña, de trazos regulares y minúsculos. Al ver que tenía cierta semejanza con los santos de los iconos, Ivan Ivanovich el practicante le había

clasificado al principio entre los severos e intolerantes; pero después de la primera conversación con él cambió de opinión, y aun su fe en la ciencia fisiológica quedó quebrantada por algún tiempo.

El padre chantre, como se le llamaba, hablaba con placer y sin ocultar nada de sí mismo, de su familia y de sus conocimientos; preguntaba sobre los mismos asuntos a los otros con tan ingenua curiosidad que nadie se ofendía y le respondían con satisfacción. Si alguno estornudaba gritaba de lejos alegremente:

—¡Cúmplanse tus deseos!

Nadie venía a verle. Su enfermedad era grave, pero él no se sentía desgraciado. Trabó conocimiento no sólo con los enfermos, sino con los que visitaban la clínica, y no se aburría. A los enfermos les deseaba varias veces cada día una curación rápida, y a los sanos que pasaran el tiempo divertidos. Sabía decir a todo el mundo algo agradable. Todas las mañanas felicitaba a sus vecinos por la llegada del nuevo día. Siempre afirmaba que hacía buen tiempo, aun cuando lloviera o nevara. Al decirlo soltaba a reír dulcemente y golpeaba entusiasmado sus rodillas con las manos y palmoteaba. Daba las gracias a todo el mundo, y frecuentemente sin saber de qué. Habiendo tomado el té al mismo tiempo que Lorenzo Petrovich, le dió las gracias calurosamente:

—¡Qué bueno estaba!—dijo entusiasmado—. Un verdadero paraíso; ¿no es eso, padrecito? ¡Gracias por haberme hecho compañía!

Estaba muy orgulloso de su título de chantre, que llevaba desde hacía tres años. Preguntaba a todos, a los enfermos y a los sanos, de qué talla eran sus mujeres.

—La mía es muy alta—decía con orgullo—. Y los niños también. Verdaderos granaderos; palabra de honor.

Todo lo que veía alrededor suyo—la limpieza, la amabilidad de los médicos, las flores en el corredor—le parecía delicioso. Tan pronto riendo como haciendo la señal de la cruz manifestaba su entusiasmo a Lorenzo Petrovich con palabras abundantes.

—¡Dios mío, qué hermoso es esto! ¡Un verdadero paraíso!

El tercer enfermo de la sala era el estudiante Torbetsky. Casi nunca abandonaba la cama. Todos los días venía a verle una joven de alta estatura, con los ojos bajos modestamente y de paso ligero y

seguro. Esbelta y graciosa con su vestido negro atravesaba el corredor con paso rápido, se sentaba a la cabecera del enfermo y permanecía allí desde las dos hasta las cuatro, hora en que según el reglamento las visitas debían irse y las criadas servían el te a los enfermos. A veces hablaban con animación, sonriendo y bajando la voz; pero así y todo se les oían algunas frases, precisamente las que ellos no hubieran querido se oyeran: «¡Te amo!» «¡Mi dicha!», etc. A veces callaban largo tiempo y se contentaban con cambiar miradas veladas. Entonces el chantre, tosiendo, salía de la sala con aire de hombre muy ocupado, y Lorenzo Petrovich, que fingía dormir en su cama, veía con los ojos entreabiertos cómo se besaban los dos. Su corazón empezaba a latir mas rápidamente y se sentía extrañamente turbado. Y le parecía que las blancas paredes tenían una sonrisa triste y rara.

## II

La jornada en la sala comenzaba temprano: cuando los primeros resplandores del alba la inundaban de una luz grisácea. A las seis se servía a los enfermos el te y lo bebían lentamente. Luego se les tomaba la temperatura. Algunos enfermos, y entre ellos el chantre, se enteraron allí por primera vez de que tenían temperatura. Les parecía ésta algo misterioso, y cuando se les colocaba el termómetro ponían un aire grave. El tubito de vidrio con sus líneas negras y rojas se convertía en cosa providencial; y según indicara una décima más o menos los enfermos se ponían alegres o tristes. Hasta el chantre, a pesar de su buen humor habitual, se ensombrecía por un instante cuando la temperatura de su cuerpo era más baja que la que se les decía ser normal.

—¡Esto sí que es una gaita!—decía a Lorenzo Petrovich con el termómetro en la mano y examinándolo con aire de reproche.

—Colócate el termómetro otra vez y quizás obtengas una temperatura más elevada—le recomendaba el comerciante burlándose de él.

El chantre seguía el consejo, y si lograba obtener una décima más se ponía alegre y le daba las gracias calurosamente por el buen consejo.

Durante todo el día cada cual se preocupaba de la salud, y todo lo que los médicos recomendaran se hacía puntualmente, con exactitud. El chantre era el más grave; y al tener el termómetro o al tomar una medicina cualquiera ponía el rostro severo como durante la ceremonia de su promoción al grado superior. Cuando se le daban para el análisis varios vasitos los colocaba en un perfecto orden sobre su mesa bien numerados; como tenía mala letra pedía al estudiante que le escribiera los números. Reñía paternalmente a los enfermos que descuidaban las prescripciones de los médicos, sobre todo al gordo Minayev, que estaba en la sala número 10; los médicos habían prohibido a Minayev que comiera carne, pero él se la cogía a escondidas a sus vecinos de mesa y se la tragaba hasta sin masticarla.

Hacia las siete la sala se inundaba de una luz clara que pasaba por las inmensas ventanas. Había tanta claridad como en los campos; las blancas paredes, las camas, el suelo, la vasija de cobre, todo brillaba. Rara vez se acercaba alguno a las ventanas: la calle y lo que pasaba fuera de la clínica había perdido para los enfermos todo interés. Allá la vida estaba en su plenitud: pasaba el tranvía lleno de viajeros, destacamentos de soldados grises, bomberos con cascos brillantes, se abrían y se cerraban las tiendas. Aquí no había más que personas enfermas que permanecían en la cama, frecuentemente sin fuerzas ni para volver la cabeza, o se paseaban, con sus blusas grises, sobre el suelo encerado; aquí se sufría y se moría. El estudiante recibía todas las mañanas un periódico, pero ni él ni los demás enfermos le leían apenas. Una pequeña irregularidad en las funciones del estómago de un vecino cualquiera turbaba más que la guerra y los acontecimientos de importancia mundial.



Hacia las once venían los médicos y los estudiantes y se consagraban horas enteras al examen minucioso de los enfermos. Lorenzo Petrovich se quedaba acostado tranquilamente, las miradas clavadas en el techo, y respondía a las preguntas con un tono de descontento. El chantre, emocionado, hablaba tan abundantemente y de una manera tan incomprensible, intentando complacer a todo el mundo, que con frecuencia no se podía comprender lo que quería decir. De sí mismo se expresaba en los términos siguientes:

—Cuando tuve el alto honor de llegar a la clínica...

De la asistenta decía:

—Cuando tuvo la amabilidad de purgarme...

Sabía siempre al minuto a qué hora se levantaba, se acostaba, se sentía mal. Después que se iban los médicos se ponía más alegre, se entusiasmaba, daba las gracias, y estaba más contento si había tenido la suerte de saludar separadamente a alguno de los médicos.

—¡Esto está tan bien, tan bien!—exclamaba entusiasmado. Y contaba de nuevo a Lorenzo Petrovich, que no decía nada, y al estudiante, que sonreía, de qué modo había saludado primero al doctor Alejandro Ivanovich, luego al doctor Semenio Nicolayevich.

Su enfermedad era incurable y sus días estaban contados; pero no lo sabía y hablaba con efusión del viaje que tenía proyectado a un monasterio después de curado, y de su manzano, que aquel año debía dar mucha fruta. Y cuando hacía buen tiempo; cuando las paredes y el suelo estaban abundantemente inundados de rayos de sol, incomparables de vigor y belleza; cuando las sombras en los lechos blancos como la nieve eran de un azul opaco, cantaba plegarias con voz conmovida. Su voz de tenor débil y tierna temblaba de emoción, y, procurando no ser visto de sus vecinos, se enjugaba las lágrimas que ascendían a sus ojos. Luego se acercaba a la ventana y admiraba la profunda bóveda celeste, tan alejada de la tierra, tan serena en su belleza que ella misma parecía un divino cántico.

«¡Sé clemente conmigo,. Dios omnipotente!—rezaba el chantre—. ¡Perdóname mis pecados y dirígeme por tus caminos!...»

A horas fijas se servía el almuerzo, la merienda y la comida. A las nueve se cubría la lámpara eléctrica con una pantalla de tela azul y en la gran sala comenzaba la larga noche silenciosa.

La clínica se sumía en el sueño. Solamente en el corredor iluminado, ante el que permanecía abierta la puerta de la sala, velában las asistentas haciendo media y hablando entre ellas con voz ahogada. A veces, haciendo ruido con su andar pesado, atravesaba el corredor un asistente cualquiera. Hacia las once morían los últimos ruidos del día y un silencio sonoro sensible a los más leves rumores comenzaba a reinar. Este silencio recogía ávidamente todo ruido ligero, transmitiendo de una en otra sala el ronquido de los enfermos, sus toses y sus gemidos. Con frecuencia eran ruidos engañosos, llenos de misterio, y no se sabía si era un ronquido apacible o la agonía de la muerte.

Excepto la primera noche, cuando Lorenzo Petrovich lo olvidó todo en un profundo sueño, no dormía ninguna noche, asaltado por una multitud de pensamientos conturbadores. Las manos cruzadas bajo la nuca, inmóvil, fijaba la mirada en la lámpara eléctrica cubierta con una pantalla. No creía en Dios, no tenía apego a la vida y no temía la muerte. Había derrochado todas sus fuerzas vitales estúpidamente, inútilmente, sin ningún placer. Cuando todavía era joven y tenía hermosos cabellos robaba el dinero a su amo; le pegaban cruelmente con frecuencia y odiaba a los que le pegaban. Convertido él mismo en amo aplastaba con su dinero a la gente baja, a quien despreciaba y a la que inspiraba odio y terror. Cuando vinieron la vejez y la enfermedad comenzaron a robarle a su vez, y si cogía a alguno le pegaba cruelmente, sin compasión. Tal era toda su vida. Estaba llena de odios y de injurias. Las chispas de amor se extinguían en seguida en aquella atmósfera, no dejando tras sí mas que frías cenizas en el corazón. Ahora quisiera aislarse de la vida, encontrar el olvido. Despreciaba profundamente su propia estupidez y la de los demás. No podía admitir que hubiera gentes que amaran la vida, y en sus noches sin sueño volvía frecuentemente la cabeza hacia el lecho donde dormía el chantre. Examinaba largamente los contornos de su vecino, que roncaba bajo la ropa del lecho, y se decía, con los dientes apretados:

«¡Qué idiota!»

Después miraba al estudiante, que también dormía, y rectificaba:

«¡Dos verdaderos idiotas!»

Cuando llegaba el día su alma se sumía en el silencio y su cuerpo ejecutaba dócilmente cuanto se le ordenaba. Pero este cuerpo era cada día más débil y permanecía como una masa inerte y pesada sobre el lecho.

El chantre se debilitaba también. No se paseaba ya a través de las salas, reía rara vez; pero cuando el sol inundaba la clínica se ponía a charlar alegremente, a dar gracias al Sol y a los médicos y a hablar de su manzano. Luego empezaba a entonar un cántico religioso, y su rostro enflaquecido se ponía más sereno y adquiría una grave expresión. Cuando terminaba de cantar se acercaba a la cama de Lorenzo Petrovich y le contaba otra vez los detalles de la ceremonia de su promoción al grado de chantre.

—Me dieron un enorme certificado así de grande—y extendía los brazos—, y todo lleno de letras. ¡Había hasta letras doradas, a fe mía!

Levantaba los ojos hacia el icono, hacía la señal de la cruz y añadía, con respeto para su propia persona:

—Al pie del certificado estaba el sello del mismo obispo. ¡Un sello enorme! ¡Ah qué hermoso era todo aquello!...

Reía muy contento, feliz. Pero cuando el sol se iba de la sala ocultándose tras una nube gris y todo se ponía triste y sombrío a su alrededor el chantre suspiraba y se metía en la cama.



En los campos y los jardines había nieve aún, pero las calles estaban ya libres. A lo largo de las casas corrían arroyuelos que formaban pozos en el asfalto. El sol inundaba la sala con torrentes de luz, y calentaba tanto que obligaba a esquivar sus rayos ardientes como en el verano, y era difícil creer que detrás de las

ventanas el aire fuera aún frío y húmedo. A esta luz la sala con su alta techumbre parecía un estrecho rincón, pesado el aire oprimido por las paredes. El ruido de la calle no penetraba por las dobles vidrieras; pero cuando se abrían las ventanas por la mañana la sala se llenaba de pronto con las voces alborotadas de los gorriones. Ahogaban todos los demás sonidos, que se eclipsaban modestamente, se apoderaban de los corredores, subían las escaleras, penetraban con impertinencia en el laboratorio. Los enfermos, a los que se hacía salir al corredor, sonreían al escuchar los gritos de los gorriones, y el chantre susurraba con una alegre extrañeza:

—¡Cómo alborotan los gorriones esos!

Pero las ventanas se volvían a cerrar y el ruido moría tan de repente como había nacido. Los enfermos volvían apresurados a la sala como si aun esperaran oír el eco de aquel ruido y respiraban ávidamente el aire fresco.

Ahora se acercaban con más frecuencia a las ventanas y permanecían junto a ellas mucho tiempo, enjugando los cristales con los dedos, por más que estaban bien limpios. Gruñían cuando les tomaban la temperatura y no hablaban mas que del porvenir. Todos se figuraban aquel porvenir sereno y bueno, hasta el muchachito de la sala 11, el que se llevaron a una habitación especial y había desaparecido después. Algunos de los enfermos le vieron cuando le transportaban sobre su lecho, la cabeza hacia adelante; estaba inmóvil y sólo sus ojos profundos miraban a su alrededor; había tanta tristeza y desesperación en sus miradas que los enfermos volvían la cabeza. Todos adivinaban que el muchacho había muerto, pero nadie estaba ni turbado ni asustado por aquella muerte: allí como en la guerra la muerte era un fenómeno trivial y simple.

La muerte se llevó casi por aquel mismo tiempo a otro enfermo de la sala número 11. Era un viejecito muy vivo atacado de parálisis. Se paseaba con aire despierto a través de la clínica, con un hombro hacia adelante, y contaba a todos siempre lo mismo: la historia de la conversión de Rusia al cristianismo bajo el rey Woldemar el Santo. No se podía comprender por qué esta historia le había conmovido tan profundamente; hablaba muy bajo, de una manera

incomprensible, lleno de entusiasmo, agitando su mano derecha y moviendo su ojo derecho, pues todo el lado izquierdo de su cuerpo estaba paralizado. Si estaba de buen humor terminaba su relato con una exclamación ardiente y triunfal: «¡Dios está con nosotros!» Luego se iba apresurado, con una risa confusa, tapándose la cara con la mano derecha. Pero con más frecuencia estaba triste y se lamentaba de que no le pusieran un baño caliente, que le habría curado por completo, seguro estaba de ello.

Algunos días antes de su muerte se le declaró que por la noche tendría su baño caliente; durante todo el día estuvo agitado y repetía: «¡Dios está con nosotros!» Cuando se encontraba ya en el baño, los enfermos que pasaban por allí cerca oían su voz contenta y rápida: contaba por última vez al vigilante la historia de la conversión de Rusia al cristianismo bajo Woldemar el Santo.

No había grandes cambios en la salud de los enfermos de la sala número 8. El estudiante Torbetsky iba mejor, mientras que Lorenzo Petrovich y el chantre estaban más débiles cada día. La vida y las fuerzas les abandonaban de una manera un perceptible y no se daban cuenta de ello, como si fuera muy natural que no se pasearan ya por la sala y que estuvieran todo el día acostados.

Regularmente venían los médicos con sus blusas blancas, y los estudiantes; examinaban a los enfermos y cambiaban sus opiniones.

Un día condujeron al chantre a la gran sala de conferencias y cuando regresó estaba agitado y charlaba sin cesar. Reía nerviosamente, se santiguaba, daba gracias y de cuando en cuando se enjugaba los ojos, que estaban enrojecidos, con el pañuelo.

—¿Por qué llora usted, padre mío?—preguntó el estudiante.

—¡Ah, querido, si usted hubiera visto aquello! ¡Era tan emocionante! Semenio Nicolayevich me hizo sentar en un sillón, se puso a mi lado y dijo a los estudiantes: «¡He aquí el chantre!»

Su rostro adquirió una expresión grave; pero las lágrimas ascendieron de nuevo a sus ojos y, habiendo vuelto pudorosamente la cabeza, continuó:

—¡Tiene un modo de decir las cosas ese Semenio Nicolayevich! Es tan conmovedor que le par te a uno el corazón

... Sollozó levemente.

—Había una vez, dijo Semenio Nicolayevich, había una vez un chantre... Había una vez...

Las lágrimas le cortaron la palabra. Después de haberse acostado ya susurró con voz ahogada:

—Ese buen Semenio Nicolayevich ha contado toda mi vida. Cómo viví en la miseria mientras no fui más que ayudante del chantre... todo... No ha olvidado tampoco a mi mujer... El buen Dios se lo recompense... ¡Era tan emocionante, tan emocionante! Como si yo estuviera ya muerto y se me hiciera la despedida... Había una vez un chantre... había una vez...

Al oírle hablar así todos comprendieron que no tardaría en morir. Era tan evidente como si ya estuviera allí la muerte, a su cabecera. Parecía que su lecho estaba ya envuelto en un frío de tumba, y cuando calló tapándose la cabeza con la sábana, el estudiante se frotó nerviosamente las manos, que se le habían quedado frías. En cuanto a Lorenzo Petrovich tuvo una risa brutal y se puso a toser.

Los últimos días Lorenzo Petrovich estaba muy turbado y volvía la cabeza sin cesar hacia el cielo azul que se entreveía por la ventana. Ya no se quedaba inmóvil como antes; se agitaba en la cama, gruñía y se enfadaba con los enfermeros. Manifestaba su mal humor aun con el doctor. Este era un hombre de buen corazón y una vez le preguntó con afecto:

—¿Qué tiene usted?

—¡Me aburro!—respondió Lorenzo Petrovich con el tono de un niño enfermo, cerrando los ojos para ocultar sus lágrimas.

Aquel día se anotó en el diario donde se inscribía la temperatura, así como todo el curso de su enfermedad: «El enfermo se aburre.»

El estudiante seguía recibiendo las visitas de la joven a quien amaba. Las mejillas de su bien amada estaban teñidas de un color vivo cuando llegaba de la calle, y era agradable y al mismo tiempo un poco triste el mirarla.

—¡Mira qué calor tengo en las mejillas!—decía acercando su rostro a los ojos de Torbetsky.

Este miraba, pero no con los ojos, sino con los labios, largamente y muy fuerte, pues estaba mucho mejor y sus fuerzas aumentaban. Ahora no se preocupaban de la presencia de los otros enfermos y se besaban sin recatarse. El chantre volvía delicadamente la

cabeza; pero Lorenzo Petrovich no fingía ya que dormía y miraba a los amantes con una provocación burlona. Y ellos querían al chantre y no querían a Lorenzo Petrovich.

El sábado, el chantre recibió una carta de su familia. Hacía una semana entera que la esperaba. Todo el mundo sabía que la esperaba y participaba de su inquietud. Activo y alegre ya iba de una a otra sala mostrando la carta, recibiendo felicitaciones y dando las gracias. Todo el mundo sabía desde hacía mucho tiempo que su mujer era muy alta; pero aquella vez contó un nuevo detalle, inédito hasta entonces:

—¡Lo que ronca mi mujer! Cuando duerme se le puede pegar con una maza, que no se despertará: ¡sigue roncando! ¡Lo mismo que un granadero!

Luego el chantre, frunciendo maliciosamente las cejas, añadió con un tono de orgullo:

—Y esto ¿a que no lo habéis visto? ¿Eh?...

Al decirlo enseñaba un pequeño extremo del papel sobre el que se veían los contornos irregulares de una mano de niño, en medio de la cual había una inscripción: «Tosia te envía sus saludos.» La manita, antes de ser puesta sobre el papel, estaba probablemente muy sucia; por lo menos había dejado manchas en la carta.

—¡Es mi hijito! ¡Es muy travieso! No tiene mas que cuatro años; pero ¡tan inteligente, tan inteligente!... ¡Ha puesto su manita el picarillo!...

Y retorciéndose de risa se golpeaba las rodillas con las manos. Su cara tomaba por un instante la expresión de un hombre sano y al mirarle no se diría que estaban contados sus días. Hasta su voz se tornaba robusta y sonora cuando se ponía a cantar su cántico religioso favorito.

Aquel mismo día llevaron a la sala de conferencias a Lorenzo Petrovich. Se puso agitado, temblorosas las manos y con una sonrisa de maldad en los labios. Rechazó con cólera al enfermero, que le quería ayudar a desnudarse, se acostó y cerró los ojos. Pero el chantre esperaba con impaciencia a que los volviera a abrir, y cuando llegó este momento empezó a hacer preguntas a su vecino sobre lo que había pasado en la sala de conferencias

—Es emocionante, ¿no es verdad? Han dicho probablemente: «Había una vez un comerciante...»

Lorenzo Petrovich encolerizado echó sobre el chantre una mirada llena de desprecio, le volvió la espalda y cerró de nuevo los ojos.

—No te pudras la sangre—continuó el chantre—. Pronto curaras y todo irá bien.

Echado de espaldas miró pensativo al techo, donde se veía un rayo de Sol venido no se sabe de dónde. El estudiante había salido para fumar. En la sala reinaba un silencio cortado por la respiración lenta de Lorenzo Petrovich.

—Sí, padrecito—decía lleno de alegría el chantre—. Si te encontraras por casualidad en nuestro pueblo ven a verme. No está más que a cinco kilómetros de la estación. Cualquiera campesino te conducirá a mi casa. Vas a verme, a fe mía; te recibiré como a un rey. Tengo allí una sidra superior, de una dulzura incomparable.

Suspiró, y tras una corta pausa continuó:

—Antes de entrar en mi casa visitaré el monasterio, la catedral; luego me lavaré bien en los famosos baños de vapor... ¿Cómo se llaman?...

Lorenzo Petrovich callaba siempre y era el chantre mismo quien se respondía:

—Baños del Comercio... Después iré a mi casa...

Se calló muy contento. Durante algunos instantes no se oyó más que la respiración irregular de Lorenzo Petrovich, que parecía la de una locomotora mantenida en una vía de reserva. Y antes de que el cuadro de felicidad próxima imaginada por el chantre hubiera desaparecido de sus ojos, oyó palabras terribles; terribles no solamente por su sentido, sino también por la maldad y la rudeza con que fueron pronunciadas.

—No es a tu casa, sino al cementerio adonde irás—dijo Lorenzo Petrovich.

—¿Cómo, padrecito?—preguntó el chantre sin comprender.

—¡Digo que es el cementerio lo que te espera!

Se volvió hacia el chantre para que lo oyera mejor, para que ni una sola de aquellas palabras crueles se perdiera, y añadió:

—O bien puede ser que te corten en pedazos aquí mismo, a la gloria de la ciencia y para instruir a los estudiantes...



Tuvo una risa larga y malvada.

—Pero vamos, padrecito, ¿qué es lo que dices?— balbuceó el chantre.

—Digo que se tiene aquí una manera chusca de enterrar a los muertos: primero cortan al desgraciado un brazo y le entierran; luego una pierna, y la entierran igualmente, y así sucesivamente. Si el muerto no tiene suerte su entierro se puede prolongar todo un año.

El chantre miró con horror a su interlocutor, que continuó diciendo palabras terribles y repugnantes por su cinismo.

—A decirte verdad, pobre chantre, me causas extrañeza: a pesar de tu edad avanzada eres tonto como un santo. Haces proyectos para el porvenir. Tienes intención de visitar el monasterio, la catedral; hablas de tu manzano y, sin embargo..., no tienes mas que una semana de vida...

—¿Una semana?

—Sí, viejo mío; nada más. No soy yo quien te lo dice; son los médicos mismos quienes lo afirman. Ayer, cuando tú no estabas aquí, les oí hablar entre ellos... Creían que yo dormía. «Nuestro chantre es cosa acabada—dijeron—: no tiene mas que una semana de vida...»

—¿Nada más que una semana?—balbuceó el otro con una voz apenas comprensible.

—Nada más, viejo mío. La muerte no esperará. No tiene piedad.

Y habiendo alzado su enorme puño añadió, después de mirarle un instante:

—¡Mírale! ¿Es forzudo eh? Podría matar a cualquiera y, sin embargo... Yo también... ¡Sí, yo también! ¡Ah, mi pobre chantre, qué tonto eres! «¡Visitaré el monasterio, la catedral!...» No, viejo; ya no visitarás nada...

El rostro del chantre se había puesto amarillo. No podía ni hablar, ni llorar, ni gemir. Silencioso dejó caer la cabeza sobre la almohada, y esquivando la luz del día se tapó la cara con la sábana. Pero Lorenzo Petrovich no tenía ganas de callarse, como si aquellas palabras crueles le hicieran un bien. Y con una hipócrita honradez continuó:

—Sí, mi padrecito; una semana nada más. No tendrás tiempo de ir a los baños del Comercio. Quizá te pongan un baño caliente en el infierno... Es muy probable...

En este momento entró el estudiante y Lorenzo Petrovich calló. Se tapó también la cabeza con la sábana; pero se la quitó en seguida, y mirando con ironía al estudiante le preguntó, con la misma hipócrita hombría de bien y con una sonrisa de maldad:

—¿Y la señorita? ¿Tampoco hoy vendrá?

—No... no está bien de salud—respondió fríamente el estudiante.

—Es lástima. Pero ¿qué es lo que tiene?

El otro no respondió. Quizá ni siquiera había oído la pregunta. Hacía tres días que no veía a la joven. El estudiante hacía como que miraba por la ventana sólo por distraerse; pero, en efecto, espiaba la entrada del hospital con la esperanza de ver venir a su amada. Así pegado el rostro a los vidrios, nervioso, tan pronto esperando como desesperado, pasaba las dos horas durante las cuales se admitían las visitas en la clínica. Cansado, pálido, tomó un vaso de te y se acostó sin darse cuenta del silencio inhabitual del chantre ni de la locuacidad, inhabitual también, de Lorenzo Petrovich.

—¿No ha venido hoy la señorita?—decía el último con una sonrisa malvada.

## IV

Aquella noche era desmesuradamente larga. La lámpara eléctrica cubierta con una pantalla iluminaba débilmente la sala. El silencio era turbado a veces por los ronquidos o los gemidos de los enfermos. Una cuchara cayó al suelo y el ruido producido por su caída fué como el de una campanilla y vibró largo tiempo en el aire, tranquilo e inmóvil.

Nadie durmió aquella noche en la sala número 8; pero todos estaban quietos en sus camas y parecían dormir. Sólo el estudiante Torbetsky, no haciendo caso de los demás, se volvía de todos lados y suspiraba. Por dos veces hasta salió al corredor para fumar un cigarrillo. Al fin se durmió con un sueño profundo y su pecho se levantaba en una respiración regular. Probablemente tenía sueños de dicha, pues en sus labios florecía una sonrisa de contento. Aquella sonrisa parecía muy extraña, casi misteriosa, en el rostro de un hombre dormido.

El reloj, que se encontraba en el compartimiento vecino, anunciaba las tres cuando Lorenzo Petrovich, que empezaba a dormitar, oyó un pequeño sonido tembloroso y tierno como una canción lejana y triste. Prestó oído: el sonido se prolongó, se hizo más fuerte y parecía ahora el llanto de un niño pequeño encerrado en un cuarto oscuro, que teniendo miedo a las tinieblas y al mismo tiempo a los que le han encerrado trata de contener sus sollozos. Lorenzo Petrovich, completamente despierto, comprendió inmediatamente lo que pasaba: era una persona mayor que lloraba sofocada, tragándose las lágrimas.

—¿Qué es eso?—preguntó asustado.

Nadie le respondió.

Los sollozos cesaron. La sala se había vuelto todavía más triste. Las paredes blancas estaban un pasibles y frías. No había nadie a quien poderse quejar de la soledad y del miedo y pedirle protección.

—¿Quién llora, pues?—insistió Lorenzo Petrovich—. ¿Eres tú, chantre?

Los sollozos, que por el momento se habían como escondido muy cerca de Lorenzo Petrovich, volvieron a empezar de nuevo. No contenidos ya, llenaron ahora la sala. La sábana que cubría el cuerpo del chantre se bajó y la plaquita metálica adosada al lecho temblaba.

El chantre lloraba cada vez más fuerte. Lorenzo Petrovich se sentó en la cama y después de reflexionar un instante bajó al suelo. Tuvo un vértigo y le costó trabajo sostenerse sobre las piernas; parecía que alguien hacía girar en su cerebro bolas pesadas de piedra. Su corazón latía tan fuerte como si le golpearan con un martillo desde dentro del pecho.

Se acercó, respirando con dificultad, al lecho del chantre, que se encontraba a un metro del suyo. Extenuado por este esfuerzo tocó con su mano el cuerpo del chantre, que sin decir nada le cedió un pequeño sitio para que se pudiera sentar.

—¡No llores! ¡Eso no vale la pena!—dijo Lorenzo Petrovich—.

¿Temes tanto a la muerte?

El otro se estremeció en su lecho y exclamó con tono lastimero:

—¡Ah, eso es tan!...

—¿Qué? ¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo... no tengo miedo...—bal buceó sollozando con más fuerza aún.

—No te tienes que enfadar conmigo por habértelo dicho... Sería tonto enfadarse...

—Pero si no estoy enfadado. ¿Y por qué había de enfadarme? No eres tú quien ha llamado a mi muerte... Viene ella sola...

—Entonces ¿a qué lloras?

Esto no era piedad: Lorenzo Petrovich quería solamente comprender, mirando atentamente el rostro del chantre y su pequeña perilla gris, que se veían apenas en la semiobscuridad.

—¿Por qué lloras, pues?—insistió.

El chantre se cubrió el rostro con las manos y, balanceando la cabeza, respondió con una voz lastimera:

—¡Ah, padrecito!... Es el sol lo que siento... ¡Si supieras cómo brilla en nuestra casa... en nuestro país!... Es algo maravilloso...

¿De qué sol hablaba? Lorenzo Petrovich no comprendía y se enfadó. Pero un instante después se acordó del torrente de luz que inundaba la sala aquella mañana; se acordó de cómo brillaba el sol en su país, sobre el Volga, en el bosque, en los senderos campestres, y dejando caer con desesperación sus brazos a lo largo del cuerpo cayó sollozando sobre la almohada, al lado del chantre. Así lloraron los dos. Lloraron el sol que no verían más, el magnífico manzano que daría fruta cuando ellos no estuvieran ya en este mundo, las tinieblas que los envolverían pronto, la vida tan ardientemente deseada y la muerte tan cruel. El silencio de la noche agarraba sus sollozos y los repartía por las salas mezclándolos con los ronquidos de los enfermeros cansados del trabajo del día, con

los gemidos de los enfermos graves y la respiración de los convalecientes.

El estudiante dormía, pero la sonrisa había desaparecido de sus labios y sombras azules se posaron en su rostro, inmóvil y triste en su inmovilidad. La lámpara eléctrica alumbraba la sala con su luz imperturbable y las blancas paredes seguían impasibles.

\* \* \*

La muerte se llevó a Lorenzo Petrovich a la noche siguiente, al amanecer. Se había dormido con un sueño profundo; luego se despertó de pronto, comprendió que se iba a morir en seguida y que había que gritar, pedir socorro, hacer la señal de la cruz. Pero no tuvo tiempo, pues perdió la conciencia. Su pecho se alzó y se bajó de nuevo, sus piernas tuvieron un entumecimiento, su cabeza resbaló de la almohada. El chantre, al oír un leve ruido en la cama de su vecino, preguntó sin abrir los ojos:

—¿Que tienes, padrecito?

Nadie le respondió y se durmió otra vez.

Cuando vinieron los médicos le aseguraron que no tenía que temer a la muerte y que viviría aún mucho tiempo, y él tuvo en aquello plena confianza. Desde la cama saludaba con la cabeza y daba las gracias muy dichoso.

El estudiante era también feliz y durmió con sueño tranquilo: recibió la visita de su amada, que le besó muy fuerte, y estuvo a su lado veinte minutos más que de costumbre.

El Sol había salido.

## LA NADA

Se estaba muriendo un alto dignatario, viejo, importante; un gran señor que tenía mucho apego a la vida. Era para él muy penoso morir; no creía en Dios ni comprendía por qué moría y dominábale el terror. Era horrible ver cómo sufría.

Su vida era grande, rica y llena de interés; su corazón y su cerebro estaban siempre preocupados y satisfechos. Pero estaban cansados, agotados, casi como todo su cuerpo por otra parte, que se iba enfriando poco a poco. Sus ojos y sus oídos, acostumbrados a ver y oír siempre lo bello, estaban igualmente cansados, y la alegría misma pesaba demasiado sobre su pobre corazón, harto trabajado. Cuando todavía no se estaba muriendo pensaba en la muerte; algunas veces con cierto placer. Se decía que le daría el reposo, que le libraría de todos aquellos abrazos, muestras de estimación y relaciones que tanto le fastidiaban. Sí, lo pensaba con placer; pero ahora, estando a punto de morir, sentía que un horror indescriptible penetraba en su alma.

Quisiera vivir todavía un poco, aunque no fuera mas que hasta el lunes próximo, mejor aún hasta el miércoles o el jueves. Pero no sabía con precisión el verdadero día de su muerte, ya que en la semana hay solamente siete.

Y precisamente aquel día desconocido se presentó ante él un diablo muy ordinario, como muchos. Se introdujo en la casa disfrazado de cura; pero el alto dignatario comprendió en seguida que el diablo no había ido allí por ir, y se puso alegre. «Una vez que el diablo existe la muerte no es realidad; por el contrario, la inmortalidad es algo real. En rigor, si la inmortalidad no existe se

puede prolongar la vida vendiendo el alma en condiciones ventajosas.» Esto era evidente, casi claro.

Pero el diablo tenía un aspecto cansado y aburrido. Durante un rato bastante largo no dijo nada y miró a su alrededor con una mueca de disgusto, como si se hubiera equivocado de dirección. Esto inquietó al dignatario, que se apresuró a ofrecer un sillón al diablo. Pero aun después de sentado el diablo conservaba su aire aburrido y guardaba silencio.

«¡Helos aquí tales como son!—pensó el dignatario examinando con curiosidad al visitante—. ¡Dios mío, qué hocico tan desagradable! Ni en el infierno debe pasar por guapo.»

—Yo me le figuraba a usted de otro modo—dijo en voz alta.

—¿Qué?—preguntó el diablo haciendo un gesto.

—Yo no me lo figuraba a usted así.

—¡Tonterías!

Todo el mundo le decía lo mismo al verle por primera vez, y esto le fastidiaba.

«Y, sin embargo, no puedo ofrecerle te o vino—se dijo el dignatario—. Quizá ni siquiera sepa beber.»

—¡Bueno, ya está usted muerto!—comenzó el diablo con tono flemático.

—¿Qué es lo que dice usted?—exclamó indignado el dignatario—. ¡Estoy vivo todavía!

—No diga tonterías—respondió el diablo, y continuó—. Está usted muerto... Y bien, ¿qué hacemos ahora? Este es un asunto serio y hay que tomar una decisión...

—Pero ¿es de veras que... estoy muerto? Puesto que hablo...

—¡Ah, Dios mío! Cuando sale usted de viaje, ¿no tiene que pasar por la estación antes de subir en el tren? Ahora está usted en la estación, precisamente...

—¿En la estación?

—Sí.

—Ahora comprendo. Entonces, ¿esto ya no es yo? ¿Y dónde estoy yo? Es decir, mi cuerpo...

—En una habitación vecina. Le están lavando ahora con agua caliente.

Al dignatario le dió vergüenza, sobre todo cuando pensó en su vientre cubierto de espesas capas de grasa. Pensó además que son siempre las mujeres quienes lavan a los muertos.

—¡Esas costumbres estúpidas!—dijo con cólera.

—Eso no es cuenta mía—objetó el diablo—. No perdamos tiempo y vamos al grano... Tanto más cuanto que empieza usted a oler mal.

—¿En qué sentido?

—En el sentido más ordinario; se empieza usted a pudrir, y eso huele muy mal. ¡Pero ya estoy harto de sus preguntas! Tenga la bondad de escuchar bien lo que voy a decirle: no lo he de repetir.

Y en términos llenos de enojo, con una voz cansada de repetir siempre la misma cosa, expuso al dignatario lo que sigue:

El viejo dignatario muerto tenía ante sí dos perspectivas a elegir: o pasar a la muerte definitiva, o bien aceptar una vida de un género especial un poco extraño, capaz de provocar dudas. Tenía libre la elección. Si elegía lo primero sería la nada, el silencio eterno, el vacío...

«¡Dios mío, eso precisamente era lo que me daba siempre horror!», pensó el dignatario.

—Eso era el reposo imperturbable—dijo el diablo examinando con curiosidad el techo tallado—. Desaparecerá usted sin dejar ninguna huella, sin existencia. Tendrá un fin absoluto, no hablará usted jamás, ni pensará, ni deseará nada, ni experimentará alegría ni dolor; nunca pronunciará la palabra «yo»; en fin, no existirá usted ya, se extinguirá, cesará de vivir, se hará nada...

—¡No, no quiero!—gritó con fuerza el dignatario.

—¡Y, sin embargo, eso sería el reposo! Eso también vale algo. Un reposo tal que es imposible imaginársele más perfecto.

—¡No, no quiero reposo!—dijo decididamente el dignatario mientras su corazón cansado no imploraba mas que reposo, reposo, reposo.

El diablo alzó sus hombros peludos y continuó con un tono fatigado, como el viajante de un almacén de modas al fin de una jornada de trabajo.

—Pero, por otro lado, voy a proponerle a usted la vida eterna...

—¿Eterna?



—Que sí. En el infierno. No es eso precisamente lo que usted hubiera deseado, pero así y todo es la vida. Tendrá usted algunas distracciones, conocimientos interesantes, conversaciones... y sobre todo conservará su «yo». En fin, habrá de vivir usted eternamente.

—¿Y sufrir?

—Pero ¿qué es eso del sufrimiento?—y el diablo hizo una mueca—. Eso parece terrible hasta que uno se acostumbra. Y debo decirle a usted que es precisamente de la costumbre de lo que se lamentan allí.

—¿Hay allí mucha gente?

—Bastante... Sí, se lamentan tanto que últimamente hasta hubo perturbaciones bastante graves: reclamaban nuevos suplicios. Pero ¿dónde encontrar esos suplicios nuevos? Y, sin embargo, aquellas gentes gritaban: «¡Esto es la rutina! ¡Esto se ha hecho trivial!»

—¡Qué brutos son!

—Sí, pero vaya usted a llamarlos a la razón. Felizmente, nuestro Maestro...

El diablo se levantó respetuosamente y su rostro adquirió una expresión aún más desagradable. El hombre hizo también un gesto cobarde para manifestar su respeto.

—Nuestro Maestro ha propuesto a los pecadores que se martiricen ellos mismos...

—¿Una especie de autonomía?—dijo sonriendo el dignatario.

—Sí, lo que usted quiera... Ahora los pecadores se rompen la cabeza... ¡Vamos, querido, hay que decidirse!

El otro reflexionó, y teniendo ahora plena confianza en el diablo le preguntó:

—¿Qué me recomendaría usted?

El diablo frunció las cejas.

—No, en cuanto a eso... no soy amigo de dar consejos.

—Entonces no quiero ir al infierno.

—Muy bien, será como usted guste. No tiene usted mas que poner su firma.

Desplegó ante el dignatario un papel muy sucio, que más bien parecía un moquero que un documento tan importante.

—Firme aquí—y señaló con su garra—. Digo, no, aquí no. Aquí se firma cuando se elige el infierno. Para la muerte definitiva es aquí

donde hay que firmar.

El dignatario, que había cogido ya la pluma, la dejó en seguida sobre la mesa y suspiró.

—Naturalmente—dijo con un tono de reproche—, eso a usted lo mismo le da; pero a mí... Dígame, si gusta: ¿con qué se martiriza allí a los pecadores? ¿Con el fuego?

—Sí, con el fuego también—respondió con flema el diablo—. Tenemos días de asueto.

—¿De veras?—exclamó con alegría el hombre.

—Sí, los domingos y días de fiesta se descansa. Y además hemos introducido la semana inglesa: los sábados no se trabaja mas que desde las diez de la mañana hasta medio día.

—¡Vaya, vaya! ¿Y por Navidad?

—Por Navidad, lo mismo que por Pascuas, se dan tres días libres. Aparte de esto se da un mes de vacaciones en el verano.

—¡Vamos, eso es muy liberal!—exclamó el otro con alegría—. No me lo esperaba... Pero dígame, en rigor ¿aquello es malo, lo que se dice malo, malo?...

—¡Tonterías!—respondió el diablo.

El dignatario tuvo un sentimiento de vergüenza. El diablo estaba visiblemente de mal humor; probablemente no había dormido aquella noche, o bien hacía mucho tiempo que estaba mortalmente aburrido de todo aquello: de dignatarios muriéndose, de la nada, de la vida eterna...

El dignatario vió barro en la pierna derecha del diablo. «No son muy limpios», se dijo.

—Entonces—repuso el hombre—, ¿es la Nada?

—La Nada—repitió el diablo como un eco.

—¿O la vida eterna?

—O la vida eterna.

El hombre se puso a reflexionar. En la habitación vecina habían terminado ya el servicio fúnebre en su honor y él seguía reflexionando. Y los que le veían en su lecho mortuario, con su rostro grave y severo, no adivinaban qué extraños pensamientos asaltaban su cráneo frío. Tampoco veían al diablo. Olía a incienso, a cirios ardiendo y a alguna otra cosa más.

—La vida eterna—dijo el diablo pensativo, cerrando los ojos—. Se me ha recomendado muchas veces que les explique lo que eso quiere decir. Creen que no me expreso con suficiente claridad; pero ¿es que estos idiotas la pueden comprender?

—¿Es de mí de quien habla usted?

—No solamente de usted... Hablo en general. Cuando se piensa en todo esto...

Hizo un gesto de desesperación. El dignatario intentó manifestarle su compasión.

—Le comprendo. Es un oficio penoso el suyo, y si yo por mi parte pudiera...

Pero el diablo se enfadó.

—¡Le ruego a usted que no toque a mi vida personal o me verá obligado a enviarle a usted al diablo! Se le presenta una cuestión y usted no tiene mas que responder: ¿la muerte o la vida eterna?

Pero el dignatario seguía reflexionando y no podía decidirse. Fuera porque su cerebro comenzara a abismarse o porque nunca hubiera sido muy sólido, el dignatario se inclinaba más bien a la vida eterna. «¿Qué es eso del sufrimiento?», se decía. ¿No había sido toda su vida una serie de sufrimientos? Y, sin embargo, amaba la vida. No temía los sufrimientos. Pero su corazón cansado pedía reposo, reposo, reposo...

... En este momento se le conducía ya al cementerio. A las puertas del departamento de donde había sido jefe se detuvo el cortejo y los curas dieron comienzo a un oficio religioso. Llovía, y todo el mundo abrió los paraguas. El agua a chorros caía de los paraguas, corría por el suelo y formaba charcos en el pavimento.

«Mi corazón está cansado hasta de las alegrías», continuaba reflexionando el dignatario que conducían al cementerio. «No pide mas que reposo, reposo, reposo. Quizá sea demasiado estrecho mi corazón, pero estoy terriblemente cansado...»

Y estaba casi decidido por la Nada, la muerte definitiva. Se había acordado de un pequeño episodio. Fué antes de caer enfermo. Tenía gente en casa, se reían. El también reía mucho, a veces hasta llorar de risa. Y, sin embargo, precisamente en el momento en que se creía más feliz sintió de repente un deseo irresistible de estar

solo. Y para satisfacer este deseo se escondió, como un muchacho que teme que lo castiguen, en un rinconcito.

—¡Pero despache usted!—le dijo el diablo con tono disgustado—. ¡El fin se acerca!

Hizo mal en pronunciar aquella palabra; el dignatario casi se había decidido por la muerte definitiva, pero la palabra «fin» le espantó y experimentó un deseo irresistible de prolongar su vida a cualquier precio. No comprendiendo ya nada, perdiéndose en sus reflexiones, no pudiendo tomar decisión neta, remitió la solución al Destino.

—¿Se puede firmar con los ojos cerrados?—preguntó tímidamente.

El diablo le echó una mirada bizca y respondió:

—¡Siempre tonterías!

Pero probablemente todos aquellos tratos le tenían fatigado; reflexionó un instante, suspiró y puso de nuevo ante el dignatario el pequeño papel, que más bien parecía un moquero sucio que un documento importante.

El otro tomó la pluma, sacudió la tinta, cerró los ojos, puso el dedo sobre el papel y... precisamente en el último momento, cuando había firmado ya, abrió un ojo y miró.

—¡Ah, qué es lo que he hecho!—gritó con horror, arrojando la pluma.

—¡Ah!—le respondió como un eco el diablo.

Las paredes repitieron esta exclamación. El diablo, marchándose, se echó a reír. Y cuanto más se alejaba, mas ruidosa se hacía su risa, semejando una serie de truenos...

...En este momento se procedía ya al entierro del alto dignatario. Los pedazos de tierra húmeda caían pesadamente, con un ruido sonoro, sobre la tapa del ataúd. Podría creerse que el ataúd estaba vacío, que no había nadie dentro: tan sonoro era aquel ruido.

# EL SILENCIO

## I

Una noche clara de mayo en la que cantaban los ruiseñores en el gabinete del pope Ignacio entró su mujer. Su rostro expresaba el sentimiento, y la pequeña lámpara temblaba en su mano. Acercándose a su marido le tocó con la mano y le dijo, con lágrimas en los ojos:

—¡Pope, vamos a ver a nuestra hijita Vera!

Sin volver siquiera la cabeza el pope miró larga y fijamente a su mujer por encima de sus anteojos y no dijo nada. Ella hizo un gesto de desesperación y se sentó sobre un canapé.

—¡Los dos sois tan... impiadosos!—exclamó, y su cara de buena mujer, un poco inflada, se contrajo en una mueca de dolor como si con aquella mueca quisiera dar a entender el grado de crueldad de su marido y de su hija.

El sonrió y se levantó. Cerró su libro, se quitó los anteojos, los metió en un estuche y se sumió en reflexiones. Su larga barba de hilos de plata le cubría el pecho.

—Bien, vamos allá—dijo al fin.

Olga Stepanovna se levantó apresuradamente y le suplicó con voz tímida:

—Pero no hay que reñirla... Bien sabes que es muy susceptible...

El cuarto de Vera se hallaba arriba. La estrecha escalera de madera se cimbreaaba bajo los pesados pasos del pope Ignacio, alto y grueso. Estaba de mal humor. Sabía bien que su conversación con Vera no serviría de nada.

—¿Qué es lo que pasa?—dijo Vera, sorprendida al verlos entrar.

Estaba en la cama. Con una mano cubría su frente; la otra descansaba sobre el lecho y era tan blanca y transparente que apenas si se la podía distinguir sobre la sábana blanca.

—¡Vera, niña mía!—dijo el padre, tratando de dar a su voz dura y severa notas más dulces—. Dínos, ¿qué es lo que tienes?

Vera guardó silencio.

—Pero vamos a ver, Vera. ¿Es que tu madre y yo no somos dignos de tu confianza? ¿Es que no te amamos? No hay en el mundo quien te ame más que nosotros. Dínos por qué sufres y eso te hará bien. Créeme, pues conozco la vida y tengo experiencia. También a nosotros nos hará bien eso. Mira cómo sufre tu madre...

—¡Verita!—exclamaba suplicante la anciana.

—Y yo también—prosiguió el padre, con voz temblorosa como si algo se hubiera roto en él—. ¿Crees que yo soy dichoso viéndote así? Conozco bien que sufres; pero ¿por qué? Yo, tu padre, no sé nada. ¿Crees que eso es justo?...

Vera seguía sin decir nada. Dominando la cólera que le subía a la garganta continuó él:

—Te fuiste a Petersburgo contra mi voluntad; pero así y todo no rechacé a la hija desobediente. Hasta te he mandado dinero. He sido siempre un buen padre para ti. ¡Habla, pues! ¿Por qué no dices nada? ¡He aquí tu Petersburgo!...

Se figuraba enormes masas de piedras llenas de peligros desconocidos, y gentes indiferentes, frías. Esa ciudad inhospitalaria de granito es la que ha hecho sufrir tanto a Vera, débil, aislada, sin defensa. Es esa ciudad la que la había perdido. El pope Ignacio sentía un odio mortal a Petersburgo y una gran cólera contra su hija, que no quería decir nada.

—Petersburgo no tiene que ver nada aquí—dijo al fin Vera, cerrando los ojos—. Además no tengo nada. Es mejor que os acostéis; ya es tarde.

—¡Verita mía, mi niña querida!—gemía la madre—. ¡Abreme tu corazón!

—Dejemos eso, mamá—respondió con impaciencia Vera.

El pope Ignacio se sentó en una silla y tuvo una risa seca.

—¿Nada, pues?—preguntó irónicamente.

—Escucha, padre—dijo con firmeza Vera, incorporándose un poco sobre el lecho—. Sabes bien que os amo a ti y a mamáita. Pero... no hay nada, os lo aseguro. Me aburro un poco y eso es todo.

Ya pasará. De verdad, idos a acostar. También yo tengo sueño. Ya hablaremos... mañana o un día de estos...

El pope Ignacio se levantó de una manera tan brusca que la silla fué a chocar contra la pared; cogió a su mujer por la mano.

—¡Vámonos!

—¡Verita mía!...

—¡Vámonos te digo!—gritó—. Si ha olvidado al Dios bueno, nosotros no somos nada para ella.

Condujo a Olga Stepanovna casi a la fuerza. Cuando ya estaban en la escalera ella le dijo encolerizada:

—¡La culpa es tuya! Tiene todo tu carácter. ¡Tú responderás de ella ante Dios! ¡Qué desgraciada soy!

Lloraba. Las lágrimas la impedían ver los peldaños de la escalera y andaba como si ante sus pies se hubiera abierto un abismo.

A partir de aquel día, el pope Ignacio no dirigió la palabra a su hija. Se diría que ésta no se daba cuenta de ello. Seguía guardando cama o a seándose por su cuarto, frotándose a cada instante los ojos como si hubiera algo que se los tapara. Y la madre, que gustaba de reír y de bromear, perdía la cabeza entre el marido y la hija, siempre taciturnos.

A veces Vera salía. Una semana después de la conversación que hemos referido salió por la noche, como de costumbre. Y ya no se la volvió a ver viva: aquella noche se arrojó bajo el tren, que la cortó en dos pedazos.

El mismo pope Ignacio presidió la ceremonia de los funerales. Su mujer no asistió porque a la noticia de la muerte de Vera fué acometida de una parálisis. Sus brazos, sus piernas y su lengua quedaron paralizados, y permaneció inmóvil en su cuarto medio a oscuras, mientras que muy cerca de ella, en el campanario, las campanas tocaban a muerto. Oía a la gente salir de la iglesia, oía cantar a los sochantres ante el ataúd e intentaba levantar la mano para hacer la señal de la cruz; pero la mano no la obedecía; quería decir «¡Adiós, Vera!», pero su lengua permanecía en la boca como una pesada masa inerte. Olga Stepanovna seguía sin moverse, tan quieta que se diría que estaba reposando. Solamente sus ojos estaban abiertos.

Durante la ceremonia fúnebre la iglesia estaba llena de gente. Todos, hasta los que no conocían a Vera, se apiadaban de la suerte de aquella muchacha que había tenido una muerte tan trágica. Miraban al pope Ignacio y buscaban en su rostro la expresión del sufrimiento y el dolor. No se le amaba porque era severo y altivo, aborrecía a los pecadores y no les perdonaba nunca, y porque, ávido y amante del dinero, se hacía pagar caros los servicios religiosos. Y todos querían verle sufrir, abatido, comprendiendo su doble responsabilidad en la muerte de su hija: como padre cruel y como pope que no supo conducir a su hija por los caminos del bien. Todos le espiaban con la mirada, y él, sintiendo esta curiosidad hostil, trataba de mantener erguida su ancha espalda y no mostrarse demasiado abatido. Pensaba más en esto que en la muerte de su hija.

Así recto, con aire altivo, acompañó a Vera al cementerio y volvió a su casa. Cuando llegó a la puerta su espalda se curvó un poco; pero era porque su talla era demasiado elevada y todas las puertas eran demasiado bajas para él.

Entró en el cuarto de su mujer y no pudo ver bien su rostro; pero después de examinarlo más de cerca quedó sorprendido al verla completamente tranquila, sin lágrimas. Sus ojos no tenían ninguna expresión: estaban mudos, inmóviles, como todo el cuerpo inerte.

—¡Qué!, ¿cómo te encuentras?

No se movió. El pope Ignacio le puso la mano en la frente: estaba fría y húmeda. Los ojos de la vieja, profundos y grises, no



expresaban ni dolor ni cólera.

—Me voy a mi cuarto—dijo el pope Ignacio, que experimentaba algún malestar.

Pasó al salón, donde todo estaba limpio como siempre y donde los sillones cubiertos con fundas blancas parecían muertos envueltos en sudarios. En una ventana había colgada una jaula, pero estaba vacía y abierta su puertecita.

—¡Anastasia!—gritó, y su voz fuerte le asustó a él mismo—. ¡Anastasia!—llamó más bajo—. ¿Dónde está el canario?

La cocinera, que de tanto llorar tenía la nariz roja e hinchada, respondió gravemente:

—¡El canario ha volado!

—¿Por qué has abierto la jaula?—dijo el pope frunciendo las cejas.

Ella se echó de nuevo a llorar y dijo, enjugándose las lágrimas con la punta del delantal:

—Era el alma de la pobre señorita... No me atrevía a detenerla.

Al pope Ignacio le pareció que el pequeño canario amarillo que cantaba tan bien era verdadera mente el alma de su Vera, y que si no hubiera volado no podría estar seguro de la muerte de su hija.

—¡Vete!—dijo enfadado—. ¡Qué bestia eres!...

## II

En la casita reinaba el silencio. No era la tranquilidad, que no es mas que la ausencia de cuidados, sino el silencio; aquellos que podrían hablar parecen no querer decir nada. Al entrar el pope Ignacio en el cuarto de su mujer encontró en ella una mirada tan densa como si toda la atmósfera fuera de plomo y pesara grandemente sobre la cabeza y sobre los hombros. Examinó mucho

tiempo los cuadernos de música de Vera, sus libros y su retrato en colores, que había traído ella de Petersburgo. Recordaba el arañazo que había visto en la mejilla de su hija cuando la hallaron muerta y cuyo origen no podía comprender: el tren que la aplastó había dejado intacta su cabeza; de otro modo la hubiera destrozado completamente. ¿De dónde procedía aquel arañazo?

Pero procuraba no pensar en la muerte de Vera, y en el retrato miraba sus ojos. Eran hermosos, negros, con grandes párpados que los envolvían en la sombra como si estuvieran encerrados en un marco negro. El pintor desconocido pero de talento les había dado una expresión extraña: se diría que entre los ojos y los objetos hacia que miraban había un velo opaco. Aquellos ojos le seguían con la mirada por todas partes, pero también guardaban silencio. Se diría que hasta podría oírse aquel silencio. Por lo menos al pope Ignacio le parecía que lo oía.

Todas las mañanas, después de la misa, iba al salón y examinaba rápidamente la jaula vacía y toda la habitación, se sentaba en un sillón, cerraba los ojos y escuchaba el silencio de la casa. La jaula guardaba un silencio dulce y tierno, lleno de dolor, de lágrimas y de una como lejana risa extinguida. El silencio de su mujer era obstinado, pesado como el plomo y tan terrible que el pope Ignacio, a pesar del calor, comenzó a sentir frío. El silencio de Vera fué interminable, glacial y misterioso como la tumba. Aguzaba el oído con la esperanza de percibir un ruido cualquiera; después, avergonzado de su debilidad, se levantaba bruscamente y se decía a sí mismo:

«¡Estas son tonterías!»

Miraba por la ventana la plaza pavimentada inundada de sol y el muro de piedra de un cobertizo sin ventanas. En un rincón estaba parado un cochero que parecía una estatua de barro, y no se comprendía por qué se estaba allí todo el día, en un sitio donde nunca había nadie.

### III

Fuera de la casa, el pope Ignacio hablaba mucho con el clero y los feligreses; a veces con conocidos en cuyas casas jugaba a las cartas. Pero cuando volvía le parecía que no había pronunciado una palabra en todo el día. Esto era por que no podía hablar con nadie de lo que más le importaba, de lo que era objeto de sus pensamientos nocturnos: ¿por qué se había suicidado Vera?

No quería ni podía comprender que ya era demasiado tarde para conocer las razones de aquella muerte. Todas las noches recordaba el momento en que él y su mujer, junto al lecho de Vera, le suplicaban que les dijera qué tenía. Cerraba los ojos y se le representaba a Vera incorporada en su lecho y diciendo... Pero no dijo la única palabra que pudiera aclarar el misterio de su muerte. Le parecía al pope Ignacio que aguzando bien el oído, conteniendo los latidos del corazón, podría quizá oír aquella palabra misteriosa. Y saltando de la cama tendía las manos y suplicaba:

—¡Vera!

Era el silencio lo que le respondía.

Una noche entró en el cuarto de su mujer, a la que hacía una semana entera que no veía, se sentó a su cabecera y, evitando su densa mirada, dijo:

—Escucha, quiero hablarte de Vera. ¿Me oyes?

Ella callaba. Entonces, alzando la voz, le habló severamente, como a los que venían a su casa a confesarse:

—Ya sé que tú no eres culpable de la muerte de Vera. Pero reflexiona: ¿es que yo no la amaba tanto como tú? Razonas de un modo extraño. Sí, yo era severo; pero eso no le impedía hacer todo lo que quería. Sacrifiqué mi amor propio de padre y consentí en que se fuera a Petersburgo; pero ¿es que tú no le habías implorado que se quedara, que renunciara a aquel viaje? No he sido yo el que la hizo tan impiedosa. Le inspiré siempre el amor de Dios y las virtudes cristianas...

Miró los ojos de su mujer y volvió la cabeza.

—¿Qué podía yo hacer cuando ella no nos que ría decir qué tenía? He ordenado, he suplicado. ¿O quizá debiera haberme arrodillado ante aquella chicuela y llorar como una vieja? ¿Sabía yo lo que ella tenía en su cabeza? ¡Hija cruel, sin corazón!

Se golpeó la rodilla con el puño.

—Era el amor lo que le faltaba. Admitamos que no me podía amar porque yo era un tirano. Pero ¿a ti? Ella te amaba. Tú, que te humillabas ante ella, le implorabas...

Se rió nerviosamente.

—¡Bien claro se ve cómo te amaba! Fué por ti por quien buscó una muerte tan atroz y vergonzosa... la muerte en el lodo como un perro.

Su voz temblaba de cólera.

—¡Me da vergüenza!—prosiguió—. Me da vergüenza dejarme ver en la calle. Me da vergüenza ante Dios y ante los hombres. ¡Hija cruel, indigna! ¡Mereces ser maldita en tu tumba!...

Cuando el pope Ignacio miró a su mujer, ésta yacía desvanecida sobre la cama. Tardó algunas horas en volver en sí y no se sabía si recordaba las palabras de su marido.

Aquella misma noche, una noche clara y serena de julio, el pope Ignacio, de puntillas, subió al cuarto de Vera. No se había abierto la ventana desde su muerte y el ambiente era allí seco y cálido. La Luna iluminaba el suelo, los rincones y el blanco lecho con sus dos almohadas, una grande y otra pequeña.

El pope Ignacio abrió la ventana, y en la habitación penetró el aire fresco con el olor del polvo, del río próximo y del tilo en flor. Se oía una canción; probablemente cantaban en alguna barca.

El pope Ignacio, procurando no hacer ruido, se acercó al lecho, se arrodilló y dejó caer la cabeza sobre las almohadas, apoyando sus labios en el sitio donde había reposado la cabeza de Vera. Permaneció mucho tiempo así. Allá en el río la canción se había hecho más fuerte; luego se extinguió. Siguió arrodillado, derramados sus cabellos por los hombros y por el lecho.

La Luna se había eclipsado y la habitación quedó sumida en la obscuridad. El pope Ignacio levantó la cabeza y empezó a

murmurar, con una voz conmovida por el amor largo tiempo contenido, como si Vera le pudiera oír:

—¡Hija mía querida! ¿Comprendes toda la significación de esta palabra: «¡hija mía!»? Tú eres mi corazón, mi sangre, mi vida. Es tu viejo padre quien te lo dice...

Sus hombros eran sacudidos por los sollozos, y continuó hablando como a un niño pequeño:

—Es tu viejo padre quien te suplica, te implora, Verita mía. El, que nunca conoció las lágrimas, está llorando ahora. Tu dolor es el mío, tus sufrimientos son más que míos. No son ni los sufrimientos ni la muerte lo que me atemoriza. Pero tú, que eras tan tierna, tan frágil, tan débil, tan tímida... ¿Te acuerdas una vez que te pinchaste tu dedito cómo llorabas con lágrimas ardientes? ¡Niña mía querida! Bien sé que me amas. Todas las mañanas me besas la mano. Díme por qué sufres y yo aplastaré tu dolor con mis manos. Todavía son fuertes mis manos...

Levantó los ojos suplicantes.

—¡Dílo!

Tendió los brazos como en plegaria.

—¡Dílo!

Pero un silencio profundo reinaba en la habitación. A lo lejos se oía el silbido prolongado de una locomotora.

El pope Ignacio se levantó, y retrocediendo hacia la puerta repitió una vez más:

—¡Dílo!

Y la respuesta era un silencio de muerte.

## IV

Al día siguiente, después del solitario desayuno, se fué al

cementerio por primera vez después de la muerte de Vera. Hacía calor. El cementerio estaba desierto y tranquilo como si no fuera de día, sino una noche clara. El pope Ignacio caminaba derecho, sin curvar la espalda y miraba serenamente a su alrededor no queriendo comprender que no era ya el mismo, que sus piernas se habían hecho más débiles, que su larga barba era ya toda blanca, como helada.

La tumba de Vera se encontraba en el extremo del cementerio, donde ya no había senderos llenos de arena. El pope Ignacio se perdía casi entre las pequeñas colinas verdes, que eran tumbas abandonadas, olvidadas. De vez en cuando veía antiguos monumentos descuidados, rejas abismadas y grandes lápidas sepulcrales hundidas hasta la mitad en la tierra.

Una de aquellas lápidas tapaba la tumba de Vera. Estaba cubierta por un montecillo amarillento, pero a su alrededor todo verdeaba. Dos árboles mezclaban su follaje en lo alto de la tumba.

Sentado sobre una tumba vecina, el pope Ignacio miró al cielo, donde, inmóvil, estaba suspendido el disco solar, y sintió el silencio profundo, incomparable, que reina en los cementerios cuando no hace viento. Este silencio lo inundaba todo, traspasaba los muros e invadía la ciudad.

El pope Ignacio miró la tumba de Vera, la hierba que había crecido allí, y su imaginación se negaba a creer que allí, bajo aquella hierba, a dos pasos de él, se encontraba su hija. Aquella proximidad le parecía inconcebible y le turbaba profundamente. La que él creía desaparecida para siempre en las profundidades misteriosas del infinito estaba allí, muy cerca. Y, a pesar de eso, no existía ya ni existiría nunca. Creía que si hallara la palabra mágica ella saldría de su tumba, bella, grande, como él la había conocido. No sólo ella, sino todos los muertos saldrían de sus tumbas.

Se quitó su sombrero negro de anchas alas, se alzó los cabellos y dijo susurrando:

—¡Vera!

Tuvo miedo de que le hubiera oído alguien, y poniéndose de pie sobre la tumba miró alrededor. No había nadie. Entonces repitió más alto:

—¡Vera!

Su voz era dura, autoritaria y parecía extraño que no le respondiera nadie.

—¡Vera!

Sus llamamientos eran cada vez más insistentes, y cuando callaba, por instantes parecía que alguien, muy bajo, le respondía. Se echó sobre la tumba apoyando su oído sobre la tierra.

—¡Vera, habla!

Y sintió con horror que su oído se llenaba de un frío de sepulcro que le helaba el cerebro, y que Vera hablaba con su silencio mismo. Este silencio se hizo cada vez más terrible, y cuando el pope Ignacio levantó la cabeza le parecía que, conturbada, vibraba toda la atmósfera, como si hubiera pasado una tempestad por encima del cementerio. El silencio le sofocaba, le hacía temblar, erizaba los cabellos en su cabeza. Tiritando se alzó lentamente e hizo un esfuerzo penoso para mantenerse derecho. Después sacudió el polvo de sus rodillas, se puso el sombrero, hizo la señal de la cruz tres veces seguidas sobre la tumba y se fué con paso firme. Pero ya no se reconocía en los estrechos senderos.

—¡Me he perdido!—se dijo con una triste sonrisa.

Se detuvo un instante, y, sin saber por qué, tomó la izquierda. No se atrevió a quedarse mucho tiempo allí. El silencio le empujaba; el silencio que salía de las tumbas verdes, de las cruces grises, de todos los poros de la tierra llena de cadáveres.

El pope Ignacio alargó el paso. No sabe ya a dónde va, vuelve por los mismos senderos, salta por encima de las tumbas, tropieza con las rejas y las coronas metálicas, desgarrándose las vestiduras. Ahora no tiene mas que un solo y único pensamiento: salir de allí. En desorden el traje y los cabellos huyó a todo correr, grande, alto. Si alguno le hubiera visto en aquel momento se habría espantado más que si tropezara con un muerto salido de su tumba: tanto estaba crispado por el terror el rostro del pope Ignacio.

Sofocado, casi ahogándose, ganó al fin el calvero donde se encontraba la iglesia del cementerio. Cerca de la puerta dormitaba un viejecillo sobre un banco y disputaban dos mendigos.

Cuando el pope Ignacio entró en su casa en el cuarto de su mujer había luz. Vestido como estaba, cubierto de polvo, desgarradas sus ropas, entró en el cuarto de su mujer y cayó de rodillas:

—Olga... Olguita... Querida mía... ¡Ten piedad de mí! ¡Me vuelvo loco!...

Y empezó a golpearse la cabeza contra el lecho y a llorar violentamente, como un hombre que llora por primera vez en su vida. Luego levantó la cabeza, con la certidumbre de que esta vez el milagro iba a cumplirse al fin y su mujer, llena de piedad, le iba a decir algo.

—¡Mi esposa querida!...

Lleno de esperanza se inclinó sobre ella... y se encontró con la mirada de sus ojos grises. No expresaban ni cólera ni dolor. Quizá tenía piedad de él, quizá le perdonaba; pero sus ojos no decían nada: guardaban silencio.

\* \* \*

Y el silencio reinaba en toda la casa, triste y desierta.



# VALIA

Valia, sentado a la mesa, leía. El libro era muy grande, la mitad de grande que el propio Valia, con enormes líneas negras y dibujos que ocupaban páginas enteras. Para ver la línea superior Valia tenía que estirar el cuello casi al ancho total de la mesa, ponerse de rodillas en la silla y con su dedito retener las letras porque se perdía fácilmente entre tantas otras y era muy difícil encontrarlas después. Gracias a estas circunstancias no previstas por los editores la lectura, no obstante el agudo interés de lo que se relataba en el libro, avanzaba muy lentamente. Se contaba allí la historia de un muchacho muy fuerte que se llamaba Bova y que cogía a los otros muchachos por los brazos y las piernas y se los separaba inmediatamente del cuerpo. Esto era terrible y al mismo tiempo chusco, y Valia, viajando con todo su cuerpecito a través del libro, estaba muy emocionado e impaciente por saber en qué pararía aquello. Pero se le había prohibido leer: mamá entró con otra mujer.

—¡Aquí está!—dijo la mamá, cuyos ojos estaban enrojecidos por las lágrimas vertidas según toda evidencia muy recientemente; al menos, entre sus manos apretaba nerviosamente un pañuelo blanco de encaje.

—¡Valia, hijo mío!—exclamó la otra mujer, y después de abrazarle empezó a cubrirle de besos las mejillas y los ojos, apretándole muy fuerte contra sus labios menudos y duros. No sabía acariciar como mamá: los besos de mamá eran siempre dulces, efusivos, mientras que aquella mujer le incomodaba con sus caricias.

Valia las aceptaba con disgusto. Estaba descontento de que se le hubiera interrumpido en su lectura, tan interesante; por otra parte,

aquella mujer desconocida, alta y delgada, de dedos secos en los que no había ni una sortija, no le acababa de complacer. Se desprendía de ella un olor desagradable, un olor de humedad o de algo podrido, mientras que mamá olía siempre a perfumes muy finos.

Finalmente, aquella mujer dejó tranquilo a Valia, y mientras él se enjugaba los labios lo examinó con una mirada rápida como si quisiera fotografiarlo. Su naricita chata, sus espesas cejas de persona mayor, que cubrían sus negros ojos, y todo su aire serio y grave recordaron, sin duda, algo a aquella mujer, pues se echó a llorar. No lloraba tampoco como mamá: su rostro permanecía inmóvil y solamente las lágrimas corrían rápidamente una tras otra como si rivalizaran en rapidez.

Habiendo acabado de pronto de llorar, lo mismo que había empezado, preguntó:

—Valia, ¿no me conoces?

—No.

—Y sin embargo vine a verte dos veces. ¿No te acuerdas?

Quizá hubiera venido, y hasta dos veces; quizá nunca había estado allí; Valia no sabía nada. Además no tenía para él ninguna importancia que hubiera venido o no aquella mujer desconocida. Pero le impedía leer con sus preguntas.

—¡Yo soy tu madre, Valia!

Muy sorprendido buscó a mamá con la mirada, pero mamá no estaba allí.

—¿Es que puede haber dos mamás?—dijo—. Dices tonterías.

La mujer se echó a reír, pero aquella risa no gustó a Valia; se veía bien que no tenía gana alguna de reír y que lo hacía a propósito para engañarle.

Durante algún tiempo estuvieron los dos callados.

—¿Sabes ya leer? ¡Eso es bueno!

El no respondió.

—¿Qué es lo que lees?

—¡La historia del rey Bova!—contestó con una serena dignidad y con un respeto evidente para el gran libro.

—¡Ah! Eso debe de ser muy interesante. Cuéntame esa historia, te lo ruego—pidió humildemente la mujer.

Y había de nuevo algo falso en aquella voz, a la que ella procuraba dar las notas dulces que tenía la de mamá, pero que aun así era aguda y desagradable. Había igualmente algo falso en todos sus movimientos. Se colocó mejor sobre la silla y aun extendió el cuello preparándose a escuchar atentamente a Valia; pero cuando éste, de mala gana, se puso a contar la historia, ella se abismó en sus pensamientos y quedó sombría como una linterna apagada. Valia se ofendió por sí mismo y por el rey Bova; pero queriendo ser galante acabó la historia apresuradamente.

—¡Eso es todo!—dijo.

—Pues bien, hasta la vista, mi querido niño—dijo la extraña mujer, empezando de nuevo a apretar sus labios contra el rostro de Valia—. Pronto volveré otra vez. ¿Estarás contento de verme?

—Sí, vuelve si quieres—contestó él galantemente. Y con la esperanza de que se fuera antes—: ¡Muy contento!

Se marchó. Pero tan pronto como Valia encontró en el libro la palabra en que había quedado vió entrar a mamá. Le miró y se echó a llorar también. Que la otra mujer llorara se comprendía: probablemente lamentaba ser tan desagradable y enojosa; pero ¿por qué lloraba mamá?

—Oye—le dijo a mamá con aire pensativo—: Aquella mujer me ha disgustado terriblemente. Dice que es mi mamá. ¡Como si un muchacho pudiera tener dos mamás a la vez!

—No, querido, eso no pasa nunca, pero te ha dicho la verdad; es verdaderamente tu mamá.

—Y tú, ¿qué es lo que eres?

—Yo soy tu tía.

Este fué un descubrimiento inesperado, pero Valia le recibió con una indiferencia imperturbable: si se empeñaba en ser su tía, ¿por qué no? Le daba absolutamente lo mismo. Las palabras no tenían para él la importancia que para las personas mayores. Pero su ex mamá no lo comprendía y se puso a explicarle cómo era que antes había sido su mamá y ahora no era mas que su tía.

—Hace mucho tiempo, mucho tiempo, cuando tú eras todavía muy pequeño...

—¿Así?—y levantó su mano a veinte centímetros de la mesa.

—No, todavía más pequeño.

—¿Como nuestro gatito?—preguntó Valia lleno de alegría.

Hablaba de su gato blanco que le habían dado recientemente y que era tan pequeño que se colaba fácilmente, con sus cuatro patitas, en un platillo.

—Sí.

Tuvo una risa feliz, pero en el mismo instante tomó su aire grave habitual y con la condescendencia de un hombre que se acuerda de las faltas de su juventud observó:

—¡Qué mono debía ser yo entonces!

Pues bien, cuando él era aún pequeño y mono, como su gatito, aquella mujer le había llevado allí y le había regalado para siempre... igual que a un gatito. Y ahora, cuando ya era grande e inteligente, le quería recobrar.

—¿Quieres irte a tu casa?—preguntó la ex mamá.

Y se puso roja de alegría cuando Valia dijo resueltamente y con aire grave:

—No, no me gusta.

Y se puso a leer de nuevo.

Valia creía terminado el incidente, pero se engañaba. Aquella mujer extraña, de rostro lívido como si le hubieran chupado toda su sangre, llegada no se sabe de dónde y luego desaparecida otra vez, perturbó toda la casa, expulsó de ella la tranquilidad y la llenó de angustia sorda. Mamá-tía lloraba frecuentemente y preguntaba a Valia si quería abandonarla; papá-tío se pasaba sin cesar la mano sobre el cráneo calvo, levantándose sus crasos cabellos blancos, y cuando mamá no estaba delante le preguntaba también si quería ir a casa de aquella mujer.

Una noche, cuando Valia estaba ya en la cama, pero sin dormirse todavía, el ex papá y la ex mamá hablaban de él y de aquella mujer extraña. El ex papá hablaba con una voz baja y enfadada que hacía temblar ligeramente los cristales azules y rojos de la gran araña.

—¡Estás diciendo sandeces, Nastasia Filipovna! No tenemos el deber de devolver el niño. En interés suyo no le tenemos. No se sabe de qué vive esa mujer desde que fué abandonada por... aque...; en fin, yo te digo que el niño perecería en casa de aquella mujer.

—Pero ella le ama, Grischa.

—¿Y nosotros no le amamos? Razonas de una manera extraña, Nastasia Filipovna. Se diría que querías desembarazarte del niño.

—¿No te da vergüenza decir eso?

—Te pido perdón. Reflexiona fríamente, tranquilamente. Una mujer cualquiera echa al mundo un niño y para desembarazarse de él lo regala; después vuelve y declara: «puesto que mi amante me ha abandonado, me aburro y quiero recobrar el niño. Puesto que no tengo bastante dinero para frecuentar los teatros y los conciertos, me voy a divertir con mi niño...» No, de ningún modo. Se engaña usted, señora. No lo tendrá.

—Te equivocas, Grischa: sabes bien que está enferma, abandonada de todo el mundo...

—¡Ah, Nastasia Filipovna! ¡Un santo perdería la paciencia contigo! Pero tú olvidas que se trata del porvenir del niño. O quizá eso te importa poco, que sea un hombre honrado o se haga un canalla. Y yo estoy seguro que en casa de esa mujer se hará un picaro, un ladrón, un canalla y... un canalla.

—¡Grischa!

—No, te lo ruego. ¡Me pones fuera de mí! Hallas siempre un placer en decir sandeces. «Está abandonada de todo el mundo...» Y nosotros, ¿no estamos solos? ¡No, no tienes razón! ¿Por qué diablos me habré casado contigo? Te haría falta por marido un verdugo...

La mujer, que no tenía corazón, se echó a llorar. El marido le pidió perdón, demostrándola que había que ser bestia como un asno para hacer caso de las palabras de un idiota como él. Poco a poco ella se tranquilizó y preguntó:

—¿Y qué dice M. Talonsky?

El se enfadó de nuevo.

—Pero ¿quién te había dicho que es inteligente? ¿Sabes lo que me ha declarado? Que todo depende del punto de vista del tribunal... ¡Vaya un descubrimiento! ¡Como si nosotros no supiéramos sin él que todo depende del tribunal! Naturalmente, él no tiene mucho que perder: pronunciará un discurso ante los jueces y hasta la vista... ¡Ah si yo tuviera autoridad, ya les ajustaría bien las cuentas a todos esos bribones de abogados!

En este momento mamá cerró la puerta del comedor y Valia no oyó el fin de la conversación. Permaneció aún mucho tiempo sin dormir en su lecho, rompiéndose la cabecita por comprender quién era aquella mujer extraña que quería llevársele y perderle.

Al día siguiente esperó toda la mañana a que la tía—así llamaba ahora a la ex mamá—le preguntara si quería irse a casa de su madre. Pero no se lo preguntó. El tío tampoco le preguntó nada, pero ambos miraban a Valia como si estuviera gravemente enfermo y en vísperas de morir, acariciándole y comprándole grandes libros con láminas de colores.

La mujer extraña no vino más, pero a Valia le parecía que le estaba espiando detrás de la puerta y en cuanto atravesara el umbral le cogería y lo llevaría a un lugar negro y horrible, lleno de monstruos malos que escupirían fuego. Por la noche, cuando el ex papá trabajaba en su despacho y la mamá hacía media, Valia leía sus libros, en los que las líneas se habían hecho más pequeñas y menos espaciadas. Reinaba un silencio que cortaba el ruido de las páginas vueltas o la tos del ex papá que llegaba de su despacho. La lámpara con pantalla azul proyectaba su luz sobre el tapete de terciopelo, pero los rincones de la alta habitación permanecían envueltos en las tinieblas misteriosas. Allí en aquellos rincones había grandes tiestos de flores de hojas y raíces fantásticas que trepaban hacia fuera y semejaban serpientes luchan de entre sí. A Valia le parecía que entre ellas se movía alguna cosa grande y negra.

Seguía leyendo. Ante sus ojos pasaban bellas imágenes tristes que evocaban la piedad y el amor, pero aun con más frecuencia el miedo. Valia compadecía a la pobrecita hada del mar que amaba tanto al hermoso príncipe que abandonó por él a sus hermanas y el océano profundo y tranquilo; pero el príncipe no sabía nada de aquel amor, por que el hada del mar era muda, y se casó con una alegre princesa; se festejaba la boda: la música tocaba sobre el bajel y todas sus ventanas estaban profusamente iluminadas cuando la pequeña hada del mar se arrojó, buscando la muerte, en las ondas oscuras y frías. ¡Pobrecita hada del mar, tan dulce, tan triste, tan buena!...

Pero con más frecuencia aun Valia veía hombres monstruosos horriblemente malos. Volaban hacia alguna parte, en la noche negra, con sus alas agudas; el aire silbaba sobre sus cabezas, y sus ojos brillaban como carbones encendidos. Los rodeaban otros monstruos y pasaba algo horrible: una risa cortante como un cuchillo, largos gemidos lastimeros, vuelos curvos como los de los murciélagos, danzas salvajes a la luz lúgubre de las antorchas, cuyas lenguas de fuego estaban envueltas en nubes rojas de humo; sangre humana y cabezas de muertos blancas con barbas negras... Todo esto eran fuerzas tenebrosas y terriblemente malas que procuraban perder al hombre, espectros malévolos y misteriosos. Llenaban la atmósfera, se escondían entre las flores, cuchicheaban entre sí y señalaban a Valia con el dedo. Le espiaban a través de las puertas de un cuarto oscuro, reían y esperaban a que se acostara para cernirse sobre su cabeza. Miraban desde el jardín por las ventanas negras y lloraban lastimeramente con el viento.

Y todas estas fuerzas malvadas, terribles, tomaban la forma de la mujer que había venido a ver a Valia. A la casa venían muchas personas, y Valia no se acordaba de sus rasgos; pero el rostro de aquella mujer se había grabado en su memoria. Era largo, delgado, amarillo como el de un muerto y tenía una sonrisa engañosa, fingida, que dejaba dos arrugas profundas en los extremos de la boca. Si esta mujer le cogiera, Valia se moriría.

—Escucha—dijo una vez Valia a su tía, fijando en ella su mirada, que cuando hablaba se clavaba siempre en los ojos de su interlocutor—. Escucha: ya no te voy a llamar tía, sino mamá... como antes. Es una tontería que esa otra mujer sea mi mamá. Mi mamá eres tú y no ella.

—¿Por qué?—preguntó roja de alegría como una joven a la que se acaba de decir un galanteo.

Pero junto a la alegría tenía también miedo por Valia. Se había hecho tan raro, tan tímido... Tenía hasta miedo de dormir solo como había sido su costumbre hasta entonces. Con frecuencia lloraba y soñaba durante la noche.

—¿Por qué?—repitió.

—No te lo podría decir. Pregúntalo más bien a papá. El también es mi papá y no mi tío—dijo resueltamente.

—No, mi pequeño Valia; era verdad: aquella mujer es tu mamá. Valia reflexionó un poco y respondió, imitando al tío:

—¡Encuentras siempre un placer en decir sandeces!

Nastasia Filipovna rió. Pero antes de acostarse habló largamente con su marido, que gruñó como un tambor turco, tronó contra los abogados y las mujeres que abandonan a sus hijos y después los dos fueron a ver cómo dormía Valia. Contemplaron largo rato al muchacho dormido. La llama de la bujía que Gregorio Aristarjovich llevaba en la mano oscilaba y daba al rostro del niño, blanco como la almohada en que descansaba su cabeza, un aspecto fantástico. Parecía que sus ojos negros, de largas pestañas, miraban severamente exigiendo una respuesta y amenazando con grandes desgracias, mientras sus labios conservaban una sonrisa extraña, irónica. Se diría que misteriosos y malévolos espectros se cernían sin ruido sobre aquella cabeza de niño.

—¡Valia!—dijo en voz baja Nastasia Filipovna asustada.

El niño suspiró profundamente, pero no se movió, como si estuviera encadenado por un sueño de muerte.

—¡Valia, Valia!—repitió el marido con voz trémula.

Valia abrió los ojos, los cerró y los volvió a abrir de nuevo y saltó sobre sus rodillas pálido y asustado. Echó sus delgados brazos desnudos, como un collar de perlas, alrededor del cuello de Nastasia Filipovna, escondiendo la cabeza en su pecho, y cerrando bien los ojos, como si temiera que se abrieran ellos solos, susurró:

—¡Tengo miedo, mamá! ¡No te vayas!

Fué una mala noche. Cuando Valia se quedó al fin dormido tuvo un acceso de asma; se ahogaba, y su pecho, blanco y grueso, se alzaba y se bajaba bajo las compresas de hielo. No se calmó hasta el alba, y Nastasia Filipovna se fué a dormir con el pensamiento de que su marido no sobreviviría a la separación del niño.

Después de un consejo de familia en el que se decidió que Valia debía leer lo menos posible y ver a otros niños con más frecuencia, se empezó a traer a la casa muchachos y muchachas. Pero Valia no quería a aquellos niños brutos, escandalosos, alborotadores y mal educados. Rompían las flores, desgarraban los libros, saltaban por encima de las sillas, se pegaban como pequeños monos a quienes se hubiera abierto la jaula. Valia, grave y pensativo, los miraba con



una extrañeza desagradable; iba donde Nastasia Filipovna y le decía:

—¡Lo que me cargan! ¡Me gusta más estar contigo!

Por las noches leía de nuevo, y cuando Gregorio Aristarjovich, furioso porque se diera a leer a los niños aquellas historias diabólicas, trataba dulcemente de quitarle el libro, Valia, sin decir nada, pero resueltamente, apretaba el libro contra sí. El otro acababa por dejarle y se ponía a reprochar amargamente a su mujer:

—¡A eso se llama educar un niño! No, Nastasia Filipovna; tú estarás, quizá, en tu puesto educando gatitos; pero niños no. Le has mimado tanto que ni siquiera te atreves a quitarle el libro. No hay más que decir; ¡una gran educadora!

Una mañana, estando Valia en el comedor con Nastasia Filipovna, entró Gregorio Aristarjovich como un rayo. Tenía el sombrero caído sobre la nuca y el rostro cubierto de sudor. Desde el umbral de la puerta gritó regocijado:

—¡Hemos ganado el pleito! ¡Hemos ganado!

Los brillantes de las orejas de su mujer temblaron y dejó caer sobre el plato el cuchillo que tenía en la mano.

—Pero ¿es de veras?—le preguntó sofocada por la emoción.

Su marido puso el gesto serio para inspirar más confianza, pero un instante después olvidaba su intención y se echaba a reír alegremente. Luego, comprendiendo que el momento era demasiado solemne para reír, se puso grave, cogió una silla, colocó al lado su sombrero y se aproximó a la mesa con la silla. Después de mirar severamente a su mujer guiñó un ojo a Valia, y entonces solamente empezó a hablar:

—Afirmaré siempre que Talonsky es un aboga de genial. Ese no permite que se la den... ¡Oh no, honorable Nastasia Filipovna!

—Así, pues, ¿es verdad?

—¡Tú siempre escéptica! ¿No te lo estoy diciendo? El tribunal ha desestimado la petición de Akimova.

Y señalando a Valia, añadió con un tono oficial:

—Y la ha condenado a pagar las costas.

—¿Esa mujer no me llevará ya?

—¡Ya lo creo que no! ¡Ah! Mira: te he comprado libros...

Se dirigía al vestíbulo a buscar los libros cuando un grito de Nastasia Filipovna le detuvo en seco: Valia se había desmayado y reclinaba su cabeza en el respaldo de la silla.

La felicidad reinó de nuevo en la casa. Como si un enfermo grave que hubiera habido en ella se hubiera restablecido por completo, todo el mundo respiraba alegremente. Valia no tuvo ya relaciones con espectros malévolos, y cuando los pequeños monos venían a verle era el más emprendedor de ellos. Pero hasta en los juegos fantásticos ponía su seriedad habitual, y cuando jugaba a los pieles rojas creía deber suyo ponerse completamente desnudo y teñirse desde la cabeza hasta los pies. En vista del carácter serio que iban tomando los juegos, Gregorio Aristarjovich pensó si debía tomar parte en ellos. Como oso demostró, un talento mediocre; pero tuvo un gran éxito, muy merecido, en el papel de elefante de las Indias. Y cuando Valia, silencioso y severo como un verdadero hijo de la diosa Cali, se sentaba sobre sus hombros y golpeaba suavemente con un martillito su cráneo calvo, parecía verdaderamente un pequeño príncipe oriental que reina despóticamente sobre los hombres y los animales.

Talonsky procuraba insinuar a Gregorio Aristarjovich que Akimova podía pedir la revisión del pleito por el tribunal de casación y que este nuevo tribunal podía decidir de otra manera; pero a Gregorio Aristarjovich no le cabía en la cabeza que tres jueces pudieran anular el veredicto pronunciado por otros tres jueces, puesto que las leyes son las mismas. Cuando el abogado insistía, Gregorio Aristarjovich se enfadaba y se servía de un argumento supremo:

—Pero ¿no es usted el que nos defenderá ante el nuevo tribunal? Entonces no hay nada que temer. ¿No es verdad, Nastasia Filipovna?

Ella reprochaba dulcemente al abogado sus dudas y el otro sonreía. A veces se hablaba de aquella mujer que había sido condenada a pagar las costas y se la llamaba siempre «pobre». Desde que no se podía ya llevar a Valia no inspiraba a éste aquel miedo secreto que envolvía su rostro como un velo misterioso y desfiguraba sus rasgos. En la imaginación de Valia era ya una mujer como todas las demás. Oía decir frecuentemente que era desgraciada y no podía comprender por qué; pero aquella pálida faz

de la que parecía que habían chupado toda la sangre se hacía para él más simple, más natural y comprensible. La «pobre mujer», como se calificaba, comenzaba a interesarle; se acordaba de las otras pobres mujeres, de las que había leído en sus libros, y experimentaba hacia ella una piedad mezclada con ternura tímida. Se la figuraba sola en una habitación negra, llena de miedo y llorando sin cesar como lloraba el día de su visita. Hasta lamentaba haberla contado tan mal entonces la historia del rey Bova...

\* \* \*

Se vió que tres jueces podían no estar de acuerdo con lo que habían decidido otros tres jueces: el tribunal de casación anuló el veredicto del tribunal anterior y la madre de Valia adquirió el derecho de llevárselo a su casa. El Senado confirmó el veredicto del tribunal de casación.

Cuando aquella mujer vino a llevarse a Valia Gregorio Aristarjovich no estaba en casa: se había acostado en la cama de Talonsky, enfermo de rabia y de dolor. Nastasia Filipovna se había encerrado en su cuarto con Valia, que estaba ya dispuesto para el viaje. La criada condujo a Valia adonde le esperaba su madre, que era en el salón. Llevaba Valia una pequeña pelliza y zuecos demasiado altos que embarazaban sus movimientos; un gorro de piel cubría su cabeza. Debajo del brazo llevaba el libro que contenía la historia de la pobrecita hada del mar. Su rostro estaba pálido y su mirada era seria.

La mujer alta y delgada le estrechó contra su mantón usado y se enjugó las lágrimas.

—¡Cómo has crecido, mi pequeño Valia! Estás desconocido— bromeó con una triste sonrisa.

Valia, después de ajustarse su gorro de piel, la miró, no a los ojos como tenía por costumbre, sino a la boca. Esta boca era demasiado ancha, pero de dientes finos; las dos arrugas que Valia había notado cuando la primera visita de su madre estaban en su sitio, en los extremos de la boca, pero se habían hecho aún más profundas.

—¿No te enfadas conmigo?—le preguntó.

Pero Valia repuso simplemente:

—Ea, vámonos.

—¡Mi pequeño Valia!—se oyó en el cuarto donde se hallaba Nastasia Filipovna.

Apareció en el umbral con los ojos henchidos de lágrimas y los brazos extendidos; se lanzó hacia el niño, se arrodilló ante él y le puso la cabeza sobre el hombro. No decía nada; solamente los brillantes temblaban en sus orejas.

—¡Vamos, Valia!—dijo severamente la mujer alta cogiéndolo del brazo—. Nuestro sitio no está entre gentes que han martirizado tanto a tu madre... ¡Sí, martirizado!...

Se sentía el odio en su voz seca. La hubiera oca sionado placer haber dado con el pie a la otra mu jer, que permanecía arrodillada junto a Valia.

—¡No tienen corazón! ¡Querían quedarse con mi único hijo!—dijo con cólera y tiró de Valia hacia sí.

—¡Vamos, no seas como tu padre, que me abandonó!

—Sea usted para él una buena madre—gimió Nastasia Filipovna. Los trineos avanzaban suavemente y sin ruido llevándose a Valia de la casa tranquila con sus bonitas flores, su mundo misterioso de bellos cuentos, infinito y profundo como el océano; con sus ventanas, cuyos cristales estaban sombreados por las ramas de los árboles. Pronto la casa se perdió en la masa de las demás casas, parecidas como letras, y Valia no volvió a verla. Le pareció que atravesaban un río cuyas orillas estaban formadas por filas de linternas encendidas, tan próximas las unas a las otras como las perlas de un hilo. Pero cuando se acercaban a aquellas linternas, las perlas se espaciaban, separadas por intervalos oscuros, mientras que tras ellos formaban un solo hilo iluminado. Le parecía entonces a Valia que no avanzaban y permanecían en el mismo sitio. Todo cuanto le rodeaba se convertía para él en un cuento de hadas: él mismo, aquella mujer que era su madre y le apretaba contra sí con su mano negra, y todo lo demás que veía.

Tenía fría la mano en que llevaba el libro, pero no quiso pedir a su madre que le desembarazara de él.

Hacía calor en la pequeña habitación sucia donde se condujo a Valia. En un rincón, junto a una cama grande, había otra pequeña; hacía mucho tiempo que Valia no dormía en camas semejantes.

—¿Tienes frío? Espera, vamos a tomar el te. ¡Qué encarnadas tienes las manos!... Bien; ya estás aquí con tu mamá. ¿Estás contento?—preguntó con la sonrisa mala de una persona a quien se hubiera obligado toda su vida a reír bajo los golpes de los palos.

Valia, con una franqueza que a él mismo le asustó, dijo tímidamente:

—No.

—¿No? ¡Y yo que te había comprado juguetes! Mira allí, en la ventana.

Valia se acercó a la ventana y se puso a examinar los juguetes. Había miserables caballos de cartón con piernas feas y gruesas; un clown con un gorro encarnado, gran nariz, y cara atontada y sonriente; delgados soldados de plomo que, habiendo levantado una pierna, quedaron en esta postura para siempre.

Hacía mucho tiempo que Valia no se divertía con juguetes: le eran completamente indiferentes; pero, por cortesía, no lo dió a entender su madre.

—Sí, son bonitos esos juguetes.

Pero ella había notado la mirada que el niño había dirigido a la ventana, y le dijo, con la misma sonrisa desagradable y falsa:

—Ya ves, querido mío; yo no sabía lo que te gustaba. Además hacía ya mucho tiempo que te los había comprado.

Valia calló no sabiendo qué responder.

—¡Estoy sola, Valia; sola en el mundo! No tengo a nadie a quien pedir consejo... Creí que te gustarían.

Valia seguía callado. De pronto ella se echó a llorar con lágrimas ardientes que se precipitaban unas tras otras y se arrojó sobre la cama, que produjo un ruido lastimero. Por debajo de su falda se veía un pie calzado con una bota grande y usada. Apretándose con una mano el pecho y las sienes con la otra fijaba una mirada triste y repetía sin cesar:

—¡No le ha gustado! ¡No le ha gustado!

Valia con paso firme se acercó al lecho, puso su manita roja sobre la gran cabeza huesosa de su madre y dijo, con el aire grave habitual en él:

—¡No llores, mamá! Yo te querré mucho. Los juguetes no me interesan; pero te querré mucho. Voy a leerte la historia de la

pobrecita hada del mar, ¿quieres?...

# BRIBON

## I

No pertenecía a nadie. No tenía nombre y nadie podía decir dónde pasaba el largo invierno ni de qué se alimentaba. Cuando quería aproximarse a las casas otros perros hambrientos como él, pero orgullosos de pertenecer a aquellas casas, le expulsaban sin piedad. Cuando empujado por el hambre o por la necesidad instintiva de encontrarse entre seres vivientes hacía su aparición en la calle los chicos le tiraban palos y piedras y las personas mayores le perseguían con gritos de maldad y silbidos terribles. Presa de terror corría de un lado para otro, tropezaba contra las vallas y contra los hombres; por fin llegaba al extremo de la aldea y se escondía en un jardín desierto, en un rincón que él sólo conocía. Allí lamía con su lengua las heridas recibidas, y su miedo, su desconfianza de los hombres iba en aumento constante.

Una sola vez le habían demostrado piedad. Era un aldeano borracho que acababa de abandonar la taberna. Amaba y perdonaba a todo el mundo y balbuceaba algo de las personas de buen corazón. Se apiadó de la suerte del pobre perro, sobre el cual había caído su mirada por casualidad.

—¡Chucho!—le llamó, aplicándole el nombre que se da a todos los perros—. ¡Ven acá, chucho; no tengas miedo!

El perro tenía muchas ganas de acercarse, daba señales de cariño con su cola, pero no se atrevía.

—¡Ven acá, ea, tonto! ¡A fe mía que no te haré daño!

Pero en tanto que el perro, vacilante y acelerando el balanceo de su cola, se acercaba a pasitos cortos el humor del borracho cambió súbitamente. Recordó todo el mal que le habían hecho las personas de bien y sintió disgusto y cólera. Y cuando el perro se prosternó ante él sobre el lomo le dió un fuerte puntapié en las costillas.

—¡Largo de aquí, cochino animal!

El perro lanzó un aullido provocado más bien por la sorpresa y por la decepción que por el dolor. El campesino, tambaleándose, se fué a su casa; allí pegó cruelmente y por largo rato a su mujer e hizo pedazos la toquilla nueva que le había regalado la semana pasada.

Desde aquel día el perro desconfiaba de los hombres que manifestaban deseos de acariciarle, y con el rabo entre piernas huía a todo correr. A veces hasta intentaba morder y había que echarle a palos o a pedradas.

Durante el último invierno se instaló bajo la terraza de una casa de campo desierta que no tenía guarda, y él mismo se convirtió en guarda voluntario: por la noche se ponía delante de la casa y ladraba con todas sus fuerzas. Luego se echaba bajo la terraza y gruñía furiosamente, pero en este gruñido se notaba satisfacción y orgullo de sí mismo.

La noche de invierno era terriblemente larga. Las negras ventanas de la casa desierta miraban tristemente al jardín inmóvil cubierto de nieve y de hielo. A veces una lucecita azul se reflejaba en las ventanas: era una estrella descendente o un rayo de Luna que caían sobre los cristales.

## II

Cuando llegó la primavera la casa desierta se llenó de repente de



ruidos, de crujir de pies. Unos hombres llevaron pesados muebles. Una muchedumbre de inquilinos: hombres, mujeres y niños había venido de la ciudad vecina para pasar allí el verano. Embriagados de aire, de calor y de sol gritaban, cantaban, reían.

Con quien primero hizo conocimiento el perro fué con una hermosa muchacha vestida con traje de colegiala. Había venido a ver el jardín. Llena de impaciencia y de alegría, con el deseo de besar ávidamente todo lo que veía a su alrededor, admiró un instante el cielo azul, las ramas rojizas de los cerezos y se echó sobre la hierba, vuelta la cara al Sol ardiente. Después saltó nuevamente sobre sus piernas, y abrazándose a sí misma, besando el aire primaveral, gritó extasiada:

—¡Dios mío, qué bello es esto!

Dicho esto se puso a dar vueltas vertiginosas al rededor de sí misma. En el mismo instante el perro, que sin hacer ruido se había acercado a la muchacha, asió furiosamente el extremo de su vestido, lo sacudió y, siempre sin hacer ruido, echó a correr por los espesos setos de frambuesa.

—¡Un perro malo!—gritó la muchacha huyendo.

Se oyeron aún largo rato sus gritos de espanto:

—¡Mamá! ¡Niños, no vayáis al jardín! ¡Hay un perro grandísimo y muy malo!

Cuando cayó la noche el perro se acercó sin hacer ruido a la casa dormida y se echó bajo la terraza. Allí olía a hombres. Por las ventanas abiertas se oía su respiración. Dormía, nada había que temer de ellos; y el perro hacía guardia celosamente con un ojo abierto, estirando al menor ruido su cabeza con dos ojos que brillaban como chispas en la noche negra. La noche primaveral estaba llena de ruidos inquietantes: algo se movía en la hierba muy cerca del perro. Una rama se meneaba bajo el peso de un pájaro dormido. Por el camino aplastando la arena pasaban unas carretas. A su alrededor, en el aire inmóvil, se expandía el fuerte olor del heno fresco.

Las personas que se habían instalado en la casa eran muy buenas. El estar ahora lejos de la ciudad respirando el aire del campo, viendo los colores vivos de la primavera los hacía más

buenas aún. El sol, al penetrar en ellos con su calor, salía convertido en risas y cariño para todos los seres vivientes.

Primeramente quisieron echar de allí al perro que los había asustado tanto, y hasta matarle de un tiro de revólver si no se iba por su voluntad; pero pronto se habituaron a oír sus ladridos en la noche, y a veces, por la mañana, se preguntaban:

—¿Dónde está ese *Bribón*?

Este era ya su nombre. A veces veían de día al perro entre los setos; pero él corría con desconfianza, huyendo de una mano que le echaba pan, como si en vez de pan fuera una piedra.

Poco a poco se acostumbraron a *Bribón*. Los hombres le llamaban «nuestro perro» y se reían de su carácter salvaje y de su miedo, que no tenía ninguna razón de ser. Cada día *Bribón* disminuía un poco la distancia que le había separado de los hombres. Comenzó a reconocerlos, a distinguirlos unos de otros y se adaptó a sus hábitos. Media hora antes de que se sentaran a la mesa se ponía de guardia cerca de la casa esperando que se le echara algo de comer y meneando la cola. La colegiala Lelia le perdonó la injuria y le introdujo en el círculo de aquellas gentes felices que disfrutaban del descanso.

—¡*Briboncito*, ven aquí!—llamaba al perro—. ¡No tengas miedo, chiquitín mío, ven! ¡Pero ven, ea! ¿Quieres azúcar? ¡Voy a dártela! ¡Vaya, ven!

Pero el perro no se atrevía: tenía miedo. Y con precauciones infinitas, pronunciando las palabras más dulces posibles en una bella muchacha de voz melodiosa, Lelia se acercaba al perro con miedo de que la mordiera.

—¡Que te quiero, *Briboncito*, que te quiero mucho! Tienes una naricita bonita y ojos muy expresivos. Haces mal en desconfiar de mí, *Briboncito*.

Las cejas de Lelia se levantaron. También ella tenía una naricita bonita y ojos tan expresivos que el sol había hecho muy bien en cubrir de cálidos besos todo su rostro, joven, resplandeciente, de una belleza ingenua.

Y *Bribón*, por segunda vez en su vida, se echó sobre el lomo y cerró los ojos, no estando cierto de si le iban a acariciar o a pegar.

Pero le acariciaron. Una manita cálida tocó ligeramente su cabeza y luego se puso a acariciar valerosamente todo su cuerpo.

—¡Mamá, niños, mirad, estoy acariciando a *Bribón*!—gritó Lelia.

Cuando los niños corrieron alborotados, agitados y confiados como gotas de mercurio, *Bribón* esperaba con angustia; sabía bien que si le pegaban no tendría ya fuerza para morder porque le habían despojado de su maldad irreconciliable. Y cuando todos comenzaron a acariciarle temblaba su cuerpo, y las caricias a que no estaba habituado le hacían casi tanto daño como le hubieran hecho los golpes.



*Bribón* estaba satisfecho con toda su alma de perro. Tenía un nombre, al oír el cual corría a todo correr desde los setos. Perteneecía a hombres y podía servirlos. ¿No era esto bastante para hacer feliz a un perro?

Acostumbrado a la moderación, gracias a sus años de vida vagabunda y llena de miserias, comía muy poco; pero aun así pronto estuvo desconocido; su pelo largo, que antes le caía sobre el cuerpo en sucios mechones, llenos de barro en el vientre, estaba ahora limpio, negro y liso como el terciopelo. Y cuando se ponía delante de la casa examinando gravemente la calle con la mirada a nadie se le ocurría hacerle rabiarse o tirarle una piedra.

Pero él no tenía aquel orgullo y aquel aire independiente mas que cuando se encontraba solo. El fuego de las caricias no había conseguido aún evaporar completamente el miedo de su corazón, y cerca de los hombres no se sentía a gusto y esperaba que le pegaran. Durante mucho tiempo toda caricia fué para él una sorpresa, un milagro que no podía comprender. El mismo no sabía

hacer caricias. Otros perros, para expresar sus sentimientos, sabían ponerse de pie sobre las patas traseras, restregarse en las piernas de los hombres, hasta sonreír; pero él no sabía.

Lo único que sabía era echarse sobre el lomo, cerrar los ojos y lanzar pequeños gemidos. Pero esto era demasiado poco e insuficiente para expresar su entusiasmo, su reconocimiento y su amor. Al fin tuvo una inspiración: imitando quizá a otros perros comenzó a saltar pesadamente, a dar vueltas alrededor de sí mismo, y su cuerpo, siempre tan alerta e inmóvil, se hizo pesado, torpe y chusco.

—¡Mamá, niños! ¡Mirad: *Briboncito* está jugando!—gritó Lelia, y ahogándose de risa decía:

—¡Otra vez, *Briboncito*! ¡Sigue! ¡Eso es, así!...

Todos acudieron corriendo y se retorcían de risa mientras *Bribón* daba vueltas como una peonza, caía y sus ojos conservaban la expresión implorante. Los niños, para provocar aquellos risibles movimientos, le acariciaban como antes se le pegaba para provocar su miedo. Alguno de los niños, y aun de los mayores, le gritaba incesantemente:

—¡*Bribón*! ¡*Briboncito*! ¡Juega otro poco, anda!

Y él jugaba con gran alegría de los espectadores que reían ruidosamente. Estaban muy contentos con él y se quejaban solamente de que *Bribón* no quisiera hacer valer sus talentos ante las otras personas que acudían a la casa: cuando veía venir a alguien que no era de la familia corría al jardín o se escondía bajo la terraza.

Poco a poco se fué acostumbrando a no preocuparse del alimento; estaba cierto de que a la hora precisa la cocinera le daría de comer, y permanecía esperando en su sitio, bajo la terraza. Ahora él mismo buscaba las caricias. Se había puesto un poco pesado, no le gustaba hacer viajes largos, y cuando los niños le invitaban a acompañarlos al bosque movía diplomáticamente la cola y desaparecía sin que lo notaran. Pero por la noche llenaba concienzudamente sus deberes de guardián y ladraba furiosamente.

## IV

Pronto llegó el otoño. Lloraba el cielo con lluvias frecuentes. Las casas de campo iban quedando de desiertas, como extinguidas por la lluvia y el viento.

—¿Qué hacer de *Bribón*?—preguntó pensativa Lelia.

Estaba sentada, teniendo enlazadas con sus manos las rodillas, y miraba tristemente por la ventana, por la que corrían las gotas de la lluvia que acaba de comenzar.

—¿Qué postura es esa, Lelia? Siéntate como es debido—dijo la madre, y añadió—: En cuanto a *Bribón* tendremos que dejarlo aquí.

—¡Pobrecito!

—¡Qué se va a hacer! En la ciudad no tenemos patio y no se puede tener al perro en las habitaciones.

—¡Pobrecito!—repitió Lelia a punto de llorar.

Sus cejas negras se levantaron como las alas de una golondrina que va a echar a volar. Mamá dijo:

—Nuestros amigos los Dogayev me han prometido hace mucho tiempo un perrito precioso que sabe hacer una porción de juegos, mientras que *Bribón* no sabe nada.

—¡Pobrecito!—repitió Lelia, pero renunció a la idea de llorar.

De nuevo llegaron hombres desconocidos y llenaron de ruidos numerosos la casa. Se hablaba muy poco y no se reía en absoluto. Asustado de aquellos hombres, presintiendo alguna desgracia, *Bribón* huyó a la extremidad del jardín, y desde allí, a través de los setos, miraba fijamente lo que pasaba sobre la terraza y junto a la casa.

—¿Estés aquí, mi pobre *Bribón*?—dijo Lelia acercándose a él.

Estaba vestida de viaje, con el vestido oscuro que él había desgarrado por un extremo, y con una blusa negra.

—¡Ven conmigo!

Llegaron al camino. La lluvia tan pronto cesaba como volvía a empezar y todo el espacio entre la tierra ennegrecida y el cielo

estaba lleno de nubes flotantes. Desde abajo se veía bien hasta qué punto eran esas nubes pesadas e impenetrables a la luz por el agua de que estaban henchidas. El pobre Sol debía aburrirse mucho detrás de aquel espeso muro.

A la izquierda del camino se extendía un campo negro. En el horizonte, que parecía tocarse, se veían grupos aislados de árboles y breñas. A poca distancia había una taberna cubierta con un techo de hierro. Cerca de la taberna un grupo de hombres hacía rabiar al idiota del pueblo.

—¡Dadme un copek!—pedía con voz lastimera.

—¿Y no quieres partir leña?—le respondían burlándose de él.

Se enfadaba y los otros se reían sin gana.

Un rayo de Sol atravesó las nubes; era un rayo amarillo y anémico como si el Sol estuviera gravemente enfermo. Todo lo envolvía la tristeza de otoño.

—¡Esto es aburrido, mi pobre *Bribón*!—dijo Lelia, y sin mirar atrás volvió sobre sus pasos.

Hasta que estuvo en la estación no se acordó de que no se había despedido de *Bribón*.

## V

*Bribón* corrió mucho tiempo en busca de la gente, llegó hasta la estación y sucio y mojado volvió a la casa desierta. Allí hizo un nuevo juego que no pudo ver nadie: subió por primera vez a la terraza, y enderezándose sobre sus patas traseras miró la casa por la puerta de cristales y aun la arañó con su pata. Pero la casa estaba vacía y nadie le respondió.

Caía una fuerte lluvia. Las tinieblas de otoño descendían sobre la tierra. Llenaron rápidamente la casa desierta, saliendo sin ruido de

la maleza y cayendo con la lluvia del cielo sombrío. En la terraza, de donde se había quitado el toldo, lo que la hacía más vasta y extrañamente vacía, la luz se resitió algún tiempo en su lucha contra las tinieblas, iluminando las huellas de los pies sucios; pero pronto la luz cedió.

Llegó la noche.

Y cuando ya no quedaba duda de que todo estaba negro y desierto, el perro lanzó un largo gemido quejumbroso. En el ruido monótono y melancólico de la lluvia añadió una nota lúgubre, y desesperada que penetró en las tinieblas y se extendió por el campo negro y desnudo.

El perro aullaba metódicamente, con insistencia, con la tranquilidad de la desesperación. Quien le hubiera oído habría podido creer que era la negra noche misma quien lloraba la luz extinguida y habría sentido un profundo deseo de estar al calor, cerca del fuego, teniendo estrechamente abrazada contra su corazón a una mujer amada.

El perro seguía ladrando.

## EL GIGANTE

—... Ha venido el gigante, el gigante grande, grande. ¡Tan grande, tan grande! ¡Y tan tonto ese gigante! Tiene manos enormes con dedos muy gruesos, y sus pies son tan enormes y gordos como árboles. ¡Muy gordos, muy gordos! Ha venido y... se ha caído. ¿Sabes? ¡Se cayó! ¡Tropezó contra un escalón y se cayó! Es tan bruto el gigante, tan tonto... De repente va y se cayó. Abrió la boca... y se quedó en el suelo, tonto como un deshollinador. ¿A qué has venido aquí, gigante? ¡Vete, vete de aquí, gigante! ¡Mi Pepín es tan dulce y tan gentil!... ¡Se abraza tan lindamente a su mamá, contra el corazón de su mamá! ¡Es tan bueno y tan dulce! Sus ojos son tan dulces y tan claros que le quiere todo el mundo. Tiene una naricita muy mona y no hace tonterías. Antes corría, gritaba, montaba a caballo, un bonito caballo grande con su cola. Pepín monta a caballo y se va lejos, lejos, al bosque, al río. Y en el río, ¿no lo sabes, gigante?, hay pececitos. No, tú no lo sabes porque eres un bruto, pero Pepín lo sabe. ¡Pececitos bellos! El Sol ilumina el agua y los pececitos juegan, ¡tan bellos, tan listos y ligeros! Sí, gigante, bruto, que no sabes nada...

—¡Qué tonto de gigante! Vino y... se cayó. ¡Qué tonto es! Subía la escalera y de repente, ¡pam!, se cayó. ¡Ah qué bruto es! No tiene por qué venir aquí el gigante; no le hemos invitado. Antes Pepín hacía travesuras, pero ahora ¡es tan dulce, tan bueno, y mamá le ama tan tiernamente! Le ama tanto... más que al mundo entero, más que a sí misma, más que a la vida. Pepín es para su mamá el sol, la felicidad, la alegría. Ahora es muy pequeño y su vida es pequeña, pero después se hará grande como un gigante. Tendrá una gran



barba y unos largos bigotes, y su vida será grande, clara, bella. Será bueno, inteligente y fuerte, como un gigante, ¡tan fuerte y tan inteligente! Y todo el mundo le querrá, le admirará. Tendrá en su vida penas, porque todo el mundo tiene penas, pero conocerá también grandes alegrías, claras como el sol. Entrará en la vida bello e inteligente, y el cielo azul estará suspendido sobre su cabeza, y los pájaros le cantarán sus mejores canciones, y el agua le murmurará cariñosa. Y mi Pepín mirará a su alrededor y dirá: «¡Qué bella es la vida!»

—¡Ya... ya!... No, es imposible; te tengo bien fuerte, querido chiquitín mío. ¿No te da miedo la obscuridad? Mira, se ve la luz por la ventana: es el farol de la calle, que nos ilumina. ¡Es tan tonto ese farol! ¡Se está derecho y ilumina! También a nosotros nos da un poco de luz. Se dice él: «¡Vaya, no hay luz en esa casa, los voy a iluminar un poco!» ¡Es tan tonto ese alto farol! Mañana nos iluminará también. Mañana... ¡Dios mío, Dios mío!

—Sí, sí... El gigante... Naturalmente... ¡Es tan grande! Más alto que el farol y que el campanario. Y vino y... ¡se cayó! ¡Ah qué tonto eres, gigante! ¿Es que no veías el escalón? «¡Yo miraba a lo alto y no vi el escalón!», responde el gigante con una voz de bajo profundo. «¡Yo miraba a lo alto!» ¡Ah qué bruto eres, gigante! Es mejor mirar abajo: así, hubieras visto el escalón. Mira mi Pepín, gigante; ¡es tan guapo, tan inteligente! Será todavía más grande que tú. Dará unos pasos enormes. Caminará a través de la ciudad, sobre los bosques y las montañas. Será fuerte y valiente y no temerá nada, absolutamente nada. Caminará a través de los ríos. Todos le mirarán con la boca abierta, tan tontos, y él caminará a través de los ríos. Su vida será tan grande, tan clara y tan bella, y el sol brillará sobre su cabeza, el dulce sol, tan bonito. Desde la mañana brillará el dulce sol... ¡Dios mío, Dios mío!...

—Ya... Vino el gigante y... ¡se cayó! ¡Qué tonto es ese gigante, Dios mío, qué tonto es!...

Así, en la noche profunda, hablaba la madre, estrechando contra su corazón a su hijo moribundo. Paseaba con él a través de la habitación iluminada débilmente por el farol, y hablaba sin cesar. Y en la habitación de al lado se oía llorar al padre del niño.

# EL ABISMO

## I

El día tocaba a su fin. Caminaban los dos sin dejar de hablar y habían perdido la noción del tiempo y del camino. Ante ellos, sobre una colina, había un bosquecillo. El Sol, pasando entre las hojas, parecía un ascua que doraba el polvo. Estaba tan próximo y era tan vivo que todo parecía haberse desvanecido alrededor; no se veía más que a él. Su luz ardiente hacía daño a los ojos. Ellos retrocedieron en su camino. Todo se extinguió de pronto y ahora se veía más neto, más claro y más tranquilo. A lo lejos, poco más de un kilómetro, el ocaso rojo caía sobre el alto tronco de un pino y ardía en el follaje como una bujía en un cuarto oscuro. El camino estaba velado de rojo y cada piedra proyectaba una larga sombra negra.

La hermosa cabellera rubia de la muchacha, clareada por los rayos del Sol, parecía una corona de oro. Un cabello fino y rizado se balanceaba en el aire como un dorado hilo de araña.

Ya no se veía claro; pero la conversación continuó, siempre en el mismo tono. Dulce, franca y amistosa se deslizaba como las aguas de un sereno manantial. El tema era la fuerza eterna, la belleza y la inmortalidad del amor.

Ambos era muy jóvenes aún: ella no tenía más que diez y siete años; él, Niemovetsky, tenía cuatro años más, y los dos llevaban el

uniforme de colegiales: ella, un sencillo vestido gris, del Liceo; él, un bonito traje de estudiante de la Escuela Politécnica.

Como el tema mismo de su conversación, todo era en ellos joven, bello y puro: sus talles esbeltos y flexibles como a merced del aire, sus pasos ligeros, sus voces frescas dulces y soñadoras. Hasta cuando hablaban de las cosas más simples sus voces parecían un arroyo en noche serena de primavera cuando la nieve no ha desaparecido aún del todo en los campos oscuros.

Siguieron el camino sin saber adónde los conducía, proyectando en la tierra dos largas sombras, que tan pronto se aminoraban como se confundían en una sola sombra larga como la de un álamo. Absortos en la conversación no veían sus sombras. El joven miraba sin cesar el bello rostro de la muchacha iluminado por los lindos colores tiernos del Sol poniente. Ella, con la cabeza ligeramente baja, miraba al suelo, empujando las piedrecillas con su sombrilla y contemplando la punta de su pequeña botina, que suavemente pisaba la tierra.

Un canalillo con los bordes derruídos, lleno de polvo se interpuso en su camino, y ambos se detuvieron. Zina levantó la cabeza, y mirando a su alrededor con ojos velados preguntó:

—¿Sabe usted dónde estamos? Yo nunca he estado aquí.

El examinó aquel lugar con atención.

—Sí, lo sé. Allí, detrás de aquella colina está la ciudad. Déme su mano, voy a ayudarla a saltar.

Tendió su mano, pequeña y blanca como la de una muchacha. Zina, llena de alegría, hubiera querido saltar sola por encima del canalillo, correr como una chicuela gritando: «¡A que no me pillas!», pero no se atrevió. Con una inclinación grave de reconocimiento bajó la cabeza, tendiéndole tímidamente la mano, que conservaba aún las formas tiernas de una mano de niño. El hubiera querido apretar muy fuerte aquella manita temblorosa, pero no se atrevió tampoco y se limitó a tender la suya inclinándose respetuosamente y desviando modestamente la mirada cuando la muchacha al subir dejó entrever su pierna.

Continuaron andando y hablando; pero no podían olvidar el dulce momento en que sus manos se habían tocado. Ella sentía aún el calor de su palma y de sus fuertes dedos; esto le era muy agradable

y al mismo tiempo molesto; él sentíase feliz por haber tocado la piel fina de aquella manita y haber visto la silueta negra de aquel zapatito que tan gentilmente calzaba su pie diminuto.

Había algo turbador en todo aquello; pero, por un esfuerzo inconsciente de voluntad, él sabía dominar aquella sensación.

Estaba muy alegre y era tan feliz que tenía ganas de cantar, de tender al cielo los brazos y de gritar a la muchacha: «¡Corra usted, que la voy a pillar!...»; esta antigua fórmula del amor primitivo en medio de los bosques y de las ruidosas cascadas. Tenía casi ganas de llorar de felicidad. Sus largas sombras extrañas desaparecieron, el polvo de la atmósfera se hizo gris y frío; pero ellos no notaron estos cambios. Los dos habían leído buenos libros, y las imágenes de gentes que amaban, sufrían y perecían en nombre del amor puro e ideal pasaban ante sus ojos. Recordaron trozos de poesías leídas en otros tiempos, poesías que cantaban el amor, llenas de armonía y de dulce tristeza.

—¿No recuerda usted de quién son estos versos?—preguntó Niemovetsky rebuscando en su memoria:

«Y aquella a quien yo amo está de nuevo  
cerca de mí y aun no sospecha nada,  
ni la inmensidad de mi tristeza,  
ni mi ternura, ni mi amor,  
del que jamás le hablé...»

—No—respondió Zina.

Y repitió melancólicamente las últimas palabras de la poesía:

«de mi tristeza,  
ni mi ternura, ni mi amor...»

—«Ni mi amor»—exclamó involuntariamente, como un eco, Niemovetsky.

Y continuaron evocando las jóvenes puras y blancas como azucenas, vestidas con negras ropas de monja, que vivían una vida aislada en la tristeza de los parques llenos de hojas secas en otoño y que amaban su tristeza; evocando hombres soberbios, enérgicos, pero que sufrían soñando en el amor y en el tierno afecto de la mujer. Las imágenes que evocaban en su memoria eran tristes; pero en esta tristeza el amor aparecía más claro, más puro. Inmensa como el universo, luminoso como el Sol, bello y divino como arte esplendoroso, nada había en el mundo ni más fuerte ni más bello.

—¿Sería usted capaz de morir por la que amara?—preguntó Zina mirándose su pequeña mano casi infantil.

—Sí, no tengo ninguna duda—respondió él con firmeza mirándola con ojos francos y sinceros—. ¿Y usted?

—Yo también.

Quedó pensativa.

—Tiene usted un hilo en la americana—dijo ella levantando su mano hacia el hombro de él y quitándole con mucha precaución el hilo—. Aquí está—dijo poniéndose seria, y preguntó—: ¿Por qué está usted tan pálido y tan delgado? Trabaja usted mucho, ¿no es verdad? No hay que cansarse tanto.

—Tiene usted los ojos azules con unos puntitos claros como chispitas—respondió él mirándola a los ojos.

—Y los de usted son negros. No, más bien son oscuros, cálidos, con...

No acabó su pensamiento y volvió la cabeza. Su rostro enrojeció lentamente y sus ojos tomaron una expresión tímida, confusa. Una ligera sonrisa entreabrió sus labios.

Niemovetsky experimentaba un sentimiento muy agradable y sonrió también. Ella dió algunos pasos hacia adelante y se detuvo en seguida.

—Mire usted, el Sol se ha puesto—indicó con extrañeza.

—Es verdad—dijo él con una tristeza profunda.

La luz se había extinguido, habían desaparecido las sombras y todo había cambiado alrededor, tornándose pálido, silencioso y muy triste. El cielo puro y azul, de donde acababa de desaparecer el Sol deslumbrador, se iba cubriendo poco a poco de nubes sombrías. Flotaban, se entrechocaban, cambiaban lentamente sus formas, pareciéndose a monstruos despertados que avanzaran sin quererlo, como perseguidos por una fuerza misteriosa y terrible. Una nubecita clara y ligera se había separado del amontonamiento y revoloteaba tímida y débil.

## II

Zina estaba pálida, con los labios muy rojos; sus pupilas se habían ensanchado, dando un aspecto sombrío a sus ojos claros. Susurró dulcemente:

—Tengo miedo. Está tan silencioso todo esto... Nos hemos extraviado.

Niemovetsky frunció las cejas y examinó con angustia el sitio donde estaban.

La noche, cayendo, hacía más inefable y frío todo lo que los rodeaba. No se veía más que el campo frío cubierto de menuda hierba pisoteada, barrancos de arcilla, colmas y abismos. Había sobre todo precipicios muy profundos junto a otros pequeños cubiertos de hierbas trepadoras. Había mucha obscuridad adentro, y el no estar a aquella hora la gente que durante el día trabajaba en ellos hacía más desierto y más triste aún aquel lugar. A los lados, acá y allá, se distinguían en la noche jirones azules de la fría niebla de los bosquecillos que parecían prestar oído a los precipicios lúgubres para escuchar lo que les contaban.

Niemovetsky dominó el sentimiento penoso y confuso de la inquietud y dijo:

—No, no nos hemos extraviado. Conozco el camino. Iremos primero por el campo y después a través de aquel bosquecillo. ¿Tiene usted miedo?

Ella sonrió y respondió animosamente:

—No, ahora ya no le tengo; pero tenemos que darnos prisa para tomar el te.

Empezaron a caminar, primero rápida y resueltamente; pero pronto acertaron el paso. Sentían a su alrededor la penosa hostilidad del campo pisoteado como si los observaran miles de ojos sombríos e inmóviles; este sentimiento los acercó el uno al otro, trayendo a su memoria recuerdos de la infancia.

Eran bellos recuerdos iluminados por el sol entre las hojas, recuerdos de amor y de risa. Más que a la vida aquello se parecía a una canción dulce y majestuosa compuesta de dos notas nada más: una sonora y pura como el cristal y la otra un poco más baja pero más limpia, como una campanilla.

De pronto vieron figuras humanas. Dos mujeres estaban sentadas al borde de un profundo precipicio de arcilla; una de ellas, con las piernas cruzadas, miraba atentamente hacia abajo; su pañuelo se levantaba sobre la cabeza y dejaba ver sus cabellos mal peinados; la curva de la espalda hacía subir el corpiño, muy sucio, con flores grandes como manzanas. Ni siquiera miró del lado de los que pasaban. La otra mujer, muy cerca de la primera, estaba casi tumbada, con la cabeza hacia atrás. Su cara era grotesca y ancha, de rasgos masculinos; dos manchas rojas y hundidas, que parecían arañazos recientes, se destabacan claramente sobre los carrillos. Estaba aún más sucia que la primera y miró a los dos jóvenes con una mirada impasible. Cuando hubieron pasado se puso a cantar con una gruesa voz de hombre:

«Para ti solo, mi amor,  
me he abierto como una flor.»

—¿Oyes, Bárbara?—dijo dirigiéndose a su amiga silenciosa, sin obtener respuesta, y se echó a reír grotescamente.

Niemovetsky conocía mujeres como aquéllas, sucias hasta cuando están rica y elegantemente vestidas; apenas las miró, sin que le sorprendiera verlas allí. Pero Zina, que casi las había rozado con su modesto vestido oscuro, tuvo para ellas un sentimiento malo, casi hostil. Pronto se disipó esta impresión, como la sombra de una nube que pasa rápidamente por encima del campo dorado; y cuando junto a ellos pasaron, adelantándolos, dos hombres, uno con una gorra en la cabeza y el otro con una chaqueta, pero descalzos, y una mujer sucia también como ellos, Zina, a pesar de haberlos visto, no puso atención en ello. Sin darse cuenta siguió largo rato a la mujer con la mirada, extrañándose de ver su vestido ligero casi pegado a las piernas como si estuviera mojado, y una gran mancha de barro grasiento que se destacaba en los bajos de la falda. Había algo de inquietante, de penoso y desesperante en el bamboleo de aquella ligera falda sucia.

Siguieron andando y hablando. La nube, arrojando sobre el campo una leve sombra, los seguía lentamente por el cielo. Los bordes inflados de las nubes sombrías se distinguían apenas por sus manchas de un amarillo claro. Las tinieblas se acercaban lentas e imperceptibles. Diríase que aun era de día, pero que el día se estaba muriendo dulcemente.

Hablaron de sueños y de los sentimientos que el hombre experimenta en una noche de insomnio, cuando no le distrae nada, cuando las misteriosas tinieblas de ojos innumerables se abaten sobre su misma faz.

—¿Puede usted figurarse el infinito?—preguntó Zina tocándose la frente con su mano y medio cerrando los ojos.

—¡Por completo!—respondió él repitiendo la palabra «infinito» y cerrando los ojos a su vez.

—Pues yo le veo algunas veces. Esto me ocurrió la primera vez siendo muy pequeña todavía. Era como una hilera de carretas que se siguen, la una a la otra, muy larga, muy larga, sin fin. ¡Es horrible! Tuvo un escalofrío.

—¿Y por qué carretas y no otra cosa?—dijo él sonriendo y sintiendo un malestar por aquella comparación.

—¡No sé!

Las tinieblas se hicieron más negras; la nube ha pasado sobre sus rostros pálidos y abatidos. Ahora se veían con más frecuencia siluetas sombrías de mujeres sucias y harapientas, como si los precipicios las arrojaran a la superficie. Ya se veía una, ya grupos de dos o tres mujeres. Se oían voces que retumbaban en el aire silencioso.

—¿Qué mujeres son ésas? ¿De dónde vienen?— preguntó Zina con voz dulce y medrosa.

Niemovetsky sabía lo que eran aquellas mujeres y tenía no poco susto adivinando que se encontraban en algún mal lugar muy peligroso. Sin embargo respondió con gran tranquilidad:

—No sé nada... Sea lo que sea más vale no hablar de ello. No tenemos ya mas que atravesar aquel bosquecillo; detrás están las barreras de la ciudad. ¡Es un fastidio que hayamos salido tan tarde!

Ella sonrió recordando que estaban paseando desde las cuatro. Pero viendo sus cejas fruncidas propuso que anduvieran más de



prisa, procurando tranquilizarle.

—Tengo sed. El bosquecillo no está lejos. Vamos de prisa.

Cuando entraron en el bosque y se hallaron bajo los arcos silenciosos que formaban los árboles con sus copas la noche era más sombría, pero más serena.

—Déme usted su mano—dijo Niemovetsky.

Ella le dió tímidamente su mano, y este ligero movimiento pareció, disipar los crepúsculos. Sus manos estaban inmóviles y no se apretaban. Zina trató de alejarse un poco de su compañero; pero todos sus pensamientos estaban absortos en la sensación de aquel sitio donde se tocaban sus manos. Y de nuevo tuvieron deseos de hablar de la belleza, de la misteriosa fuerza del amor; pero de hablar sin palabras, nada más que con las miradas para no romper el silencio. Querían mirarse, pero no se atrevían.

—¡Todavía hay gente aquí!—dijo alegremente Zina.

### III

En un calvero donde había más claridad veíanse tres hombres sentados alrededor de una botella vacía guardando silencio; espiaban a los que pasaban. Uno de ellos, rasurado como un actor, se echó a reír y a silbar de una manera provocativa, como diciendo: «¡Toma, toma!» Niemovetsky sintió su corazón oprimido por la angustia; pero siguió derecho el sendero, que pasaba precisamente al lado de aquellos hombres misteriosos. Estos esperaron; tres pares de ojos miraron en la obscuridad inmóviles y hostiles. Y sintiendo en sí un vago deseo de atraerse las simpatías de aquellas gentes taciturnas y harapientas, cuyo silencio estaba preñado de amenazas, deseando hacerles comprender su impotencia y despertar en ellos la compasión, les preguntó:

—¿Es éste el sendero que conduce a la ciudad?

Pero no respondieron. El rasurado silbó de una manera rara, burlona; los otros dos miraron con una mirada sombría, amenazadora y fija. Estaban borrachos, malintencionados, sedientos de amor y destrucción. Uno de los hombres, de carrillos rojos, hinchados, se alzó sobre sus codos; luego, torpemente, como un oso al apoyarse sobre sus patas, se puso en pie respirando con dificultad. Sus camaradas le dirigieron una mirada rápida y en seguida se volvieron todos hacia Zina mirándola con fijeza.

—Tengo mucho miedo—dijo ella muy bajo.

Niemovetsky se pudo percatar de ello por el modo de agarrarse a su brazo. Procurando aparentar tranquilidad y sintiendo la fatalidad de lo que iba a pasar echó a andar con largos y firmes pasos. Sentía sobre su espalda tres pares de ojos. Le acometió al principio la idea de correr, pero comprendió que sería inútil.

—¡Y esto es un caballero!—dijo con menosprecio.

El tercero del grupo era calvo y tenía una barba roja.

—El no vale nada, pero la señorita no está del todo mal, a fe mía. Es un buen bocado.

Los tres se echaron a reír con una risa falsa y descortés.

—¡Permítame usted, señor! ¡Nada más que dos palabras!—dijo el más alto con voz de bajo mirando a sus camaradas.

Los otros se levantaron.

Niemovetsky siguió andando sin volverse.

—¡Hay que contestar cuando se pregunta!—dijo el rojo severamente—. Por lo menos cuando no quiere uno que le rompan el alma.

—¿Lo has oído?—gritó el calvo lanzándose hacia ellos como un loco.

Una mano fuerte asió el hombro de Niemovetsky y le sacudió. Al volver la cabeza vió muy cerca de su cara dos ojos redondos, de una expresión terrible. Estaban tan próximos que parecía que le miraban a través de una lupa; hasta distinguía perfectamente las venículas rojas sobre lo blanco del ojo y el pus amarillo sobre las pestañas. Soltando la mano inmóvil de Zina metió la suya en el bolsillo buscando su portamonedas y balbuceó:

—¿Quieren ustedes dinero?... Aquí está... tengan...

Los ojos redondos tuvieron una expresión de disgusto.

Niemovetsky volvió la cabeza; en este momento el alto echó un paso atrás y le dió un puñetazo debajo de la barba. El golpe fué inesperado. La cabeza de Niemovetsky cayó hacia atrás, chocaron sus dientes; su gorro le tapó primero la cara y luego rodó por tierra. Niemovetsky perdió el equilibrio y cayó de espaldas. Zina, aturdida, echó instintivamente a correr con toda sus fuerzas. El rasurado lanzó un grito agudo y corrió tras la muchacha. Niemovetsky apenas se levantó del suelo recibió otro golpe terrible en la nuca. Era él solo contra dos; solo, tan débil, sin costumbre de luchar; pero no se desanimó: con todas sus fuerzas mordió, arañó las manos de sus adversarios como las mujeres, llorando de rabia en lucha desigual y desesperada.

Pronto se agotaron sus fuerzas. Le levantaron en peso y le llevaron. En los primeros momentos se resistió aún; pero como la cabeza le dolía horriblemente dejó de comprender lo que pasaba a su alrededor y sus brazos se balanceaban a cada paso. La última cosa que vió fué un mechón de barba roja que casi se le metía en la boca; luego, a través de las tinieblas del bosque, la silueta de la pobre joven perseguida por el rasurado. Corría con todas sus fuerzas, silenciosa, sin gritar.

Niemovetsky sintió el vacío a su alrededor; oprimido el corazón rodó hacia abajo como una piedra; su cuerpo chocó contra el suelo y perdió el conocimiento.

Sus dos adversarios, después de haber arrojado a Niemovetsky por el terraplén, permanecieron un momento en lo alto prestando oído a lo que pasaba en el fondo. Pero sus miradas se volvieron hacia el lado del bosque por donde huía Zina. Pronto se oyó un grito terrible, ahogado, de mujer; después fué el silencio.

El alto, furioso, gritó:

—¡Crápula!

Y echó a correr en línea recta a través de las ramas, como un oso.

El rojo le siguió, gritando con voz aguda:

—¡Yo también! ¡Yo también!

Era más débil que el otro y se sofocaba. Durante la lucha había recibido una patada en la rodilla, y el pensamiento de que sería el último en violar a la muchacha, a pesar de haber sido el primero que

tuvo la idea, casi le volvía loco. Se detuvo un instante, se frotó la rodilla con la mano, se sonó con fuerza, metiendo el dedo en la nariz, y echó nuevamente a correr gritando:

—¡Yo también! ¡Yo también!

La nube negra fué desapareciendo poco a poco y la noche, sombría y serena, descendió sobre la tierra escondiendo en sus tinieblas la figura del rojo; no se oían mas que sus breves pasos nerviosos a través del bosque, el ruido de las ramas sacudidas por sus manos y su grito vibrante y lastimero:

—¡Yo también! ¡Yo también!

## IV

Niemovetsky tenía la boca llena de tierra y arena que rechinaba entre sus dientes. Lo primero que sintió al volver en sí fué el olor fuerte de la tierra húmeda. Sentía la cabeza pesada como si estuviera llena de plomo; ni siquiera podía volverla; tenía dolores en todo el cuerpo, especialmente en el hombro izquierdo. Felizmente no le habían roto nada en la lucha. Se sentó y estuvo un buen rato mirando hacia arriba sin poder pensar ni darse cuenta de lo que le pasaba. A través de un matorral de anchas hojas negras, al borde del terreno, se veía el cielo puro: El huracán, que había pasado sin ser seguido de la lluvia, había purificado el aire, que era más seco y más ligero ahora. La Luna, en cuarto creciente con un borde opaco, derramaba desde lo alto del cielo su luz pálida, triste y fría, pues eran sus últimas noches. Los pequeños jirones de nubes empujados por el viento, que aun soplaba muy fuerte allá arriba, pasaban cerca de la Luna sin atreverse a ocultarla. Todo esto hacia el efecto de una noche triste y misteriosa que lloraba sobre la tierra.

Niemovetsky se acordó de pronto de todo lo que había ocurrido; no se atrevió a creerlo; de tal modo era horrible e inverosímil. La

verdad no puede ser tan horrible y tan cruel. El mismo, a aquella hora, en aquel sitio, sentado en la tierra, mirando desde abajo la Luna y las nubes flotantes, no se reconocía; todo era extraño y no se parecía a nada. La primera idea que le vino fué la de que soñaba una pesadilla muy extraordinaria y horrible. Hasta las mujeres que habían encontrado no eran mas que un sueño.

«Esto no es posible», se dijo sacudiendo la cabeza, que le dolía mucho. Buscó su gorra, pero no la encontró. Aquello era un mal presagio. Comprendió de pronto que no se trataba de un sueño, sino de la cruel realidad.

Estupefacto de terror dió un salto, y en un abrir y cerrar de ojos empezó a trepar a lo alto, con el corazón triste y oprimido; pero volvió en seguida a caer cubierto por la tierra móvil. Trepó de nuevo, agarrándose a las ramas flexibles del matorral. Una vez arriba se precipitó hacia adelante sin reflexionar y sin buscar la dirección. Corrió mucho tiempo, dando vueltas bajo los árboles. Después cambió de dirección, yendo hacia el lado opuesto. No prestaba atención a las ramas que le herían en el rostro, y a su espíritu se presentó de nuevo todo como una pesadilla terrible. Le pareció que había vivido ya todo aquello: las tinieblas, las ramas invisibles que le hacían daño. Y siguió corriendo con los ojos cerrados y pensando que todo aquello no era mas que un sueño.

Niemovetsky se detuvo extenuado y se sentó en el suelo. Acordándose de su gorra se dijo:

—Sí, yo soy verdaderamente. Es necesario que me mate; lo sería aunque esto fuera un sueño.

Se levantó de nuevo y echó a correr; luego, reflexionando un poco, acortó el paso, acordándose vagamente del sitio donde se habían arrojado sobre ellos. El bosque estaba muy oscuro; en ciertos momentos un pálido rayo de la Luna aclaraba los troncos blancos de los árboles; pero el bosque parecía estar lleno de personas inmóviles y taciturnas. Todo aquello parecía un sueño.

—¡Zina Nicolaievna!—llamó Niemovetsky en voz alta, alzando más la voz en el primer nombre y pronunciando muy bajo el segundo, como si al oírlo perdiera la esperanza de recibir la respuesta.

Nadie contestó.

De pronto se encontró con la senda, la reconoció y siguió hasta el calvero. Esta vez comprendió bien que todo era verdad. Presa de estupor se puso a gritar:

—¡Zenaida Nicolaievna! ¡Soy yo! ¡Soy yo el que la llama!

Tampoco obtuvo respuesta. Volviéndose del lado donde se figuraba que estaba la ciudad, Niemovetsky gritó con todas sus fuerzas:

—¡Socorro!

Perdió la cabeza y empezó a registrar los matorrales hablándose a sí mismo. De repente vió a sus pies una mancha blanca como la de una luz débil, tendida en tierra.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?—exclamó con voz llorosa. Se puso de rodillas adivinando el terrible drama y buscando a la pobre desventurada. Su mano tocó el cuerpo desnudo: era terso, rígido y frío; pero vivía aún. Retiró la mano instintivamente.

—¡Querida mía! ¡Pobre niña mía! ¡Soy yo!—dijo muy bajo, buscando en la obscuridad el rostro de Zina. Quiso levantarla y de nuevo tocó el cuerpo desnudo. ¡Siempre aquel cuerpo de mujer terso, rígido, un poco más cálido bajo la mano que le tocaba! Rápidamente retiraba su mano un momento; pero otras veces la retenía. Al tocar aquel cuerpo desnudo no podía concebir que perteneciera a Zina, como antes no concebía que él pudiera estar solo en aquel sitio con el traje hecho jirones, sin gorra. Y lo que había pasado, lo que se había hecho con aquel cuerpo de mujer inmóvil se le apareció en toda su realidad espantosa e implacable y con una fuerza increíble y extraña al mismo tiempo estremeciendo todo su ser. Se enderezó con firmeza, fijó una mirada lívida en la mancha blanca que había a sus pies, frunció las cejas como un hombre que reflexiona.

El horror de todo lo que había ocurrido allí se apoderó de su cuerpo y pesó sobre su alma como un pesado fardo imposible de arrojar de sí.

—¡Dios mío, Dios mío!—repetía sin cesar con una voz extrañamente cambiada.

Encontró el corazón de Zina; los latidos eran débiles pero regulares. Se inclinó sobre la muchacha y sintió su débil respiración;

diríase que dormía y no que estaba desmayada. La llamó de nuevo por el diminutivo de su nombre:

—¡Zina, mi Zina, soy yo!

Al pronunciar su nombre sintió súbitamente que le gustaría que no se despertara en seguida. Contenida la respiración, lanzando a su alrededor rápidas miradas, le pasó dulcemente la mano por la mejilla, la besó primero en los ojos cerrados, después en la boca, que entreabrió bajo un beso fuerte. Espantado ante el pensamiento de que pudiera despertarse retrocedió un poquito y permaneció quieto. El cuerpo estaba inmóvil y mudo y en aquel pobre cuerpo desgraciado e inofensivo había algo que inspiraba piedad, que irritaba y atraía al mismo tiempo.

Con mucha ternura y la prudencia medrosa de un ladrón Niemovetsky trató de cubrir el cuerpo con los jirones del vestido de la muchacha; la doble sensación de la tela y del cuerpo desnudo era angustiosa y cortante como un cuchillo e incomprensible como la locura. Se sentía defensor y atacante al mismo tiempo.

En vano buscó un socorro cualquiera implorando al bosque, a las tinieblas; todo permaneció indiferente. Allí había tenido lugar el festival de las bestias hambrientas de amor, y él, rechazado al otro lado de la vida humana, simple y razonable, sentía la pasión loca y bestial de que la atmósfera misma parecía impregnada allí y que le embriagaba.

—¡Soy yo, soy yo!—repetía automáticamente, sin darse cuenta de lo que le rodeaba y acordándose de la lista blanca de la falda y de la bella silueta del piececito lindamente calzado.

Prestó oído a la respiración de la joven, y teniendo los ojos siempre fijos en su rostro avanzó la mano. La separó nuevamente y la avanzó otra vez.

—¡Pero estoy loco!—gritó espantado y se sobre saltó de miedo de sí mismo.

Durante un corto instante vió aún el rostro de la joven; después no lo vió ya. Se esforzaba en convencerse a sí mismo de que aquel cuerpecito pertenecía a Zina, con quien él se había paseado aquella misma noche, a Zina, que le hablaba del infinito; pero ya no pudo más. Aquello era más fuerte que él. Trataba de compenetrarse con el drama horrible que había tenido lugar allí, pero era tan espantoso

aquel drama que no le hacía sentir nada. Su imaginación se negaba a comprenderle.

—¡Zina! ¡Zina! Pero ¿qué es lo que pasa?—imploraba continuamente.

El pobre cuerpo torturado seguía siempre inmóvil. Niemovetsky, pronunciando palabras in sensatas, se puso de rodillas. Imploró, amenazó con matarse, sacudió el pobre cuerpo atrayéndolo hacia sí y casi hundiendo en él sus uñas. El cuerpo, confortado con el calor, cedía dulcemente a sus esfuerzos siguiendo sin protesta los movimientos de Niemovetsky, y esto eran tan horrible, tan incomprensible y absurdo, que Niemovetsky se estremeció de nuevo y gritó desesperado:

—¡Socorro!

Pero su voz era falsa y no natural.

Se arrojó de nuevo sobre el cuerpo resignado, besándole, llorando, sintiendo muy cerca un abismo negro, horrible, atrayente. El Niemovetsky de antes había desaparecido, estaba lejos de allí; el Niemovetsky de ahora sacudía con una pasión feroz el cuerpo inerte pero cálido, y decía, sonriendo con una sonrisa de loco:

—¡Responde! ¿Por qué no dices nada? ¡Te amo locamente!

Con la misma sonrisa falsa aproximó sus ojos ensanchados al rostro de la joven y murmuró:

—¡Te amo! ¡No dices nada, pero sonrías, lo estoy viendo! ¡Te amo, te amo, te amo!

Atrajo hacia sí con más fuerza el cuerpo mudo, sin voluntad, que por su flexibilidad inerte provocaba en él la pasión salvaje. Perdió la cabeza y murmuró con voz ahogada, no conservando ya de hombre mas que la capacidad de mentir:

—¡Te amo y nadie sabrá nada de esto! Nos casaremos mañana, cuando tú quieras; te amo. Voy a besarte y tú me corresponderás, ¿no es eso, amor mío?

La besó apasionadamente en la boca, sintiendo sus dientes en los labios, y perdiendo con aquel beso los últimos destellos de la razón. Le pareció que los labios de la joven se estremecían. El horror fulminante iluminó un momento su cerebro, abriendo ante él un abismo...

Y aquel abismo negro le tragó.



## PETKA EN EL CAMPO

Osip Abramovich el peluquero colocó la sucia toalla sobre el pecho de su cliente, metiendo las puntas por detrás del cuello de éste, y gritó con voz imperiosa e impaciente:

—¡Chico, el agua!

El cliente, que se miraba en el espejo con mucha atención e interés, como se hace siempre en la peluquería, advirtió en su mentón una verruga más. Esto le afligió un poco; volvió su mirada y vió un delgado bracito de niño que ponía sobre la mesita una pequeña taza con agua caliente. Al mirar hacia arriba vió en el espejo la imagen del peluquero, grotesca y un poco oblicua; notó la mirada dura y amenazadora que echó hacia abajo, sobre alguna cabeza, así como los movimientos de sus labios, que murmuraban por lo bajo algo sin duda muy expresivo. Cuando le ocurría que el que le afeitaba no era el mismo patrón, sino su aprendiz Procopio o Miguel, este murmullo se hacía aún más expresivo, más amenazador.

—¡Aguarda! ¡Ya verás!...

Esto quería decir que el chico no había traído el agua bastante aprisa y que le esperaba un castigo.

—Tanto peor para ellos—pensó el cliente inclinando la cabeza a un lado y observando, arrimada a su nariz, la gran mano llena de sudor, con tres dedos separados y los otros dos tocándole suavemente la mejilla y el mentón, hasta que la mal afilada navaja se llevó con un rechinamiento desagradable la espuma jabonosa y los pelos tiernos de la barba.

Los clientes no eran muy exigentes en aquel establecimiento sucio, lleno de moscas molestas y perfumes baratos. Era frecuentado especialmente por porteros, dependientes, obreros, pequeños empleados; muchas veces por tipos torvos de una belleza sospechosa, con mejillas sonrosadas, finos bigotes y ojillos apasionados. En la vecindad había muchas casas de vecinos, populares, que dominaban el barrio y le daban un aspecto muy sucio, inquietante y desordenado.

El chico más joven y peor tratado se llamaba Petka. El otro, que se llamaba Nicolás, tenía tres años más y sería oficial ya pronto.

Cuando venía un cliente de poca importancia, sobre todo en ausencia del patrón, los oficiales, que no querían trabajar, ordenaban a Nicolás que le afeitara, y se reían de él al ver cómo se levantaba sobre las puntas de los pies a causa de su pequeña estatura. A pesar del celo que ponía en su trabajo sucedía a veces que estropeaba el tocado del cliente; entonces éste manifestaba su descontento riñéndole fuertemente; los oficiales le reñían a su vez, más bien por satisfacer a aquel pobre hombre mal afeitado. Pero de ordinario todo salía bien y Nicolás tomaba el aire grave de una persona mayor; fumaba cigarrillos baratos, escupiendo por el colmillo como los porteros; sabía expresarse de un modo grotesco y se vanagloriaba ante Petka de que bebía aguardiente; pero todo esto era más bien imaginación.

No faltaba ni a uno solo de los escándalos que se producían en las calles vecinas, como hacían, por otra parte, todos sus colegas, y cuando volvía, muy alegre y satisfecho de todo lo que había visto, su patrón le recibía propinándole dos buenas bofetadas en cada carrillo.

Petka, que no tenía más que diez años, no fumaba aún y no bebía casi nunca. Conocía muchas expresiones malas, pero no las había empleado jamás. Y así y todo admiraba a su camarada.

A veces los clientes apenas venían. Entonces Procopio, que pasaba casi todas las noches fuera sin dormir, aprovechaba algunos momentos durante el día para echar un sueñecito en el rinconcillo oscuro, detrás del tabique. Miguel, el otro oficial, leía *El Diario de Moscú* y buscaba en los sucesos un nombre conocido cualquiera de sus clientes habituales. Petka y Nicolás charlaban. El último, mano a

mano con su camarada, se hacía más amable y enseñaba al aprendiz todas las artes de tocado y los secretos del oficio.

Por la mañana acostumbraban asomarse a la ventana, junto a un busto en cera que representaba una mujer con mejillas de color de rosa y ojos de cristal asombrados por pestañas rectas, y contemplaban la animación del bulevar. Los árboles, cubiertos de polvo gris, se erguían inmóviles bajo los rayos cálidos del Sol ardiente y casi no daban sombra. Todos los bancos estaban ocupados por hombres y mujeres sucios y mal vestidos, sin pañuelos, sin gorras, como si no tuvieran casa y anduvieran viviendo por la calle. Unos tenían un aire indiferente; otros, malvado y desordenado; pero en todos aquellos rostros había una expresión de cansancio, de disgusto y de desprecio para los demás.

Se veía con frecuencia una cabeza despeinada inclinada suavemente sobre el hombro; un cuerpo que buscaba instintivamente un sitio donde descansar como un viajero de tercera clase que hace un largo viaje fatigoso; pero no había medio de encontrar un rincón donde acostarse, pues el guarda, con su uniforme azul claro y su grueso garrote en la mano, pasaba vigilando a toda aquella gente; estaba terminantemente prohibido acostarse en los bancos o en el suelo, sobre la hierba fresca y tierna, aun cuando la quemara el sol. Las mujeres, vestidas siempre con más aseo y hasta con un poco de coquetería según la moda, se parecían mucho unas a otras, por más que las había viejas y muy jóvenes, casi niñas. Se oían sus voces enronquecidas, grotescas; unas reñían entre sí; otras besaban a sus hombres sin preocuparse, como si estuvieran solas en el bulevar. Otras veces bebían *vodka* y mascaban cortezas. Se veía a ratos a un hombre borracho que pegaba a su amiga, borracha también; ella caía, se levantaba, caía nuevamente bajo los golpes; pero nadie quería defenderla. Por el contrario, aquellas escenas divertían al gentío; los rostros se ponían más alegres, más expresivos; se bromeaba.

Bastaba que el guarda se acercara para que se dispersara la gente buscando cada cual su sitio lentamente. No se oía más que el llanto de la mujer golpeada. Sus cabellos mal peinados arrastraban por el suelo; su cuerpo sucio, mal vestido, amarillo a la claridad de la Luna, exhibía cínicamente su desnudez. Se la metía en un coche

para conducirla al puesto de Policía y su cabeza se bamboleaba como la de una muerta.

Nicolás conocía todo aquel mundo y contaba a Petka toda clase de historias sucias y pintorescas, riendo a todo reír. Petka, estupefacto ante los relatos de su joven amigo, pensaba que era muy inteligente, muy bravo y quisiera parecerse a él algún día. Su mayor deseo era encontrarse fuera de allí, en otra parte cualquiera... Con esto sería muy feliz.

Los días eran monótonos, iguales. En invierno como en verano veía los mismos espejos; roto por la mitad el uno, oblicuo y muy risible el otro; el mismo cuadro en la pared cubierto de manchas, representando dos mujeres desnudas a la orilla del mar, con los cuerpos sonrosados llenos de manchas por las moscas. El techo, de donde colgaba una lámpara de petróleo que en invierno estaba encendida casi todo el día, se iba poniendo cada vez más negro. Día y noche oía el pobre Petka aquel grito bronco: «¡Chico, el agua!», y la estaba sirviendo sin cesar. Para él no había fiestas. Los domingos cuando todas las tiendas estaban cerradas no se veía luz mas que en el salón de peluquería: los transeúntes podían ver allí a un hombrecito delgado sentado en un rincón, soñoliento o sumido en reflexiones o medio dormido.

Petka dormía mucho; tenía siempre sueño y todo lo que pasaba a su alrededor era para él como un sueño desagradable. Derramaba con frecuencia el agua que llevaba, no oía los gritos bruscos que se le dirigían, adelgazaba cada vez más. Su cabeza se llenaba de granos. Los clientes, aun los menos exigentes, miraban con disgusto a aquel muchachito delgado, lleno de rosetones, que siempre tenía ojos de sueño, entreabierta la boca, el cuello y las manos sucios, muy sucios.

Pequeñas arrugas circundaban sus ojos y bajaban hasta la nariz, dándole el aspecto de un gnomo envejecido. Petka no se daba cuenta de la vida; estaba alegre o melancólico, pero soñaba siempre en un país lejano, del que no sabía en absoluto ni cómo era ni dónde se encontraba.

Su madre, Nadieschda, venía a veces a verle, y le traía bombones, que él se comía lentamente; no se quejaba de nada, pero pedía siempre que se le sacara de allí. Después olvidaba en

seguida lo que había pedido, se despedía con mucha indiferencia de su madre y jamás le preguntaba cuándo volvería. La pobre madre pensaba siempre en su hijo y no le encontraba inteligente.

Los días monótonos se sucedían. Pero un buen día, hacia la hora de comer, llegó su madre y le anunció, después de haber hablado con Osip Abramovich, que se iba a ir con ella al campo, a Tarisino, donde vivían los amos de ella. Al principio no comprendió nada; luego empezó a reír y su rostro se llenaba de pequeñas arrugas. Comenzó a dar prisa a su madre. Mientras ésta, por cortesía, preguntaba al peluquero por su mujer, Petka la empujaba suavemente hacia la puerta tirándole de la mano.

No sabía lo que era el campo; pero suponía que bien pudiera ser el país en que soñaba. Egoísta, se había olvidado de su amigo Nicolka, que con las manos en los bolsillos estaba a su lado y se esforzaba en mirar descaradamente a Nadieschda. Pero involuntariamente sus ojos expresaban una profunda tristeza: él no tenía madre, y en aquel momento hubiera querido tener una, aunque hubiera sido como aquella comadre gorda. Tampoco él había estado nunca en el campo.

Petka vió por primera vez en su vida la estación, con los trenes que silbaban, que iban y venían haciendo mucho ruido, y los numerosos viajeros que se apresuraban incesantemente; todo esto produjo en él una impresión de asombro; estaba muy excitado y manifestaba una gran nervosidad.

Como su madre, sentía miedo de perder el tren, no obstante tener que esperar aún su buena media hora hasta la salida. En el coche, Petka estaba constantemente pegado a la ventana, y su cabeza pelada se volvía sobre su delgado cuello como sobre un alambre.

Había nacido y pasado toda su vida en la ciudad y veía el campo por primera vez. Todo era para él nuevo y extraño. Aquí podían percibirse las cosas de muy lejos: el bosque parecía pequeño como la hierba; el cielo, claro y tan vasto como si se le observara desde el tejado. Cuando se volvía hacia el lado donde se hallaba su madre, en el cielo azul, a través de la ventana de enfrente, nadaban nubecillas ligeras que parecían angelitos blancos.

Petka no podía estar quieto en su sitio: corría de una ventana a la otra, apoyándose confiado, con su pequeña mano sucia, en los

hombros y en las rodillas de los viajeros desconocidos, que le miraban y sonreían. Un señor que leía un periódico y que a causa del cansancio o del aburrimiento bostezaba sin parar echó una mirada de disgusto sobre Petka. Nadieschda excusó a su hijo.

—¡Dispéñsele, señor! Es la primera vez que viaja en tren y eso es lo que le apasiona tanto...

—¡Ah!—dijo el señor con tono indiferente.

Y volvió a enfrascarse en el periódico.

Nadieschda le hubiera querido contar que Petka trabajaba en casa de un peluquero desde hacía tres años, que el peluquero le había ofrecido un porvenir y que, dado que ella estaba sola en el mundo y era muy débil, Petka habría de ser un buen sostén para ella cuando fuera vieja o cayera enferma.

Pero el señor parecía de mal carácter y Nadieschda no se atrevió a contarle todo aquello.

A la derecha de la línea férrea se extendía una llanura con pequeñas colinas, verdes por la humedad constante. Al borde de esta llanura estaban, como si se las hubiera tirado allí, casitas que parecían de juguete. En la cima de una alta montaña verde, al pie de la cual brillaba como una serpiente de plata un riachuelo, se encontraba una pequeña iglesia, minúscula también como un juguete. Cuando el tren con gran estrépito atravesó, como suspendido en el aire, un puente sobre un río, Petka tuvo un estremecimiento nervioso y se separó de la ventanilla; pero inmediatamente volvió a acercarse temiendo perder el más pequeño detalle del recorrido. Sus ojos no tenían ya la expresión de sueño; las arrugas que los circundaban habían desaparecido. Se diría que alguien había pasado una plancha caliente sobre su rostro borrando las arrugas y poniéndole liso y blanco.

Durante los dos primeros días de la estancia de Petka en el campo su corazoncito tímido estaba abrumado por la riqueza y la fuerza de las un presiones nuevas que caían sobre él de todas partes. Los salvajes de los siglos pasados aturdíanse cuando venían del desierto a la ciudad; este salvaje de nuestros días, arrancado de los brazos de piedra de la ciudad inmensa, se sentía débil e impotente en el campo, en el seno de la Naturaleza. Todo era allí para él vivo, dotado de sentimientos y de voluntad. Tenía miedo del

bosque, que se agitaba sobre su cabeza y que era sombrío, pensativo y tan temible en su inmensidad. Amaba los pequeños calveros claros, alegres, verdes, en que parecían cantar todas las flores, y hubiera querido acariciarlas como a hermanas; el cielo aquel le llamaba y le sonreía como una madre. Petka se agitaba estremecido, palidecía, sonreía sin ninguna razón visible y se paseaba graciosamente como un viejo por el extremo del bosque y las orillas del estanque. Cansado, desbordándosele la felicidad, se echaba sobre la espesa hierba algo húmeda como si se bañara en ella. No se veía más que su naricita cubierta de manchas rosáceas, que sobresalía de la superficie verde.

Al principio volvía frecuentemente junto a su madre, se pegaba a sus faldas, y cuando el amo le preguntaba si estaba a gusto en el campo, respondía, con una sonrisa confusa:

—¡Oh sí!

Y se iba de nuevo al bosque sombrío y al agua tranquila turbado y confuso.

Pero dos días más tarde estaba ya en amistad íntima con la Naturaleza. Esta amistad fué facilitada especialmente por un colegial llamado Mitia, que habitaba en la aldea vecina. Tenía el rostro moreno y amarillento como un vagón de segunda clase, los cabellos erizados y casi blancos del todo: tanto los había quemado el sol. Cuando Petka le vió por primera vez estaba pescando con caña en el estanque. Entablaron sin más preámbulo una conversación e inmediatamente se hicieron amigos. Mitia consintió en que Petka tuviera un poco su caña y después le llevó a un sitio donde se bañaron. Petka tenía miedo al agua, pero una vez dentro no hubiera querido salir y hacía por nadar; levantaba su nariz en alto sobre la superficie, fingía ahogarse, batía el agua con las manos agitándola y parecía un perrito que entrara en el agua por primera vez. Cuando se vistió estaba azul de frío, como muerto, y al hablar castañeteaban sus dientes.

A propuesta de Mitia, que era más rico en ideas, exploraron las ruinas del castillo, subieron a un tejado donde habían nacido hierbajos y saltaron por entre los muros hundidos del inmenso edificio. ¡Se estaba allí tan bien! Sin embargo, se veían montones de piedra sobre los que costaba trabajo subir, por todas partes

brotaban abedules y otros árboles, reinaba un silencio de muerte y parecía que en algún sitio iba a aparecer un monstruo cualquiera de faz terrible.

Poco a poco Petka comenzó a sentirse en el campo como en su casa. Olvidó completamente hasta la existencia de Osip Abramovich y del salón de peluquería. «¡Y qué gordo se ha puesto! ¡Se diría que es un comerciante!», decía alegre su madre, gorda también y colorada como un samovar por el calor de la cocina.

Creía ella que Petka tenía tan buen aspecto por que estaba bien alimentado. Pero Petka comía muy poco, no porque no tuviera apetito, sino por que no tenía tiempo. ¡Si se pudiera comer sin masticar, tragar los alimentos de una vez! Pero eso era imposible: su madre comía lentamente, estaba largo rato en la mesa, roía despacio los huesos y hablaba de cosas que no tenían para él ningún interés. Y, sin embargo, ¡tenía tantas cosas que hacer! Tenía que bañarse cinco veces al día, cortar en el bosque una caña de pescar, buscar gusanos, y todo esto necesitaba tiempo. Ahora corría descalzo; esto era mil veces más agradable que llevar botas de pesadas suelas; la tierra tan pronto le acariciaba los pies como se los refrescaba. Se quitó también su usado chaquetón, que le daba un aire tan torpe, y esto le rejuveneció. No se lo ponía mas que por las noches, para ir a ver cómo se paseaban en canoa los señores: bien vestidos, alegres, se metían riendo en las canoas, que se balanceaban y se abrían camino en el agua lentamente, mientras los árboles agitados y como sacudidos por el viento se reflejaban en el estanque.

Una semana después de la llegada de Petka al campo el amo de su madre trajo de la ciudad una carta dirigida «a la cocinera Nadieschda». Cuando se la leyó ella se echó a llorar, enjugándose las lágrimas con su delantal sucio, que le dejó sus huellas en el rostro. En esta carta se trataba de Petka. Este se hallaba en aquel momento en el corral, ocupado en un juego recién inventado, para el que era necesario saltar lo más alto posible, inflando los carrillos, lo que facilitaba la operación. Era Mitia el que había inventado aquel juego y Petka se estaba perfeccionando ahora en él.

El amo se acercó a Petka y, poniéndole la mano en el hombro, le dijo:



—¡Hay que marcharse, hijo mío!

—¿Adonde?—preguntó él extrañado.

Había olvidado completamente la ciudad. Por otra parte, estaba tan bien allí, que ni siquiera había pensado en que tendría que abandonar algún día aquel lugar.

—A la ciudad. Osip Abramovich te espera.

Petka seguía sin comprender, por más que aquello fuera hartamente claro. Se le secó la boca, y la lengua le desobedecía cuando preguntó:

—Pero ¡cómo! ¿No íbamos a ir mañana a pescar con caña? Mire aquí la caña...

—No hay más remedio, niño. Te esperan allí. Osip Abramovich escribe que Procopio ha caído enfermo y está ahora en el hospital. No hay casi nadie para trabajar. No llores; quizá tu amo te dé permiso otra vez. Es bueno.

Pero Petka no lloraba lo más mínimo, pues aun no se daba cuenta exacta de su desgracia. De un lado veía ante él un hecho bien palpable: la caña de pescar. De otro un fantasma en la persona de Osip Abramovich. Pero poco a poco las ideas de Petka se hicieron más claras y las dos cosas cambiaron de lugar: Osip Abramovich se convirtió en un hecho real; la caña de pescar, mojada aún, se convirtió en un fantasma. Y entonces Petka llenó de asombro a su madre, turbó al amo y al ama y él mismo se habría asombrado si hubiera sido capaz de un análisis psicológico de su propia persona: se echó a llorar, no como lloran los niños de la ciudad, delgados y exhaustos, sino como un gran *mujik* robusto, rodando por tierra lo mismo que aquellas mujeres borrachas que tantas veces había visto en el bulevar. Con sus pequeños puños golpeaba las manos de su madre—que se esforzaba por levantarle—, la tierra y todo lo que había a su alrededor, sin que le importara el hacerse daño con las piedras del suelo.

Por fin se calmó. El amo dijo al ama, que en pie ante el espejo prendía en sus cabellos una rosa blanca:

—Mira, ya no llora; los niños olvidan en seguida la pena.

—Sí, pero me da mucha lástima de ese pobre chico.

—Es verdad; allá en la ciudad las condiciones de su existencia son terribles; pero hay gentes aun más desgraciadas. Y bien, ¿estás

dispuesta?

Se fueron al jardín público, donde se bailaba aquella noche y donde tocaba la música militar.

Al día siguiente, en el tren de las siete de la mañana, Petka salía para Moscú. De nuevo vió los campos, blancos a causa del rocío matinal; pero iban en sentido opuesto al que vió Petka cuando vino de Moscú. Su delgado cuerpo estaba cubierto por el chaquetón usado y tenía puesto un cuello postizo. No estaba agitado como en su primer viaje; no corría de una ventanilla a otra, sino que permanecía quieto y humilde, con las manos en las rodillas. Sus ojos estaban tristes, llenos de apatía, y las mejillas, arrugadas como las de un viejo.

El tren se paró.

Atropellando a los demás viajeros él y su madre se encontraron en una calle llena de ruidos, y la ciudad enorme tragó con indiferencia su pequeña víctima.

—¡Guarda bien mi caña de pescar!—dijo Petka a su madre cuando estaban ya a la puerta del salón de peluquería.

—Estáte tranquilo, niño mío; te la guardaré. Quizá vuelvas otra vez al campo...

Y de nuevo se oyeron en el sucio salón órdenes rudas: «¡Chico, el agua!» De nuevo el cliente vió una manita sucia que ponía el agua sobre la mesita y oyó el murmullo amenazador: «¡Aguarda! ¡Ya verás!» Esto quería decir que Petka había cometido una faltilla cualquiera.

Cuando llegaba la noche, detrás del tabique donde dormían Petka y Nicolka se oía una vocecita dulce de niño. Petka contaba a su camarada las maravillas del campo, cosas que parecían extraordinarias, que nadie había visto ni oído jamás. Después de un breve silencio, cortado por la respiración irregular de dos pechos infantiles, se oía otra voz más enérgica y vulgar, la de Nicolka:

—¡Diablos! ¡Quisiera que reventaran!—decía.

—¿Quiénes?

—Todos...

El ruido de las pesadas carretas que pasaban muy cerca de la ventana ahogó sus voces, así como el lejano grito quejumbroso de

una mujer borracha, a la que un hombre, también borracho, pegaba en el bulevar.

**FIN**

1. [Título](#)
2. [Las tinieblas y otros cuentos](#)
3. [Las tinieblas](#)
4. [Había una vez](#)
5. [La nada](#)
6. [El silencio](#)
7. [Valia](#)
8. [Bribón](#)
9. [El gigante](#)
10. [El abismo](#)
11. [Petka en el campo](#)
12. [Sobre](#)

## HITOS

1. [Las tinieblas y otros cuentos](#)
2. [Portada](#)